

Maleficio de amor

Jill Shalvis



e lit

elit

MALEFICIO DE AMOR

JILL SHALVIS

 HARLEQUIN™

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Jill Shalvis
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Maleficio de amor, n.º 43 - junio 2018
Título original: Roughing it with Ryan
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-715-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

1

Suzanne Carter miraba alternativamente los anuncios para alquilar un apartamento y el saldo de su chequera. Por mucho que mirara, sumara o restara, seguía estando prácticamente en números rojos. Con lo que tenía, tendría suerte de conseguir algo que tuviera cuatro paredes y un tejado, sin mencionar artículos de lujo tales como el agua caliente o una bañera.

Sin embargo, cualquier cosa sería mejor que donde vivía en aquellos instantes, que era prácticamente como si no habitara en ninguna parte. Aquella misma mañana, su prometido, mejor dicho, su ex prometido, su mismísimo ex prometido, le había dejado muy cortésmente en la calle las cosas que tenía en el apartamento que habían compartido hasta entonces. Al principio, ella se había creído que su prometido estaba de broma. Eso había sido hasta que vio que la llave no funcionaba. Parecía que la broma había sido a su costa. Como siempre.

En cualquier caso, al final se había dado cuenta de la verdad. Parecía estar maldita para las relaciones sentimentales. Si no fuera así, podría culpar a los otros ex prometidos, en total había habido tres, por los fracasos de sus relaciones. Sin embargo, la culpa era exclusivamente suya. Parecía poseer la habilidad de destruir a los hombres buenos. Había destruido a Tim hasta el punto de que había terminado llorando todas las noches, queriendo que ella hablara sobre sus sentimientos, suplicándole que se abriera a él. Suzanne se había sentido horriblemente, pero en lo más profundo de su ser había sabido que no quería a un hombre que también llorara con las películas románticas y cuando hablaba con su madre por teléfono. Diariamente.

No era que Tim no hubiera colaborado a la hora de hacer que fracasara su relación. Le sorprendió realizando gimnasia sexual contra la puerta principal de la casa con la chica que iba a limpiar. No obstante, también había culpado

de eso a Suzanne, diciendo que se le había roto el corazón por lo distante que ella se mostraba hacia él y por su falta de compromiso hasta el punto que había necesitado un desahogo.

Ya.

Aquel último desastre en sus relaciones sentimentales solo le confirmaba que estaba maldita. Por eso, y desde aquel mismo momento, se juró olvidarse de los hombres. Era una pena que no pudiera olvidarse de la búsqueda de un lugar donde vivir. Tal vez debería haber luchado por conservar el apartamento, pero ya no quería hacerlo. Con un suspiro, levantó el rotulador rojo e hizo un círculo en el anuncio más barato que pudo encontrar en el periódico.

—Eso es, economiza —le habría dicho su madre con aprobación—. Empieza a controlar tu vida.

Todo el mundo decía que necesitaba controlar su vida. Todo el mundo a excepción de su padre, a quien se parecía en su descontrol.

El anuncio que había rodeado con un círculo anunciaba un «barato, barato, baratísimo apartamento sin ascensor, con un dormitorio y un cuarto de baño». Lo de «barato, barato, baratísimo» le sonaba estupendamente, dado que, en primer lugar, estaba sin casa y no tenía ahorros y, en segundo lugar, en contra de lo que creía la gente, el sueldo de los chefs era muy reducido. «Hogar dulce hogar», pensó. Con eso, se metió en el coche.

Al ser lunes, la zona del South Village estaba muy concurrida. Hacía unos años, aquella zona, que estaba justo en las afueras de Los Ángeles, no había sido más que una zona comercial, pasada de moda y muy descuidada, llena de edificios a punto de caerse de puro viejos y con mendigos en todas las esquinas. Entonces, un comité histórico se había hecho cargo, y en un abrir y cerrar de ojos, la zona se había convertido en un barrio encantador y cosmopolita. Se le consideraba el lugar más moderno, lleno de cafés y restaurantes, galerías de arte y tiendas únicas, diseñadas para atraer a los solteros con recursos.

Consiguió aparcar su modesto vehículo en la calle correcta. Entonces, se bajó un poco las gafas para observar mejor el edificio. No le sirvió de nada. Por mucho que lo mirara, la vista era la misma.

Mala. Las torretas del edificio, los balcones y las ventanas, a pesar de tener un diseño encantador, no podían ocultar el hecho de que necesitaban profundas reformas... por no hablar de derribo.

Sin embargo, estaba en el South Village, lo que significaba que, a ambos lados de aquel desmoronado edificio estaba la belleza personificada. Casi todos los edificios de la zona habían sido restaurados para recuperar su anterior gloria.

Suzanne no podía permitirse ninguno de aquellos lugares, pero eso no importaba. Aquel era un nuevo día, una oportunidad de demostrarle al mundo que podía salir adelante sin estropearlo todo y sin tener otro hombre que lo estropeará todo. Aquella era su oportunidad de madurar y de aprender a ser responsable. De controlar su vida, lo que, en realidad, a la edad de veintisiete años, ya debería haber aprendido.

—Bueno, vamos —dijo mientras salía del coche.

La planta baja del edificio parecía estar destinada a uso comercial, aunque hacía mucho tiempo que habían quedado atrás sus días de gloria. Había dos tiendas, con un impresionante potencial, dado el tamaño de los escaparates, pero ambos estaban vacíos y oscuros y por todas partes habían crecido las malas hierbas.

Dado que en la descripción del apartamento se había especificado que no había ascensor, Suzanne dio por sentado que tenía que ir a la segunda o la tercera planta. Estaba esperando haberse equivocado de lugar cuando vio que el árbol que había a su derecha comenzaba a moverse. Era un roble, frondoso y majestuoso, uno de los muchos que rodeaban el edificio. Se agitaba y se tambaleaba. Inmediatamente, un hombre saltó del árbol. Tampoco se trataba de un hombre normal, sino que era un hombre alto y musculoso, y dado su ceño fruncido, Suzanne podría haber añadido la cualidad de arrogante a la lista.

Cuando el hombre cuadró sus anchos hombros y se puso a mirar al árbol, Suzanne vio que tenía el cabello negro y ondulado y un profundo bronceado. Todavía no había visto a la joven. Se puso las gafas de sol en la cabeza y luego apoyó unas enormes manos contra el árbol. Entonces, comenzó a... empujar.

Suzanne lo miró con mucha curiosidad. Era un hombre muy hermoso... Bueno, tal vez «hermoso» no fuera la palabra más adecuada, dado que le hacía pensar en cualidades femeninas de las que aquel hombre carecía completamente. Dios santo, con solo mirarlo, Suzanne sentía que se le secaba completamente la garganta.

Llevaba puestos unos Levi's deslucidos sobre unas piernas que parecían

interminables y una camiseta blanca, que parecía tener las costuras a punto de estallar por la presión de sus músculos. No se podía decir que estuviera fuerte hasta la exageración, como los culturistas, que a ella no le gustaban. No. Aquel hombre era más bien como un esbelto boxeador.

¡Y qué importaba! Había decidido acabar para siempre con los hombres. ¿Acaso no recordaba que había destruido a todos los que habían estado a su lado? No necesitaba otro para su conciencia. Sin embargo, a pesar de todo, la boca se le abrió un poco más mientras admiraba los fuertes y nervudos músculos que tenía en los brazos y en los hombros, vibrando de poder mientras sacudía el árbol.

Entonces, se dio cuenta de que Suzanne lo estaba mirando. En aquel momento, una sonrisa le transformó el rostro.

—Siento haberla sobresaltado —dijo. Entonces, tomó una carpeta.

Como Suzanne era débil y él era tan... guapo, no pudo evitar mirarle el trasero mientras se inclinaba; luego, apartó súbitamente la mirada cuando él se incorporó.

Tenía un rostro de rasgos fuertes y bronceados, y unos ojos muy oscuros, con unas arrugas de expresión que horrorizarían a una mujer pero que tan atractivas resultaban en un hombre. Anotó algo en la carpeta y, mientras silbaba, se dio la vuelta y entró en el edificio.

¿Qué había dicho? ¿Que sentía haberla sobresaltado? Presumiblemente porque había saltado del árbol como si se tratara de Tarzán.

Si supiera que lo que la había sobresaltado en realidad había sido el modo en que había despertado todos sus instintos femeninos, a pesar de que no quería sentirse interesada...

En absoluto. Ni hablar. Tenía una vida que arreglar. Levantó la barbilla y, decidida a olvidarse del guapísimo hombre que había caído del árbol, entró en el edificio.

—¿Hola? —dijo. Su voz resonó por el interior. Parecía estar sola.

No se veía a nadie por ninguna parte, ni siquiera al guapísimo hombre del árbol. Empezó a subir las escaleras. Al llegar al segundo piso encontró dos puertas. Las dos estaban cerradas y, presumiblemente, conducían a dos apartamentos. Desde el piso superior se oían voces, por lo que tomó las escaleras para llegar a la última planta, en la que había un último apartamento.

Entró en lo que se suponía que debía ser un salón, pero la sala estaba vacía

y tan llena de polvo como el rellano. Era muy pequeño, aunque la ventana que daba a la calle compensaba en cierto modo el tamaño. La luz del sol entraba a raudales. A pesar del polvo, que revoloteaba por todas partes, Suzanne se dio cuenta de que aquel apartamento tenía posibilidades.

Como la cocina estaba separada del resto solo por una barra, pudo ver a dos personas que estaban de pie en el reducido espacio, inclinados sobre unos planos que había sobre la barra. La mujer tenía la mano sobre la boca, en un gesto de máxima concentración. Al oír cómo las sandalias de Suzanne resonaban sobre el suelo, levantó la cabeza.

Parecía tener aproximadamente la misma edad que Suzanne, aunque era ahí donde terminaban las similitudes. Al contrario del revuelto cabello de Suzanne, el de aquella mujer, rubio y elegantemente recogido en la nunca, tenía mucho estilo y glamour. La mujer iba también muy bien maquillada y vestida. Rodeada de polvo en aquel pequeño apartamento, parecía fuera de lugar.

Cuando el hombre levantó la mirada, vio que era él. El guapísimo hombre del árbol...

La estaba mirando directamente. Su enorme cuerpo empequeñecía aún más el espacio. Tenía unos ojos de color chocolate, que eran sus favoritos, y que irradiaban una intensidad que indicaba una fuerte pasión. Suzanne se podría haber ahogado en aquellos ojos.

Eso habría sido si no hubiera decidido dejar de lado a los hombres, que era exactamente lo que había hecho. Era una pena, porque aquel hombre tenía un rostro capaz de tentar a las mujeres, una mezcla de santo y de pecador a partes iguales.

—Hola —dijo Suzanne, algo tímidamente—. ¿Es este el apartamento que aparecía en el periódico como «barato, barato, baratísimo»? —añadió, citando el anuncio.

La mujer se echó a reír, no con superioridad como su aspecto podría haber indicado.

—Espero que eso no la haya desanimado —respondió mientras se apartaba un mechón de cabello del rostro.

—¿Está bromeando? —replicó Suzanne, pensando en el estado de su pobre cuenta bancaria—. Me atrajo a este lugar como una llama atrae a una polilla. ¿Cómo es de barato exactamente?

—Ya hablaremos de esto, pero primero... ¿Podemos terminar esto más

tarde? —le preguntó al hombre.

—Más tarde va a ser demasiado tarde, Taylor.

Suzanne tendría que haberse imaginado que tendría una voz ronca, que fuera perfectamente con aquel rostro. Era profunda, serrada y muy sensual. Su rostro no era de los que ocultaban los sentimientos, y en aquel momento, mientras enrollaba los planos, parecía estar muy enojado.

—Necesito tener una inquilina.

—Lo que necesitas es arreglar esos árboles, Taylor. Cualquiera de los que hay en el lado este podría salir volando con la siguiente tormenta, que, por cierto, parece que va a ocurrir esta misma noche.

—Ryan —dijo ella, tocándole suavemente el brazo.

Suzanne vio cómo el hombre sellaba su rendición con un suspiro. Ella nunca había domado a un hombre con solo tocarlo, y mucho menos a un hombre con un aspecto tan poderoso como aquel. ¿Serían las carísimas ropas o el modo en que las llevaba puestas? Algo tristemente, se pasó la mano por el vestido, que no solo estaba pasado de moda, al ser de falda muy larga, sino que también estaba arrugado. Lo llevaba porque ocultaba sus defectos, siendo el más notorio de ellos su afición a su propia cocina. Una gran afición. Una afición como de cinco kilos extra.

—Tranquilo, el hombre del tiempo nunca acierta —dijo Taylor, tocando de nuevo el brazo del hombre—. Mañana estaremos todavía a tiempo para decidir sobre los árboles.

Ryan sacudió la cabeza, mostrando su insatisfacción con la tensión de su enorme cuerpo y el ardor que sus penetrantes ojos irradiaban.

Suzanne lo observaba fascinada. Los hombres de su vida, siendo su padre el único en aquellos momentos, nunca habían mostrado sus sentimientos. En el hogar de los Carter, las emociones intensas eran motivo de gran diversión y todas las adversidades se recibían con risas. «Libre y sin compromiso» era el lema familiar de los Carter. Sus prometidos habían seguido un modo de vida similar, ocultando sus sentimientos detrás de máscaras. Hasta Tim, que siempre tenía los ojos llenos de lágrimas, había utilizado aquella actitud para ocultar que era un mentiroso y un manipulador. Hasta aquel mismo momento, no se había dado cuenta de que un hombre pudiera ser de otra manera.

El guapísimo hombre del árbol, Ryan, pasó a su lado y le dedicó una inclinación de cabeza. Sus hombros se tocaron y sus labios murmuraron una disculpa.

La avergonzaba admitirlo, pero el pulso se le había acelerado mucho. Estiró el cuello para verlo marchar. Aparentemente, haber decidido que iba a olvidarse de los hombres no tenía ningún efecto a la hora de controlar sus hormonas.

—Sí —dijo Taylor, que se había acercado hasta estar a su lado—. Está muy bien —añadió. Suzanne estaba completamente de acuerdo, pero se guardó para sí su opinión—. Y, aunque es demasiado educado para mostrarlo, está muy enfadado conmigo en estos momentos, pero sobrevivirá —concluyó, encogiéndose elegantemente de hombros.

Las dos se acercaron a la puerta y vieron cómo desaparecía escaleras abajo. Se quedaron momentáneamente absortas en el modo en que la camiseta destacaba tan agradablemente sus anchos hombros y su fuerte espalda. Además, estaban los vaqueros, que tan maravillosamente embutían las largas y tonificadas piernas, por no mencionar el mejor trasero que Suzanne había visto en mucho tiempo.

—Bueno —suspiró la dueña del apartamento—, me llamo Taylor Wellington. Yo puse ese anuncio. ¿Quieres el apartamento?

—Creo que primero debería ver el resto —respondió Suzanne.

—Oh, sí, claro —comentó Taylor, mientras miraba a su alrededor—. Pero recuerda que es barato, ¿de acuerdo? Muy barato. Bueno, aquí está el dormitorio —añadió, abriendo una puerta que Suzanne había pensado que era un armario.

En realidad, no era mucho mayor, pero tenía una ventana que daba a la calle, en la que se veían una buena selección de tiendas y de galerías. La gente paseaba por las aceras. Le pareció encantador y era infinitamente mejor que dormir en el coche. Entonces, le llamó la atención el letrero de la tienda que había justamente enfrente. El corazón le dio un vuelco.

—¿Es una heladería? —preguntó.

—Sí. Está abierta todas las noches hasta las once —confirmó Taylor—. Tenlo en cuenta mientras vamos a ver el cuarto de baño.

Este era del tamaño de un sello de correos. No había bañera, lo que decepcionó un poco a Suzanne, pero tenía todo lo básico: ducha, lavabo y retrete.

—Todo funciona perfectamente —prometió Taylor—. Bueno, eso si no tratas de preparar una tostada y utilizar un secador al mismo tiempo. Además, con una buena sesión de limpieza, este apartamento podría ser hasta

acogedor. ¿Qué te parece?

—Creo que, si el precio es el adecuado, me lo quedo.

—El precio es el adecuado —reiteró de nuevo Taylor—. Vamos abajo. Allí tengo los impresos. ¿Cuándo te gustaría mudarte?

—Espero que ahora mismo sea un buen momento —dijo Suzanne, pensando en que tenía todas sus pertenencias en el coche.

—Si me puedes pagar el alquiler de dos meses, junto con una pequeña fianza, ahora me parece un momento muy adecuado.

Maldita sea.

—Mmm... ¿Lo de la fianza no es negociable?

Taylor se detuvo en seco y la miró atentamente.

—¿Andas algo justa de dinero?

—Podríamos decir eso.

Tim le había permitido que comprara unos carísimos muebles para su dormitorio con todos sus ahorros hacía unas pocas semanas, unos muebles que él reclamaba que habían sido un regalo para él. ¡Ja! Suzanne podría haber alimentado a un pequeño país durante un año con el dinero que había pagado. Resultaba extraño lo mucho que la enfurecía todo aquello, sobre todo cuando ella le habría dado con gusto todo lo que hubiera querido hacía solo un mes.

—Pero tengo trabajo —añadió—. ¿Sirve eso de algo?

—Sí, claro que sirve —comentó Taylor. Entonces, estuvo pensando durante unos segundos—. Está bien, podemos olvidarnos de la fianza.

Siguieron bajando las escaleras, Taylor vestida elegantemente, con aspecto de ser un miembro de la realeza que visitaba los barrios bajos y Suzanne con su vestido de gitana, que encajaba perfectamente con el ambiente que las rodeaba.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Taylor.

—Soy chef en el café Meridian.

Al mencionar el café, que solo estaba a cinco manzanas de allí, sintió una abrumadora sensación de intranquilidad. Había dejado de trabajar en otro sitio cuando la hermana de Tim había comprado aquel café. Tim había insistido en que le encantaría trabajar para su hermana. Ahora que habían roto, Suzanne esperaba que no resultara problemático seguir trabajando allí. Aunque ganaba menos dinero que el que le gustaría, adoraba su trabajo. Y lo necesitaba. Sin él, tendría que apoyarse solo en los servicios de catering que realizaba puntualmente, y que era simplemente un hobby y eso precisamente

seguiría siendo. Dirigir un negocio sería... demasiado.

En general, los Carter, es decir, su padre y ella, no eran demasiado serios, por lo que su madre se ponía siempre furiosa con ellos. Su padre seguía siendo un humorista que actuaba ocasionalmente y donde podía cuando tenía ya casi sesenta años. No le iba demasiado bien, pero le encantaba aquella vida sin preocupaciones. Las posesiones materiales y el éxito significaban menos para él que su libertad. Suzanne, según su madre, estaba cortada por el mismo patrón.

Por fin, Taylor y ella llegaron al segundo piso, en el que la mujer abrió uno de los dos apartamentos. Entonces, le hizo una indicación a Suzanne para que pasara.

—Esta es mi casa.

Suzanne entró a un salón vacío, no muy diferente al que había en el piso superior. La única diferencia radicaba en que el lugar estaba limpio como una patena.

—Pero... está vacío.

—Yo también acabo de mudarme y solo al dormitorio. El resto pienso hacerlo esta semana.

—¿Eres la dueña del edificio?

Taylor deslizó un zapato beige, muy elegante, por el suelo. Seguramente aquel zapato costaba más que todo el guardarropa de Suzanne.

—Ahora sí.

—Perdona mi franqueza, pero estás vestida a la última, irradiando elegancia y sofisticación, pero, sin embargo, me da la sensación de que no tienes mucho más dinero que yo.

Taylor suspiró y se encogió de hombros.

—¿Qué me ha delatado? ¿El que no quisiera gastar dinero en los árboles?

—Digamos que la desesperación reconoce a la desesperación.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Taylor mientras se echaba a reír—. Me gustas. Muy bien. Aquí está la humillante verdad. Crecí en una familia acomodada, estudié en los mejores colegios y fui a la universidad Brown, cortesía de la cuenta bancaria que mi abuelo tenía en Suiza. Después de terminar mis estudios, me dediqué a viajar por toda Europa solo para divertirme.

—¿También por cortesía de la cuenta suiza del abuelo? —sugirió Suzanne. Cuando Taylor asintió, sacudió la cabeza—. Todavía no me das pena.

—Lo sé, pero ya verás ahora. Admito que me mimaron mucho. No he trabajado ni un solo día de mi vida ni me preocupé por el dinero. Entonces el abuelo, al que yo solo veía de vez en cuando él sentía la necesidad de ver los resultados de su dinero, se murió.

—¡Qué poca consideración! —murmuró Suzanne.

—Pero me dejó este edificio.

—Es una finca de primera clase. Seguro que vale una fortuna.

—Sí, si se tiene una fortuna para gastar en él —replicó Taylor—. Mi abuelo no me dejó nada de dinero, ni un centavo. Yo nunca tuve que ahorrar dinero y no tengo trabajo, así que estoy sin blanca.

—A excepción de este edificio.

—A excepción de este edificio —repitió Taylor—. Evidentemente, necesito inquilinos, dado que me he dado cuenta de que me gusta comer todos los días. Supongo que podré conseguir dinero de los alquileres, y si todo empieza a salir como yo espero, prometo arreglar el lugar. Si quieres ayudar, te dejaré un alquiler muy bajo. Bueno... ¿sigues queriendo el apartamento?

—¿Por qué no te limitaste a vender esta finca y embolsarte una buena cantidad?

—¿Y renunciar a mi primer desafío? Ni hablar.

Suzanne sonrió. Era la primera vez que lo hacía desde que encontró sus cosas amontonadas en la calle y las cerraduras cambiadas.

—¿Sabes una cosa? Creo que tú también me gustas.

—Genial —dijo Taylor, sonriendo también—. Bueno, aquí tienes los impresos. Soltera, ¿verdad?

—Sí. Soltera para siempre, desde este mismo momento.

—Ah. Algo más que tenemos en común.

—Yo lo digo en serio. Estoy... Estoy maldita para las relaciones sentimentales.

Taylor se echó a reír, pero cuando vio que Suzanne no lo hacía, la sonrisa se le heló en el rostro.

—No estás bromeando, ¿verdad?

—En esto no. Créeme. Sea cual sea la tentación, resistiré.

—Estoy contigo. Sea cual sea la tentación —afirmó Taylor, igual de solemnemente—. Aunque la tentación venga en la forma de un magnífico hombre de los árboles, con un trasero que hace que se me doblen las rodillas.

—Incluso en ese caso —suspiró Suzanne. Entonces, firmó los papeles.

—Por nosotras —dijo la hermosa rubia, levantando una copa imaginaria—. Por un próspero futuro en solitario. Sin hombres. En cuanto me lo pueda permitir, compraré una botella de champán de verdad para que podamos brindar en serio.

—Por nosotras —afirmó Suzanne, con una sonrisa—. Buena suerte, Taylor.

—Buena suerte también para ti, Suzanne.

Suzanne levantó su copa imaginaria y los ojos para mirar al techo, imaginándose el apartamento que había en el piso de arriba.

¿Suerte? Efectivamente iba a necesitarla.

2

Ryan Alondo estaba en la ducha, con la cabeza inclinada mientras el agua caliente le corría por la espalda. Estaba apoyado contra la pared para poder mantener su exhausto cuerpo en posición vertical. No estaba seguro de que no fuera a quedarse dormido allí mismo, de pie. Se quedó así hasta que se acabó el agua caliente. Entonces, cerró el grifo.

No pudo encontrar ni una sola toalla por ninguna parte.

—¡Angel!

—Lo sé, lo sé. Yo me llevé la última toalla limpia que quedaba —dijo una voz, entre risas, desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño—. Lo siento.

Genial. Ella lo sentía y él estaba completamente desnudo. Y helado.

Al otro lado de la pequeña ventana del cuarto de baño se oía un fuerte viento. Se estaba formando una tormenta, pero estaba demasiado cansado como para pensar en lo que aquello podría significar para los incontables dueños de edificios que habían desechado sus recomendaciones para cortar los árboles viejos. En aquellos momentos, solo quería secarse, comer algo y dormir. Dado que no se había materializado ninguna toalla, se puso los vaqueros, haciendo un gesto de dolor cuando la ruda tela se le ciñó al cuerpo.

Cuando salió del cuarto de baño, la voz de Angel resonó desde la cocina.

—El frigorífico está vacío, pero he encontrado una lata de sopa. Te la he calentado.

El frigorífico no estaría vacío si ella no hubiera llevado a unos amigos para que estuvieran estudiando con ella hasta altas horas de la madrugada la noche anterior. Sin embargo, Ryan no dijo nada al respecto ya que, cuando entró en la cocina, se la encontró sonriendo. Como siempre, su corazón se rindió ante ella.

—Sé que es un fastidio tener a tu hermana pequeña en tu casa —dijo ella suavemente, observando cómo Ryan se sentaba a la mesa y se disponía a tomarse la sopa—, pero Russ y Rafe son tan cerdos que no puedo vivir en su casa.

Efectivamente, sus hermanos eran unos cerdos, así que Ryan asintió y comenzó a comer. Estaba muerto de hambre, pero la sopa no iba a calmar su apetito. Esperaba que hubiera algo de más sustancia en los armarios. Lo que fuera.

—La casa de Lana estará lista para el fin de semana. Entonces, me mudaré allí con ella.

Ryan dejó la cuchara encima de la mesa y miró a su hermana pequeña. Tenía dieciocho años, por lo que ya no era ninguna niña, pero como prácticamente la había criado él, le resultaba muy difícil reconocer que era una persona adulta. Era la misma niña a la que él había enseñado a leer, a jugar al béisbol en el parque y a conducir un coche. Esa misma niña estaba hablando de mudarse con Lana, una chica descarada y bocazas cuyo comportamiento no le gustaba nada.

—Pensé que Lana vivía con su novio —dijo, cuando lo que de verdad quería decir era «ni hablar».

—Lo echó.

Por mucho que quisiera volver a tener su propio espacio, con sus toallas limpias, no podría dormir si el inútil del novio de Lana seguía estando con ella.

—¿Me lo prometes?

—Claro —respondió Angel mientras lo abrazaba por detrás y apretaba la mejilla a la de su hermano—. Cuando te preocupas, eres encantador. Te quiero mucho, Ryan.

—Oh, no... No empieces con eso de que me quieres mucho... ¿Qué es lo que necesitas?

—Nada —contestó ella, riendo a carcajadas—. Para variar, nada.

—¿De verdad? ¿O es que no me lo quieres decir todavía?

—Nada, de verdad. Te preocupas demasiado por nosotros.

Pura costumbre. Sus padres no eran más que unos niños cuando nació Ryan. Su madre se refería a él como «un bendito accidente». Les había costado mucho establecerse, razón por la cual sus tres hermanos no habían nacido hasta que él tenía trece años. Sus padres habían sido muy felices, hasta

que murieron en un accidente de coche hacía siete años. Habían dejado a un Ryan con veinticinco años a cargo de Angel, que entonces tenía once años, y de los gemelos de doce años Russ y Rafe. Una pesadilla.

—Ya no somos niños perdidos —dijo Angel—. Puedes relajarte un poco y no ser tan protector con nosotros.

Probablemente era verdad, pero haber criado a sus tres hermanos evitando embarazos no deseados, adicciones a las drogas... hacía que siguiera sintiéndose muy responsable.

Tras darle un beso en la mejilla, Angel se inclinó y tomó el cheque que Ryan había dejado para ella encima de la mesa.

—Gracias por el dinero para pagarme las clases y los libros.

Ryan se tomó un poco más de sopa y gruñó. Estaba tan cansado... Tanto que se le estaban cerrando los ojos allí mismo.

—Oh, Ryan, tienes que dormir bien esta noche. No tendrás una cita, ¿verdad? Al contrario de anoche, podría añadir —dijo Angel, dándole un golpecito en la cabeza.

La noche anterior había estado en la universidad, lo mismo que ella, solo que al otro lado del campus. Allí había estado tratando de terminar la licenciatura en paisajismo que lo sacaría del negocio de los árboles de una vez por todas. No se lo había contado a Angel ni a sus hermanos, razón por la que todos se creían que era un donjuán que salía con mujeres tres veces por semana.

Podría haberles dicho la verdad. Después de dejar su vida en punto muerto durante tantos años para cuidarlos, lo habrían comprendido y apoyado. Sin embargo, por una vez, quería hacer algo solo, sin someterlo al comité Alondo. Por mucho que quisiera a sus hermanos, no necesitaba su consejo sobre cursos o vida académica, ni sobre cualquier otro tema sobre el que ellos se consideraran expertos. Además, estaba el hecho de que, si creían que era un donjuán, dejarían de organizarle desastrosas citas a ciegas. Hasta aquel momento, el plan había funcionado a la perfección.

—No, no hay ninguna cita —murmuró. Ni clase. Solo su cama. Solo.

El paraíso.

Cuando por fin se metió entre las sábanas, prácticamente gimiendo de gratitud, se quedó dormido casi antes de que la cabeza tocara la almohada. Y siguió dormido hasta que se despertó sobresaltado cuando el teléfono comenzó a sonar a la una de la madrugada.

Sintió la tentación de no hacer caso. Se limitó a mirar al ruidoso y ofensivo auricular. El sueño trataba de volver a meterlo entre las sábanas, pero podría ser que Russ o Rafe se hubieran metido en un lío.

—Espero que haya un buen motivo para esto —dijo a modo de respuesta, cuando contestó la llamada.

—¿Ryan? —le preguntó una voz. No era ni Russ ni Rafe—. Ryan, soy Taylor Wellington.

Era Taylor, la mujer que tenía aquellos robles en tan mal estado. Se había sorprendido y, sinceramente, se había sentido muy decepcionado, cuando ella no había podido ver la urgencia de la situación. Después de todo, ella lo había llamado, lo había recibido con un atuendo que costaba más que su furgoneta y luego se había negado a pagar el precio que él había fijado por cortarles los árboles, que había sido más que razonable.

—Taylor... ¿va todo bien?

—No. ¿Te acuerdas del árbol sobre el que me advertiste?

—¿Cuál?

—Todos, pero sobre todo el que está en el lado este del edificio. Se acaba de derrumbar sobre el tejado de mi edificio y ha atravesado el dormitorio del apartamento que hay en el tercer piso. Necesito que vengas a retirarlo. Ahora mismo.

—Bueno, al menos el apartamento está vacío.

—Estaba vacío. Mi nueva inquilina estaba durmiendo ahí esta noche. Se trata de Suzanne, la mujer a la que me viste entrevistar hoy mismo.

La imagen de Suzanne se abrió paso a través del cerebro de Ryan. Cabello rojizo oscuro, largo y ondulado, un cuerpo con generosas curvas bajo un vestido de flores. Pendientes de cristal en las orejas y los ojos más grandes, más verdes y más expresivos que había visto nunca. Había visto en aquellos ojos algo que le podría haber interesado si su vida hubiera podido acoger un interés más. Al oír las palabras de Taylor, el temor se apoderó de él.

—¿Está...?

—Ella está bien, pero bloqueada por el árbol.

—Voy ahora mismo —prometió.

Colgó el teléfono rápidamente. Entonces, lo volvió a levantar para llamar a su cuadrilla, compuesta por Rafe y Russ. Al menos, los dos gemelos estaban en su apartamento, solos y disponibles. Cuando iba de camino, se detuvo en su oficina, dado que necesitaba la enorme grúa que allí tenía. Mientras

cambiaba de vehículos, la lluvia caía incesantemente, acompañada de un desagradable viento que no iba a ayudarle aquella noche.

Taylor le había dicho que Suzanne estaba bien, pero la terrible situación hizo que se dirigiera al lugar del suceso a toda velocidad. El barrio estaba completamente desierto, lo que era poco frecuente incluso a esa hora. La tormenta había mandado a todo el mundo a casa.

Cuando finalmente aparcó delante del edificio, sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Efectivamente, el enorme roble había caído sobre el tejado. Tal y como Taylor le había dicho, solo había sido en la esquina este, lo que era bueno y malo a la vez. Bueno porque la estructura principal y los tres pisos estaban intactos, pero malo porque el impacto había dado de pleno sobre el pequeño apartamento del tercer piso, que era precisamente donde estaba Suzanne. La ventana había desaparecido, al igual que la mitad de la pared frontal.

Ryan apretó el brazo de una preocupada Taylor, que estaba en el porche con una bata de seda, con un aspecto tan glamuroso como lo había tenido por la mañana.

—La puerta de su dormitorio está bloqueada —dijo Taylor, arrebuñándose en la bata—. No puede salir.

—La sacaremos.

—Date prisa. Y una cosa, Ryan —añadió Taylor—. Siento mucho, mucho no haberte escuchado.

—Todo saldrá bien —dijo él, esperando que así fuera.

Los tres hombres se pusieron a trabajar. Cuando la enorme escalera de la grúa estuvo colocada paralelamente con el árbol, Ryan comenzó a subir. La lluvia y el viento le golpeaban la cara, pero si se sentía algo nervioso, aplacó sus sentimientos al imaginarse lo que estaría pasando la pobre Suzanne, por lo que comenzó a subir más rápidamente. Desde abajo, Rafe le iluminaba el camino con un foco.

Cuando llegó a la parte superior, comprendió perfectamente por qué Suzanne no podía salir. El árbol había caído en diagonal sobre el dormitorio, atrapándola en el rincón que estaba más alejado de la desaparecida ventana y de la puerta.

Estaba en el agujero de entrada, pero el enorme tronco y las ramas le bloqueaban la visión. Estiró el cuello y trató de verla a pesar de la oscuridad, de las empapadas ramas y de la lluvia.

—¿Suzanne? —dijo mientras avanzaba cautelosamente.

—¡Aquí!

Se tumbó sobre el suelo y pudo pasar por debajo del tronco, sin prestar atención a las afiladas ramas que le arañaban la espalda y los brazos. A pesar de todo, no consiguió verla. ¿Dónde estaba?

Un repentino estornudo le dio la respuesta. Avanzó un poco más hasta que vio diez dedos de los pies. Ryan se levantó como pudo y se colocó en el reducido espacio que allí había con ella. Al ver que estaba bien y que estaba viva, dejó escapar un suspiro de alivio.

Suzanne había encontrado el único lugar en el que estaba a salvo. Ryan se sacó una linterna y la encendió. Al verla, el corazón se le encogió. Estaba completamente acurrucada, contra la pared, con las rodillas en el pecho y los brazos rodeando con fuerza las piernas.

—¿Te encuentras bien, Suzanne? —le preguntó mientras se ponía de rodillas.

Su larga cabellera estaba completamente empapada y se le pegaba a la cara y los hombros. Asintió vigorosamente al tiempo que se echaba a temblar. Los brazos y las piernas le relucían a la luz de la linterna. Ya no estaba ataviada con aquel largo vestido de flores. Solo llevaba una camiseta y unas braguitas. Mientras la examinaba para ver si tenía alguna lesión, Ryan trató de no detenerse demasiado en el modo en el que la tela se le pegaba a los senos, ni el modo en el que se marcaban sus pezones. La camiseta no llegaba a cubrirle las braguitas, por lo que la suave piel del vientre quedaba al descubierto. Temblaba con cada respiración, aunque Ryan no sabía si era de frío o de miedo. No importaba.

Al ver que estaba temblando tan violentamente, reaccionó del único modo que se le ocurrió en aquellos instantes. Dejó la linterna en el suelo y la tomó entre sus brazos.

3

Suzanne se fundió con los largos y fuertes brazos de Ryan, casi gimiendo de gratitud. A pesar del hecho de que casi estaba tan empapado como ella, su cuerpo irradiaba calor. Se abrazó a él, sin importarle que no lo conociera casi de nada. Ya se preocuparía más tarde por lo que pensara de ella por haberse abrazado a él de aquella manera, apretándole el rostro contra la garganta. Ya se preocuparía más tarde por estar medio desnuda o por haber arqueado su cuerpo contra el de un desconocido cuando estaba presa del pánico. Más tarde.

Por el momento, nunca se había sentido más contenta de ver a otro ser humano, por lo que cerró los ojos con fuerza y se abrazó a él todo lo fuertemente que pudo con la esperanza de que los temblores que sacudían su cuerpo fueran remitiendo.

Ryan emitió un profundo sonido y la apretó contra su cuerpo. A pesar de la urgencia de la situación, Suzanne era consciente de que él estaba contra su cuerpo, pegada a ella. Las sensaciones que le transmitía eran... maravillosas.

El viento seguía soplando, sacudiéndolos con más lluvia fría y extendiendo más cristales rotos por el suelo.

—Cuidado con los cristales de la ventana —murmuró Ryan.

Entonces, le pasó un brazo por debajo y la levantó, de manera que ella estuvo sobre su regazo. A continuación, encorvó el cuerpo sobre el de ella, para protegerla así de los elementos lo mejor que podía. Fue el gesto más dulce que nadie había hecho nunca por ella. Sin embargo, aquella dulzura contrastaba agudamente con los sentimientos no tan dulces que se estaban despertando en su interior.

—¿Te has cortado? —preguntó él, muy preocupado, probablemente porque se había dado cuenta de que ella lo estaba mirando fijamente, como

una idiota. Se había dado cuenta de que sus mejores intenciones a la hora de mantenerse alejada de los hombres estaban a punto de fracasar—. ¿Suzanne?

Ella seguía temblando, aunque ya no estaba segura de que la razón fuera el frío, por lo que negó con la cabeza.

Ryan la acurrucó contra su cuerpo. Le puso una mano sobre el tembloroso vientre. Tenía el rostro a pocos centímetros del de ella y la miraba con intensidad.

—¿Estás segura?

Los temblores no remitían por lo que asintió utilizando solo la cabeza. Estaba tan débil por el miedo y el alivio, que era lo único que podía hacer.

Evidentemente, Ryan no iba a correr ningún riesgo en la oscuridad, por lo que alcanzó la linterna y la examinó con ella de arriba abajo. Suzanne bajó la mirada y vio lo que él vio. La camiseta y las braguitas que llevaba puestas eran completamente transparentes por el agua y ambos la mostraban en toda su mísera gloria. Rápidamente, volvió a cerrar los ojos.

—No pasa nada —susurró él, evidentemente confundiendo su gesto por miedo. Entonces, la estrechó con más fuerza contra él y le tapó la cabeza con su enorme mano—. Estás bien. Vamos a sacarte de aquí ahora mismo, ¿qué te parece eso?

—Estaré... estaré bien...

—Claro que estarás bien —reiteró Ryan. Entonces, con la mano que tenía libre, alcanzó la radio y se la llevó a la boca.

Como los oídos de Suzanne parecían estar zumbando, no pudo captar la conversación. Agotada, apoyó la cabeza contra el torso de Ryan, lo que le permitió sentir la vibración de su profunda voz. Por alguna razón, aquel sonido le pareció increíblemente seductor. Su atractivo héroe olía muy bien, tan agradablemente como agradable era sentirlo contra su cuerpo.

¿Cómo había ocurrido todo aquello? Estaba profundamente dormida, completamente ajena al mundo y, un segundo después, se había despertado por el trueno más fuerte que había oído en su vida. Ese fuerte sonido se había visto seguido por otro también muy fuerte, que no había producido la madre naturaleza sino el árbol. Se había levantado del colchón que Taylor le había prestado justo en el momento en el que el árbol había atravesado la ventana y el techo. Abrumada por lo poco que le había faltado para verse aplastada por el árbol y algo aturdida, se había quedado allí sentada hasta que había oído la voz de Taylor llamándola.

Minutos después, se había visto rescatada por el hombre que la había hipnotizado horas antes, por el hombre más sorprendente, más fuerte y más atractivo que hubiera visto nunca.

Sin embargo, solo era un hombre. Para lo bueno y para lo malo, Suzanne había renegado de todos los de su género. Incluso se lo había prometido a Taylor. Menos mal que había hecho aquella promesa, porque, sin ella, su resolución se habría venido abajo por lo que estaba experimentando al sentir el fuerte cuerpo, increíblemente cálido, de Ryan.

Un cegador relámpago iluminó la habitación y fue seguido por una fuerte andanada de truenos. El fuerte ruido la hizo actuar compulsivamente y aferrarse aún más al cuerpo de Ryan.

—Vamos a salir de aquí. Te lo prometo —musitó él. Suzanne volvió a asentir y Ryan la recompensó con un ligero apretón de manos—. Mientras tanto, imagínate que estás en otra parte, donde sea... como por ejemplo en tu agradable y calentita cama, completamente dormida, ¿de acuerdo?

Suzanne se podía imaginar lo de la cama si Ryan estaba en ella. «No. Chica mala. Mala, mala...».

—En cualquier lugar —repetía él con voz sedosa—. El que tú quieras...

—Bueno. Cuando estoy nerviosa, yo...

—¿Qué?

—Tomo... tomo helado.

—¿Helado?

—Sí. Ahora mismo me podría tomar un bote entero.

—Un bote entero, ¿eh? —comentó él, riendo—. Muy bien, eso está muy bien. Si es de chocolate yo también me apunto, ¿te parece bien?

Suzanne levantó la cabeza y parpadeó en la oscuridad hasta que casi pudo ver la expresión del rostro de Ryan. ¿Un hombre que era capaz de comer con ella helado de chocolate? Seguramente había dicho eso solo para engañarla.

—¿Te gusta comer el helado de chocolate directamente del bote?

Las manos de Ryan le tocaban muy ligeramente el cuerpo. Resultaba muy reconfortante. Sin embargo, en aquel momento, mientras se cruzaban sus miradas, aquellas mismas manos parecieron expresar mucho más que protección. Parecían expresar... pasión.

—Si una hermosa mujer me pide que comparta un delicioso postre con ella, sería capaz de comerme bichos con un palo —replicó él con una sonrisa.

Su último prometido habría fruncido el ceño ante un pensamiento tan poco

higiénico. Su primer prometido habría sabido exactamente cuántas calorías y gramos de grasa había en aquel bocado, pero aquel hombre, su héroe, no. Él haría cualquier cosa para que ella se sintiera a salvo.

Un relámpago iluminó plenamente el rostro de Ryan antes de que volviera a retumbar un trueno. Ante aquel estruendo, el cuerpo de Suzanne sufrió una sacudida. Entonces, Ryan levantó las manos y le enmarcó la cara.

—Shh —susurró mientras el pulgar le trazaba el contorno del labio inferior—. Vamos a salir de aquí ahora mismo, ¿de acuerdo?

Suzanne miró el árbol que ocupaba lo que había sido su nuevo dormitorio. El árbol que bloqueaba la puerta y la ventana. Sabiendo que estaban a tres pisos por encima del suelo y que Ryan no había subido allí volando, tragó saliva y trató de no dejarse llevar por el pánico.

—Supongo que vamos a bajar del modo en que tú has entrado, ¿no?

—Sí —respondió él mientras levantaba algunas ramas e iluminaba el camino por el que había entrado con la linterna—. Si atravesamos estas ramas, llegaremos a la ventana.

Con eso, Ryan se puso de pie y se desabrochó la camisa de franela que llevaba puesta. Entonces, se la quitó y se quedó solo con una camiseta oscura.

—Siento que esté mojada, pero es mejor que nada.

Mientras metía los brazos en las mangas, Suzanne se sintió muy agradecida de que la camisa le cubriera hasta la mitad de los muslos y mucho más agradecida aún del calor que sentía en su interior.

—Yo voy a ir primero para poder ir apartando los trozos de cristal que hay por el suelo. Quédate cerca de mí.

Aunque estaba muy oscuro, Suzanne pudo ver la intensidad con la que la miraba y la preocupación que había en sus ojos. Esa preocupación le transmitió una gran fortaleza, aunque deseaba que él volviera a tocarla, a reconfortarla... Aún sentía sus dedos en su cara. Se los imaginaba hundiéndose en su cabello...

—¿Suzanne?

—Lista —dijo ella rápidamente antes de que Ryan pensara que estaba sufriendo una sobrecarga de pánico que le impedía procesar la información que él le transmitía. Si corría el peligro de sufrir una, era de los sentidos, no de miedo.

¿Cómo podía explicarse a sí misma que el pánico que había sentido de repente no se debiera a la tormenta, sino al hecho de que escuchaba cómo le

latía el corazón al sentir el contacto de aquel increíble y atractivo desconocido? ¡No quería que fuera así! ¡No lo quería!

Ryan le tiró de la mano hasta que ella se puso de rodillas enfrente de él. Al ver que él la miraba para darle ánimos, tragó saliva. Sabía que haría lo que tuviera que hacer para que no le ocurriera nada. Aquel pensamiento hizo que le temblaran las rodillas. Le hizo sentir anhelo cuando se había prometido a sí misma que no habría más anhelos.

—Estaremos fuera de aquí antes de que te des cuenta —dijo él mientras resonaban más truenos. Suzanne se sobresaltó y se chocó contra él por la prisa que tenía en seguirlo—. Eso es, manténte cerca de mí.

¿Cerca de él? Si pudiera, se pondría encima de él... A cuatro patas, enfrentándose al furioso viento, gateaba detrás de Ryan, pensando que su vida estaba literalmente en manos del hombre que la precedía.

Decidió que aquello explicaba la extraña reacción que había tenido hacia él. El miedo y la adrenalina eran sensaciones muy fuertes. Sin duda, a la luz del día, las cosas volverían a la normalidad. Iría a su trabajo, cuadraría sus cuentas, decidiría si dispondría de algo de dinero aquella semana para empezar a comprar muebles...

El estruendo de un nuevo trueno le quitó el aliento, pero Ryan estaba a su lado, ayudándola a pasar por debajo de las ramas, deslizándole una mano alrededor de la cintura.

—Tranquila, solo es la Madre Naturaleza protestando y refunfuñando. Estamos bien.

Estaban bien. Estupendo. Que estuvieran bien era una buena noticia. Levantó la cara y se encontró con que tenía la boca de Ryan a un par de centímetros de la suya. Tenía una boca firme y amplia. De repente, Suzanne se preguntó... se preguntó si sabría dar placer a una mujer.

Los ojos oscuros de Ryan la miraban intensamente. Sí. Suzanne se dio cuenta de que sabía. Claro que sabía.

¡Dios Santo! ¿De dónde estaban viniendo aquellos pensamientos tan poco apropiados? Venían de su propio deseo, un deseo que no comprendía. Durante un largo instante, ninguno de los dos se movió.

—¿Estás lista? —preguntó él, por fin.

—Sí, sí, estoy lista.

La mirada de Ryan se deslizó hasta la boca de Suzanne. Entonces, lentamente, asintió.

—Vamos a pasar por esta abertura hasta llegar a la escalera.

—Entendido.

Se produjo un nuevo relámpago, seguido inmediatamente por un fuerte trueno que resultó tan estremecedor, que los dos se quedaron inmóviles.

—Oh, Dios —susurró ella, sintiendo el corazón en la garganta—. Me vendría muy bien un poco de helado.

—Ojalá tuviera, pero la única distracción que te puedo ofrecer es esta.

Entonces, antes de que Suzanne pudiera reaccionar, Ryan la levantó contra su cuerpo, la rodeó con sus brazos y la besó.

Las manos de ella se convirtieron en puños contra el cabello de su rescatador. Aquel beso era glorioso, sensación que se acrecentaba aún más por la oscuridad de la noche, por la humedad de la tormenta y por el miedo y la adrenalina.

Cuando se apartó de ella, Suzanne casi no pudo contenerse para gritar en protesta. A través de la oscuridad, podía escuchar lo acelerada que tenía la respiración, tanto como la suya propia. Ryan la miraba de un modo que la estaba empujando a abalanzarse contra él. Justo cuando aquel pensamiento se le estaba formando en la cabeza, Ryan volvió a bajar la cabeza y rozó los labios de Suzanne con los suyos. Ella respondió inclinando la boca, para que ambas encajaran mucho mejor. Entonces, con un agradecido y mutuo gruñido de placer, se fundieron en otro largo, húmedo y apasionado beso.

Con todo lo que ya le había ocurrido aquella noche, un simple beso no debería haber enviado más sensaciones a través de su cuerpo, pero eso fue precisamente lo que ocurrió. Al cabo de un segundo, Ryan la estaba mirando, con la respiración de nuevo entrecortada, con una expresión de aturdimiento en el rostro que encajaba perfectamente con la que Suzanne sabía que tendría ella.

Entonces, mientras ella se sentía mareada y débil, con la sangre hirviéndole en las venas, Ryan le acarició la mandíbula con un dedo. A continuación, se dio la vuelta, dispuesto a volver a la tarea de ponerlos a los dos a salvo.

Suzanne se imaginó que bajar por la escalera con la camisa de Ryan y poco más, ser saludada por su cuadrilla, una atemorizada Taylor y el coche de bomberos que habían acudido a ayudar coparía sus pesadillas durante mucho tiempo.

Cuando todo terminó, había pasado menos de una hora desde que se hubiera despertado con el estruendo del árbol contra la habitación.

Una horrorizada Taylor insistió en que compartiera su apartamento, que no se había visto afectado por la tormenta. No había electricidad, pero con la linterna que Ryan le había dado, no tuvo problema alguno en ver lo que había dentro del dormitorio de Taylor. La cama tenía un dosel propio de un rey. Incluso ella, que no sabía nada del mundo de las antigüedades, supuso que tenía que valer una fortuna.

—Lo sé —dijo Taylor, con la voz ronca por el agotamiento—, soy pobre en lo que respecta al dinero, pero rica en posesiones. ¡Qué estupidez!, ¿no te parece? Podría vender todas estas cosas y librar a la nación de su deuda exterior —añadió, mirando a su alrededor con cierta tristeza en los ojos—. Después de pasar tanto tiempo buscando y comprándolo todo... no puedo. Aprecio demasiado todos estos muebles.

Entonces dejó en las manos de Suzanne lo que parecía ser un carísimo pijama de seda.

—Toma esto y date una ducha caliente. Si lo prefieres, podría prepararte un baño de espuma.

—Oh, no, yo...

—Mientras te estás bañando, te prepararé algo de comer.

—Taylor...

—¿Te gustan el queso y los biscotes? Tengo también vino...

—Taylor —dijo Suzanne, con una sonrisa—. Me encuentro bien. De verdad. No voy a demandarte ni nada.

—¿De verdad crees que me preocupa el dinero? —susurró la mujer, horrorizada—. ¡Dios mío! Eres mi amiga y mis intentos por ahorrar dinero han estado a punto de costarte la vida esta noche.

—¿Amiga? —repitió Suzanne, algo azorada.

—Sí, nuestro vínculo es el deseo de permanecer solteras, ¿no es así? ¿Crees que sería capaz de establecerlo con cualquiera? —le preguntó Taylor. Entonces, de repente, se dio la vuelta y se abrazó a sí misma, observando la oscuridad de la noche—. Lo siento tanto, Suzanne... Nunca me perdonaré a mí misma por lo que ha ocurrido esta noche, por lo que podría haberte ocurrido...

—Pero estoy bien, Taylor. Mírame —dijo la joven. Seguía vestida con la camisa de Ryan, que olía a él y que le recordaba perfectamente lo que era

haberse sentido abrazada por el dueño de un aroma tan masculino—. No tengo ni un araño.

—¿Te vas a marchar?

—Bueno, creo que me resultaría algo difícil vivir en un apartamento que no tiene tejado.

—Puedes quedarte con el que está al lado del mío.

—Es muy amable por tu parte, estos apartamentos son casi el doble de grandes. Estoy segura de que no puedo permitírmelo.

—Claro que puedes, porque voy a dejar que te quedes con él por el mismo precio del tuyo. Además, este primer mes será gratis, como compensación por lo ocurrido esta noche. Por favor, Suzanne, quédate, por favor...

—Taylor... —susurró Suzanne, sintiendo que se estaba aprovechando de la situación.

—Para mí es muy importante. Tú ya eres muy importante para mí.

Había pasado mucho tiempo desde que alguien le había dicho que quería tenerla a su lado. Por supuesto, su familia la quería mucho, pero no mostraban el afecto fácilmente. Últimamente, al igual que hacían los Carter, ella había estado haciendo lo mismo, yendo de una relación a otra, asegurándose de estropear emocionalmente a los hombres antes de vincularse demasiado a ellos.

El afecto que Taylor le ofrecía la sorprendió por su inmediata profundidad, pero, a pesar de todo, la hizo sentirse muy bien.

—Gracias —dijo, simplemente.

—¿Es eso un sí?

—Sí, claro que es un sí. Quiero quedarme aquí —respondió Suzanne con una sonrisa—. No creo que en estos momentos pueda calentarme mucho en mi coche.

Taylor esbozó una sonrisa de agradecimiento. Entonces, empujó a Suzanne para que se metiera en la ducha.

Cuando Suzanne salió del cuarto de baño y regresó al dormitorio, se encontró con una taza de chocolate caliente esperándola.

—No te acostumbres a esto —le advirtió Taylor—. Estoy mucho más acostumbrada a que me sirvan a mí que a servir —añadió mientras se echaba a un lado de la cama, dejando gran parte del lecho para Suzanne.

Ella no lo dudó. Se metió entre las sedosas sábanas con la poca energía que le quedaba. Entonces, se tapó bien, agradecida del calor.

—Sería una pena vender esta cama. Es tan lujosa...

—Lo sé, pero con esta cama y el resto de las antigüedades que tengo en un almacén podría empezar las reparaciones.

—Vaya, es un hobby estupendo.

—Yo diría que muy caro —comentó Taylor mientras ahuecaba las almohadas—. Y ya no me lo puedo permitir. Sin embargo, no hay de qué preocuparse. A primera hora de mañana, bajaremos todas tus cosas del piso de arriba al apartamento de al lado. Entonces, cuando Ryan haya terminado de sacar el árbol, comenzaré con todo lo demás. Necesitaré un arquitecto, un contratista...

«Ryan».

Solo el sonido de su nombre hizo que Suzanne volviera a sentirse despierta. Ya no volvería a pensar en él como el guapísimo hombre de los árboles. Se había convertido en su héroe y, por lo tanto, un hombre al que tenía que evitar a toda costa. Resultaba lo suficientemente tentador como para hacerle olvidar la promesa de permanecer soltera. No podría soportar el hecho de haber destruido a su héroe como había hecho con sus anteriores novios.

—Entonces, ¿Ryan va a estar por aquí?

—Me imagino que toda la semana. Tendrá que sacar el árbol y cortar los otros.

Toda la semana. ¿Le hablaría con aquella voz que parecía decirle que era la única mujer que veía? ¿La tocaría con aquellas cálidas y firmes manos? O, mejor aún, ¿se inclinaría sobre ella y volvería a besarla?

Dios santo... Ya estaba otra vez su viva imaginación. No quería sentir aquella inexplicable atracción. No necesitaba a nadie ni a nada más que a sí misma y su trabajo... a pesar de que su cuerpo pareciera decirle lo contrario.

4

Solo había sido un beso...

Eso era lo que Ryan no hacía más que repetirse. Toda la noche. Sin embargo, lo que sentía de la cabeza a los pies no parecía indicar que hubiera sido solo un beso.

Seguramente había muchas razones lógicas para la atracción que parecía haber saltado entre Suzanne y él, dos perfectos desconocidos. En primer lugar, la situación en sí misma había sido aterradora. Evidentemente, aquello había representado un papel fundamental en lo ocurrido entre ambos, mientras estaban atrapados en un apartamento destrozado, en una noche oscura y tormentosa.

No obstante, su instinto le decía que no se podía culpar a los acontecimientos de la noche de la inmediata atracción que había sentido por ella. Ni tampoco al hecho de que habría hecho cualquier cosa, lo que fuera, con tal de salvarla.

Sin haber descansado, despertó a sus hermanos al alba. Los dos se habían quedado dormidos en el sofá. Cuando encendió las luces del salón, Russ lanzó un gruñido y escondió el rostro entre los cojines.

—Cinco minutos más, mamá...

Su madre llevaba siete años muerta. De hecho, desde entonces, había sido Ryan el que los había despertado todas las mañanas para que fueran al colegio. Sin embargo, por mucho tiempo que pasara, Russ, al que le costaba levantarse por las mañanas, siempre se dirigía a su madre en primer lugar.

Ryan tiró de las mantas de Russ e hizo lo mismo con las de Rafe, que se había caído al suelo a lo largo de la noche y ahí se había quedado.

—Hay cereales y café —les dijo—. Daos prisa. Nos espera un día muy ajetreado.

—Acabamos de meternos en la cama —protestó Rafe.

—Y ahora nos vamos a levantar.

—Me apetece más tomar unos donuts —protestó Rafe mientras se dirigía al cuarto de baño. Después de un segundo, volvió a sacar la cabeza por la puerta—. ¿Vamos a salvar hoy también a una guapa pelirroja?

Ryan pegó un empujón a Russ para que se cayera del sofá.

—Lo único que hay en nuestro futuro inmediato es un árbol. Un árbol muy grande. Los ratos de ejercer de caballeros andantes se han terminado.

—Oh, Dios —susurró Russ mientras se sentaba en el suelo y se frotaba la cara con las manos. Entonces, de repente, encontró un motivo de alegría—. ¡Eh! No te pongas hoy una camisa, por si acaso...

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso la pelirroja decide mojarse de nuevo solo con una camiseta y unas braguitas —respondió Russ pícaramente—. Si no tienes una camisa que prestarle, entonces... —añadió, moviendo las cejas sugerentemente.

—¡Levántate, perverso! —exclamó Ryan, quitándole las mantas. Entonces, se dirigió hacia la cocina—. Antes de que sigas gastando bromas sobre lo que ocurrió anoche, te recuerdo que ella podría haber muerto en ese apartamento.

—Venga ya, Ryan, solo estaba bromeando —dijo Russ mientras se levantaba y se estiraba—. Sin embargo, no creo que puedas culpar a un hombre por soñar con el aspecto que tenía, toda mojada y... —añadió. Cuando vio que Ryan se detenía y lo miraba con desaprobación, Russ cerró la boca—. Ahora voy a comer.

—Buena idea —replicó Ryan mientras entraba en la cocina, se apoyaba contra la encimera y cerraba los ojos.

Necesitaba pensar en otra cosa que no fuera la imagen que Russ había evocado en su cerebro, la de Suzanne, completamente empapada, con su ropa, con su camisa, moldeada a cada curva de su cuerpo, de las que tenía más que suficientes.

—¿Es que te gusta o algo así? —preguntó Russ, entrando también en la cocina—. Parecías estar muy pendiente de ella anoche.

Los hermanos de Ryan ponían una gran cantidad de energía en encontrarle una mujer. No hacía falta ser un genio para comprender que querían que fuera feliz. Por eso, Ryan fingía estar saliendo con una mujer, cuando en realidad lo que hacía era ir a la universidad, solo para quitárselos de encima. No

obstante, Suzanne parecía ejercer en él una fuerte atracción que no había sentido desde hacía mucho tiempo, por lo que no quería hablar de ello. Ni de ella.

—De lo que estoy pendiente es de ir a trabajar —replicó—. Hoy.

—De acuerdo... Veo que estás muy susceptible esta mañana.

Así era. Y el hecho de que no pudiera evitarlo lo preocupaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

La tormenta había pasado tan rápidamente como había llegado, dejando al sur de California con un hermoso y reluciente día. Ryan iba conduciendo mientras escuchaba la conversación de sus hermanos sobre una fiesta a la que iban a acudir aquella misma noche. El tráfico del South Village no era muy denso a las siete de la mañana, aunque ya había muchos peatones. Una mujer que iba haciendo *jogging* con unos pantalones muy cortos y un sujetador deportivo hizo que Rafe y Russ sacaran la cabeza por la ventanilla para poder verla mejor.

—¿Cuándo vais a crecer? —les preguntó Ryan.

—Si crecer significa no mirar a una mujer así, entonces, no, gracias.

—Cállate, Rafe —dijo Russ, mirando a su hermano con preocupación—.

¿Qué es lo que pasa?

—¿Qué? Nada.

—Es algo si hace que tú no mires a una mujer hermosa —insistió el muchacho—. Tú siempre miras. Demonios, pero si te has acostado con la mitad de ellas.

Aquello no era exactamente cierto. Ni siquiera parcialmente cierto. Bueno, tal vez parcialmente cierto sí. Cuando era un veinteañero había sido un poco...

—Donjuán —dijo Rafe orgullosamente—. Yo quiero ser igual que tú.

Si sus hermanos supieran la verdad... Entre lo de mantener el negocio a flote para poder alimentar a todo el mundo y asistir a sus clases, estaba demasiado cansado para ser un donjuán. La mitad del tiempo estaba demasiado cansado para pensar ni siquiera en el sexo. Una pena para un hombre que solo tenía treinta y dos años.

—No todo gira alrededor del sexo.

—Claro que sí —dijo Russ mientras Rafe se echaba a reír.

Aparcaron el coche al lado de su lugar de trabajo. Tras inspeccionar a la luz del día el daño que había ocasionado el árbol caído, Ryan lanzó un silbido. La noche anterior se había limitado a sacar a Suzanne y a apuntalar el árbol para impedir que el edificio sufriera más daños, pero sacar el árbol del tejado iba a resultar muy difícil. Para ver mejor lo que tenía que hacer, colocó una escalera al lado del tronco del árbol y se subió. A mitad de camino, se detuvo para ponerse sus guantes de trabajo y entonces se quedó completamente inmóvil.

Tenía una buena visión de una ventana del segundo piso, que correspondía, aparentemente, a un dormitorio. En su interior, estaba la cama más grande que había visto en toda su vida. En ella, juntas, estaban durmiendo dos mujeres.

Taylor y Suzanne.

A Suzanne no le gustaba madrugar. Preferiría que la torturaran antes de tener que levantarse de un salto de la cama. Sin embargo, dada la persistencia del rayo de sol que tenía sobre los ojos, tendría que hacer precisamente eso si quería llegar al restaurante a tiempo para empezar su turno.

Lentamente, abrió los ojos, aunque mantuvo el resto del cuerpo completamente inmóvil. Sería capaz de vender su alma por un café. O por un trozo de pizza, aunque estuviera frío. No obstante, dudaba que Taylor tuviera pizza en el frigorífico.

Cuando abrió los ojos, vio que Taylor seguía todavía dormida, con un aspecto tan elegante y distinguido como siempre. ¿Cómo era capaz de hacerlo? Casi no se había despeinado mientras dormía. Era sorprendente. Si Taylor no fuera una mujer tan generosa, Suzanne la habría odiado por principios.

Miró hacia la ventana. En vez de los edificios de Los Ángeles rodeados de humo y contaminación, vio un par de anchos hombros, un amplio tórax y la cabeza que había marcado sus sueños aquella noche.

Ryan.

Con el sol a la espalda, no veía la expresión que él tenía en el rostro, pero sentía la tensión que emanaba de su cuerpo. Sospechaba que Ryan podía verla mucho más claramente de lo que ella podía verlo a él. Bajo aquellas lujosas sábanas, su cuerpo vibraba, poniéndose en el estado de excitación que

estaba empezando a asociar con él. Entonces, levantó la mano y lo saludó con los dedos.

Ryan imitó el gesto y añadió una sonrisa que, en cierto modo, reemplazó la necesidad que tenía de tomarse un café. A continuación, él siguió subiendo por la escalera. Suzanne vio aquel liso vientre, las esbeltas caderas y luego unas largas piernas antes de que Ryan desapareciera completamente, dejándola solo con sus pensamientos.

De repente, esos mismos pensamientos quedaron muy lejos del trabajo y del día que la esperaba. Esos mismos pensamientos la llevaron directamente a las sensaciones que había experimentado cuando estaba entre sus brazos.

Sacar el árbol fue un trabajo físicamente muy intenso. Ryan se detuvo para pedir más ayuda de una cuadrilla que compartía con otros contratistas.

Como siempre ocurría en un trabajo de aquellas características, se preocupaba mucho por Rafe y Russ. Sin embargo, ellos se comportaban y dirigían a los otros miembros del grupo con tanta experiencia y autoridad que Ryan se sintió orgulloso de ellos.

También se arrepintió un poco. Sí. Rafe asistía a la universidad a tiempo parcial, pero Russ había decidido dejarlo durante aquel semestre. Ryan se preocupaba mucho porque los dos muchachos no fueran a terminar sus estudios.

No quería que se dedicaran solo a los árboles, como él se había visto obligado a hacer, pero la verdad era que les encantaba su trabajo. ¿Tan malo sería que Russ y Rafe se hicieran cargo del negocio?

Mientras se preguntaba qué hacer al respecto, notó que una mujer se movía rápidamente a su lado. Una mujer pelirroja.

Vio que Suzanne salía rápidamente del edificio para dirigirse a su coche. Llevaba el cabello suelto, que le caía por los hombros, una falda de gasa y una blusa a juego. En un brazo llevaba una serie de pulseras que tintineaban con cada uno de sus movimientos.

No se apreciaban bien las maravillosas curvas de su cuerpo, aunque Ryan se esforzaba por no mirar muy fijamente. Sin embargo, fracasó.

—Te he pillado —le susurró Rafe a la oreja. Entonces, sin dejar de reír, empezó a golpear a su hermano en el brazo.

Por el momento, Ryan decidió no prestar atención a su hermano y siguió

pendiente de Suzanne. Ella iba corriendo, sus pechos se le movían debajo de la blusa. Se metió en el coche y arrancó como si la estuviera persiguiendo el diablo.

—Esa era Suzanne —dijo.

—Ya sé quién es. La maciza a la que rescatamos anoche.

¿Maciza? Sí, suponía que Rafe tenía razón, aunque no le gustaba que pensara así.

Por fin, el coche de Suzanne desapareció en la distancia. Al menos, la joven no parecía estar sufriendo por lo que había ocurrido la noche anterior.

—¿Ryan?

—¿Sí?

—Hazle una foto. Te durará más tiempo.

Aquello le hizo volver a la realidad. ¿Qué demonios estaba haciendo, mirándola como si fuera un adolescente enamorado? Por el amor de Dios. Necesitaba otra persona en su vida casi tanto como necesitaba un agujero en la cabeza. Sin embargo, no podía negar que se sentía atraído por Suzanne.

—Es muy guapa —dijo Rafe—. Eh, con todas las mujeres con las que sales, ¿cómo vas a encontrarle hueco? —añadió mientras se echaba a reír. Entonces, el joven regresó a su trabajo.

¿Que cómo iba a encontrarle hueco? Ryan no tenía ni idea, pero, de repente, supo sin dudar que lo conseguiría.

—¿Ryan?

Todavía abrumado por aquel último pensamiento, se dio la vuelta y se enfrentó a Taylor, que había salido del edificio con un conjunto muy llamativo.

—Acabo de hablar con un agente de seguros —añadió—. Estoy muy enfadada.

—Entonces, únete al club.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—Por supuesto.

—Sé que piensas que soy una persona terrible por haber permitido que ocurriera lo de anoche —replicó, interrumpiéndole cuando vio que él trataba de hablar—. Por favor, déjame decir esto. La verdad que es que no podía, ni puedo, permitirme este edificio. Lo he heredado, pero no tengo dinero para arreglarlo. A pesar de las apariencias —añadió, señalando su atuendo—, no tengo ingresos, al menos no para un futuro inmediato.

—Parece que eso indica que no me vas a pagar.

—Te pagaré. Creo que he encontrado el modo de conseguir dinero rápidamente, así que te pido que cortes también esos otros árboles que tanto te preocupaban. Te aseguro que tendrás tu dinero a finales de semana. Espero que eso te parezca bien, porque...

—Está bien.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. No te preocupes. Dejaremos el edificio en condiciones seguras. En cualquier caso, creo que lo peor ya ha pasado.

Taylor observó el edificio que tan desesperadamente necesitaba una renovación. Sus preocupaciones no desaparecieron.

—Eso espero —susurró.

Suzanne salió del café Meridian y regresó a casa, como si estuviera conduciendo con el piloto automático. Se sentía confundida. Estaba sin trabajo. ¿Cómo podía ser? Últimamente su vida parecía ser una comedia de mala calidad, pero a ella no le hacía ninguna gracia.

Cuando aparcó su coche delante del edificio del que había prometido no marcharse, pero que ya no podía pagar, se sintió algo mejor. Se estaba retirando el árbol. Había varios hombres trabajando, pero los ojos de Suzanne se fijaron en uno solo. Ryan.

Incluso desde cierta distancia, se apreciaba que tenía autoridad para dar órdenes; se notaba en cómo hablaba y en los gestos que hacía. Había algo en él que lo distinguía de los demás y que hacía que el vientre de Suzanne temblara de anticipación... y de mucho más.

Sin dejar de andar, sin dejar de hacer gestos, se dio la vuelta, vibrante y carismático, perdido en la pasión que despertaba en él su trabajo.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta, lo mismo que todos los demás, pero no se parecía a nadie. Su tórax era amplio, sus brazos bien tonificados, su vientre plano... Había músculos por todas partes, músculos que se aplicaban en el árbol caído. Ryan daba órdenes constantemente. Entonces, agarró una sierra y se inclinó él mismo sobre una rama.

Habían sacado el árbol del edificio y lo habían dejado tumbado sobre el suelo. Tenía un aspecto completamente inofensivo, aunque había dejado un buen agujero en la fachada de su apartamento, que tal vez no se podría utilizar durante mucho tiempo. Suzanne se sentía muy mal por Taylor, aunque resultaba algo difícil de concentrarse en aquello teniendo en cuenta que toda su vida se había ido al garete.

Tras librarse de su ensimismamiento, gracias a sus hormonas y a Ryan, la

furia se apoderó de ella. Con los dedos temblando de ira, apartó la mirada de Ryan y rebuscó en el bolso para sacar su teléfono móvil. Encontró un bolígrafo sin tinta, un lápiz de labios y una vela de vainilla a medio quemar. El teléfono móvil no estaba. Vacío los contenidos del bolso, apartó la cuenta de su tarjeta Visa, que todavía no había pagado, y una carta de su ex prometido número dos, en la que le suplicaba que volvieran a intentarlo. Entonces, por fin, localizó el teléfono. Solo esperaba que no se hubiera quedado sin batería.

Batería sí tenía, pero no había cobertura. Genial. Todo parecía ponerse en su contra aquel día. Salió del coche, sin olvidarse de sacar la bolsa que contenía el tarro de helado que se había llevado del café. Seguía sin cobertura.

Sin dejar de mirar la pantalla digital, empezó a moverse. A cada paso se detenía, esperando, pero el teléfono se negaba a funcionar. Al cabo de unos segundos, cuando estaba a punto de perder la paciencia, el teléfono mostró las señales que indicaban que tenía cobertura. Entonces, marcó el número de teléfono del despacho de su ex y se sentó en un montón de madera con el helado. Como se había llevado también una cuchara, empezó a tomarse una cucharada de helado de chocolate doble mientras Tim contestaba el teléfono.

—Suzanne —dijo él con voz amable, como siempre—, ¿qué puedo hacer por ti?

¿Que qué podía hacer por ella? Fallecer presa de una muerte horrible, para empezar.

—Tim, pensé que no te había afectado nuestra ruptura.

—Bueno... sigo echándote de manos, eso ya lo sabes. Siempre te echaré de menos.

Suzanne sabía que eso no era cierto. Su hermana le había dicho que había pasado de tirarse a la chica de la limpieza a hacérselo con su secretaria.

—Si eso es verdad, ¿por qué...?

—¿Suzanne? ¿Hola? ¿Sigues ahí?

—¡Sí! Estoy aquí, Tim...

—No te oigo. ¿Hola? ¿Hola?

Maldita sea. Ella podía escucharlo perfectamente. Debía de ser la cobertura otra vez. Se metió el tarro de helado debajo del brazo, se puso de pie y caminó un poco. Menos mal.

—Ahora vuelvo a tener cobertura —dijo, apretando los dientes—, así que,

por favor, dime por qué has decidido arruinarme la vida entera.

—Te estás poniendo un poco melodramática, ¿no te parece?

—¿Cómo? ¿Melodramática dices? No, no me estoy poniendo melodramática, pero si quieres puedo hacerlo —añadió mientras se metía una cucharada de helado en la boca—. ¿Por qué has hecho que me despidan?

—Oh, eso. Resultaba demasiado doloroso para mí saber que estabas trabajando en el café de mi hermana y que no podría ir allí sin recordar todo lo ocurrido entre nosotros... así que encontré una persona más adecuada para el puesto. Eso es todo.

—¿Cómo? ¿Que encontraste un chef mejor que yo? ¿Quién?

—Alguien que me amará del modo que yo me merezco.

—Tim, ¿qué tiene eso que ver con la cocina?

—Se trata de mi nueva novia. Está encantada, tanto, que me ha prometido toda clase de favores.

—¡Tú! ¡Aghhh! —gritó Suzanne, perdiendo por completo la calma—. ¿Has hecho que me despidan para conseguir un surtido de favores sexuales?

—No, he hecho que te despidan para poder conseguir un surtido de favores sexuales que tú nunca llevaste a cabo para mí. Nunca me había dado cuenta hasta ahora de lo poco que conectábamos sexualmente. Tal vez necesites hacer algo de terapia, Suzanne.

—No necesito terapia sexual, Tim —le aseguró ella, mirando el cielo.

—En serio, Suzanne. Estoy preocupado por ti. Deberías conseguir ayuda...

Sonaba sincero y preocupado, pero aquello no encajaba con el tipo manipulador que le había hecho perder su trabajo. Realmente había cambiado. Aquel Tim pos-Suzanne no tenía nada que ver con el Tim sensible y llorón que ella había conocido.

—Tengo que dejarte, Suzanne.

—Tim... No te atrevas a colgarme... ¡Maldita sea! —exclamó, mientras se apartaba el teléfono de la oreja—. Voy a matarlo —añadió, cuando se dio cuenta de que, efectivamente, Tim había colgado. A modo de consuelo, se metió otra enorme cucharada de helado en la boca.

—Ese caso, irás directamente a la cárcel.

Al darse la vuelta, Suzanne se encontró directamente con... Dios Santo. Ryan. En aquellos momentos, estaba sin camiseta, empapado de sudor por lo que, sin duda, habían sido horas de duro trabajo físico. Una fina capa de sudor le cubría el pecho y el ligero vello oscuro que iba de glorioso a glorioso

pectoral. Sentía el calor que él irradiaba y, de repente, se dio cuenta de que no podía respirar.

¿Que ella necesitaba realizar terapia sexual? ¡Ja! Lo que necesitaba era una ducha fría. Lentamente, se sacó la cuchara de la boca.

—No vale la pena ir a la cárcel por ningún hombre —dijo con la misma voz que había utilizado la noche anterior, la que la había hecho temblar interior y exteriormente—. Ni siquiera un imbécil como ese... ¿Tim, has dicho?

Genial. Lo había escuchado todo, la humillante descripción de los últimos acontecimientos de su patética vida.

—Estabas escuchando...

Ryan no se defendió. Se limitó a cruzar muy lentamente los brazos y a dedicarle una sonrisa acompañada de una ceja levantada que hizo que Suzanne mirara a su alrededor.

Con creciente horror, ella se dio cuenta de que, en su búsqueda por encontrar una zona que tuviera mejor cobertura, se había acercado a donde estaban trabajando los hombres. Estaba rodeada de virutas de madera, de sierras mecánicas y de serrín.

A ambos lados de Ryan, estaban dos muchachos más jóvenes. Cuando ellos vieron que Suzanne los estaba mirando, sonrieron tímidamente y regresaron a su trabajo.

Pero Ryan no. Él permaneció inmóvil, mirándola. Suzanne volvió a meter la cuchara en el tarro del helado y lo observó de arriba abajo. Estaba cubierto de la cabeza a los pies por virutas de madera, pero estaba más impresionante de lo que ella recordaba la noche anterior, cuando le había parecido más que impresionante.

Tim era muy guapo, de un modo académico e intelectual. De mediana estatura, esbelto... Sin embargo, no era tan fuerte ni tan musculoso como Ryan, que tenía el aspecto de haberse pasado muchos años de su vida realizando trabajo físico. Nunca había salido con nadie como él...

¡Ni tenía intención de hacerlo! Había terminado con los hombres. No volvería a destruirlos. Tenía que tenerlo en cuenta.

Le resultaba extraño estar allí de pie, intercambiando sus primeras palabras desde que él la había abrazado la noche anterior. Cuando estaba oscuro, lloviendo... Cuando todo era urgente... Cuando Suzanne, probablemente, si Ryan hubiera seguido besándola como lo estaba haciendo, habría estado

dispuesta a llevar a cabo cualquier favor sexual que él hubiera querido. ¿Qué diría un terapeuta sexual al respecto?

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¿Yo? Sí, claro —respondió ella con una sonrisa. Esperaba sinceramente no tener el labio superior manchado de chocolate—. Estupendamente.

—Has perdido tu trabajo.

—¿Cómo? —preguntó Taylor, que en ese momento salía por la puerta principal del edificio. Rápidamente, tomó a Suzanne de la mano—. ¿Has perdido tu trabajo de chef en el café Meridian?

—Su ex hizo que la despidieran —comentó Ryan sin dejar de mirar a Suzanne—. A mí me parece que te has librado de un mal tipo, ¿no crees tú, Taylor?

—Por supuesto —afirmó ella, estrechando a Suzanne entre sus brazos. Esta última no dejó de mirar a Ryan por encima del hombro de su amiga, no solo porque estaba sin camisa y tenía un aspecto magnífico, sino por el modo en que la estaba mirando a ella, de un modo compasivo y sincero.

—Estoy bien —susurró ella—. De verdad, Taylor...

—Claro que sí —dijo Taylor mientras la soltaba. Entonces, agarró la cuchara y se tomó un poco de helado—. Lo único que tienes que hacer es encontrar algo mejor —añadió mientras agitaba el aire con la cucharilla de Suzanne—. Las dos contra el mundo... Mmm, maravilloso. ¿Quieres un poco, Ryan?

Le ofreció una cucharada; él se inclinó para aceptarla, abriendo la boca para saborearlo todo y luego utilizando la lengua para limpiarse las comisuras de los labios.

Suzanne miró aquella boca, sin saber si salir corriendo o pedirle otro beso, en aquel lugar y en aquel mismo instante.

—Déjame que te ayude a instalarte hoy —dijo Taylor.

—Pero si estoy sin trabajo...

—¿Y?

—Bueno, estar sin trabajo equivale a no tener dinero. ¿Cómo es posible que sigas queriéndome como inquilina?

—¿Tienes siempre helado a mano?

—¿Estás bromeando? Claro que sí. Además, cocino muchas cosas.

—Gracias, Dios mío —comentó Taylor fervientemente—. Eso me sirve.

—Entonces, ¿por qué no te dedicas a preparar comidas para la gente? —

preguntó Ryan, mirando a las dos mujeres—. A mí me parece que sería una buena solución. Podrías trabajar para ti misma y no para un imbécil, que le vaya a dar tu trabajo a la nueva novia de tu ex.

Taylor se volvió a Suzanne, con los ojos iluminados por la emoción.

—Todavía no lo has visto, pero el apartamento en el que te vas a instalar tiene una cocina enorme —dijo.

—Lo de preparar comidas para la gente ya lo hago —dijo Suzanne—, pero solo como hobby. Nada más.

—Pues haz que sea más —afirmó Taylor.

Suzanne la miró fijamente y luego se echó a reír.

—No es tan fácil. De hecho, es algo casi imposible. Además, lo de dirigir un negocio no es lo mío.

—Eh, Ryan, tú necesitas alguien que te prepare la comida —dijo uno de los trabajadores, lo que hizo que Suzanne se diera cuenta de que todo el mundo estaba escuchando a pesar de que fingían no hacerlo.

Otro trabajador, que era completamente idéntico, se pasó el antebrazo por la frente e inclinó la cabeza.

—¡Es verdad! —exclamó el segundo muchacho—. ¡Para nuestra fiesta de cumpleaños! Es el viernes por la noche, ¿te acuerdas? Prometiste que lo celebraríamos en tu casa, porque todavía somos demasiado jóvenes para irnos por ahí de copas. Necesitamos comida. Mucha comida.

—Eso es —afirmó el gemelo.

Ryan los miró a los dos y luego sacudió la cabeza.

—En realidad, no es mala idea —dijo con una sonrisa.

Entonces, cuando miró a Suzanne, ella empezó a negar con la cabeza.

—No, no. No quiero que me des trabajo solo porque te doy pena.

—¿Estás rechazando a un cliente, Suzanne? —le preguntó Ryan, mirándola de un modo que hizo que las rodillas de la joven se doblaran en un instante.

El corazón le latía a toda velocidad. Aparentemente, su pobre cuerpo no había recibido el mensaje que el cerebro había enviado. Parecía que con aquel hombre no iba a tener suerte.

—No te olvides de que tienes una cocina enorme —dijo Taylor—. Además, ya que soy tu casera, te doy permiso para que crees un negocio en tu propia casa.

Suzanne se sentía como una estúpida con todas aquellas personas

mirándola, pero pensaba resistirse. Abrir un negocio de aquel tipo era casi tan malo como... como salir con un hombre. Algo destinado al fracaso y ella ya había fracasado en muchas cosas.

—No puedo. Lo siento.

—¿Nos perdonáis un momento? —preguntó Taylor. Entonces, agarró a Suzanne y la separó de allí unos metros—. ¿Estás loca? Es una oportunidad excelente. Un trabajo y un macizo, todo a la vez.

—Juramos mantenernos alejadas de los hombres —susurró Suzanne.

—No, juramos permanecer solteras. No se dijo nada de vivir como una monja. Suzanne, ¿has visto cómo te mira? Hazlo. Ve por él. Podría relajarte un poco.

—¡Taylor!

—Venga, pero si es solo un trabajo. Una noche. Además, si yo puedo vender mis adorados muebles para seguir en este edificio, tú puedes preparar unas cuantas cosas para una fiesta.

Le dolía escuchar aquello, pero Taylor tenía razón. Con un suspiro, Suzanne regresó al lugar en el que los hombres estaban esperando. Entonces, vio que Ryan la miraba con una sonrisa que le sabía mucho mejor que el helado.

—De acuerdo.

—¿Significa eso que lo harás? —preguntó uno de los muchachos de Ryan—. ¿Prepararás la comida para nuestra fiesta?

—Sí.

—¡Genial!

Ryan siguió sonriendo, lo que hizo que Suzanne sintiera una extraña sensación en el estómago.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó ella.

—¿Hacer qué?

—Ser tan amable conmigo.

—Yo siempre soy amable con la gente —comentó él, riendo al ver que ella fruncía el ceño, como si lo dudara—. Bueno, tal vez es que no me guste cocinar.

—Lo que quieres decir es que no sabes —respondió el muchacho que había hablado en primer lugar. Entonces, al ver cómo lo miraba Ryan, se calló.

Hmm... Después de todo, Ryan no era perfecto. No sabía cocinar. De

alguna manera, aquello hizo que Suzanne se sintiera mejor. Mucho mejor.

Si Suzanne se ponía a pensar en lo mucho que había hecho en tres días, la cabeza empezaría a darle vueltas, y, dado que estaba trabajando sobre una enorme bandeja, mezclando los ingredientes para preparar unos rollitos de huevo, no era el momento más adecuado para perder la cabeza.

Había trasladado sus pocas pertenencias al apartamento que había al lado del de Taylor. Ella le había prestado algunos muebles para que el apartamento no pareciera tan vacío. Suzanne había recorrido todo el South Village buscando un anuncio en el que se ofreciera un trabajo y tenía ampollas en los dedos de rellenar tantas solicitudes. Como le gustaba mucho, había accedido a preparar algunas comidas más, por lo que Taylor y ella habían salido de compras para equipar su nueva cocina. Esta, después de algunas horas de limpieza, había resultado ser mucho más de lo que ella hubiera esperado nunca.

Por supuesto, el salón estaba muy vacío, a excepción de sus velas favoritas. Seguiría así durante cierto tiempo, ya que había empleado el poco dinero que le quedaba en equipar la cocina. Sin embargo, ese era el menor de sus problemas en aquellos momentos.

Los trabajadores de Ryan, Rafe y Russ, eran jóvenes, alocados y maravillosos. Para su vigésimo cumpleaños, habían jurado comer lo que ella les preparara, aunque habían admitido que les encantaba la comida china. Por eso, Suzanne les había preparado una enorme bandeja de arroz frito y casi había terminado con los rollitos de huevo.

Le encantaba todo aquello... Aunque solo como un hobby. Pensar que podría dedicarse a ello en serio la aterrorizaba.

—Sí, buena chica —exclamó Russ cuando entró en su cocina seguido de Rafe. Los dos olisquearon lo que allí se estaba cocinando y lanzaron un gruñido de apreciación.

—Huele maravillosamente —comentó Taylor, que entraba detrás de ellos.

—Ni que lo digas —comentó Russ mientras se frotaba la barriga—. Ya hemos acabado por hoy y nos marchamos a casa. Vas a llevar allí toda esta comida, ¿verdad?

—Claro —dijo Suzanne. Entonces, se volvió para mirarlos fijamente—. Esperad un momento. ¿Me estáis diciendo que os vais a casa de Ryan?

—Sí, bueno. Su casa era nuestra casa, así que yo sigo llamándola así de vez en cuando —respondió Rafe mientras trataba de robar un rollito de huevo. Al verlo, Suzanne le dio un manotazo en la muñeca.

—Dices que su casa era vuestra casa —repitió Suzanne, comprendiéndolo todo por fin—. Sois... hermanos.

—Sí —confirmó Russ con una sonrisa—, pero no le digas a Ryan que te lo hemos dicho. No le gusta que la gente sepa que somos hermanos.

¡Ajá! Efectivamente, Ryan era solo un rostro hermoso. Además, era capaz de deshacer a una mujer con sus besos y una mirada de aquellos ojos oscuros era capaz de volverla loca, pero, también, era mezquino e imbécil. Genial. Suzanne podría resistirse perfectamente si era mezquino e imbécil.

Probablemente.

—Si todo el mundo supiera que somos hermanos, entonces los otros trabajadores podrían imaginarse que nos paga más que al resto. Y si piensan eso, también podrían darse cuenta de que tenemos menos experiencia que muchos de ellos. Ryan no quiere que haya un motín.

—¡Qué majo! —exclamó Taylor, que, como siempre, iba vestida como una reina—. ¿No te parece que es muy majo, Suzanne?

Sí, muy majo. Maldita sea.

—¿Quién es majo? —preguntó el propio Ryan, que apareció en la cocina con una radiante sonrisa y la camisa puesta, gracias a Dios.

Aquello significaba que tal vez Suzanne tendría alguna posibilidad de mantener la concentración. Llevaba días distrayéndola, sonriéndole, hablando con ella, fingiendo ser un buen tipo, lo que, tenía que admitir, parecía ser cierto.

Razón de más para mantenerse alejada de él. Había destruido a todos los buenos tipos que se le habían acercado.

Sin darse cuenta del peligro que lo acechaba, Ryan se acercó a Suzanne y olisqueó.

—Mmm... Huele a gloria.

—Es solo comida —comentó ella, apartándose.

—No, me refería a ti. Eres tú la que hueles a gloria.

Decidida a mantenerse firme a pesar de que las rodillas habían vuelto a convertírsele en gelatina, se colocó las manos en las caderas.

—¿Por qué no me dijiste que estaba cocinando para tus hermanos?

—¿Habrías aceptado el trabajo? —replicó Ryan, todavía con la sonrisa en

los labios.

Seguramente no.

—Estás muy guapa en la cocina —añadió él mientras le daba un tirón del delantal.

—¿Estás tratando de ligar conmigo?

—Claro.

Suzanne tuvo que echarse a reír. ¿Qué otra cosa podía hacer? Además, la risa ocultaba el temblor que había en su voz.

—Todo el mundo fuera —dijo, empujándolos a todos hacia la puerta—. Fuera, fuera, fuera.

—Hasta esta noche —le susurró Ryan al oído, al tiempo que le acariciaba suavemente la mandíbula—. Resérvame un baile.

¿Por qué tenía que tener aquella voz? Cuando la bajaba de aquel modo, tan profunda y sugerentemente, le provocaba escalofríos por la espalda. Suzanne decidió que tenía que recordar su promesa. Hombres no.

—No bailo.

—Yo puedo enseñarte —replicó él, mirándola con aquellos ojos tan sensuales.

—No he dicho que no supiera, sino que no bailo.

Ryan se limitó a sonreír.

—Ya veremos...

6

Ya en su casa, Ryan se metió en la ducha y dejó que el agua caliente le cayera por el cuerpo. Su trabajo era muy duro. Cada músculo le dolía por el ejercicio físico que había llevado a cabo. Muy pronto, llegaría el día en que pudiera dejar la sierra mecánica y el hacha para siempre. En vez de eso, se pasaría el tiempo sobre una mesa de dibujo, levantando solo un lápiz. Se pasaría el día diseñando y, cuando regresara a casa, no se sentiría tan cansado.

Entonces, podría salir por lo menos con la mitad de las mujeres con las que sus hermanos creían que salía. Sería muy divertido. Ligero y simple.

Después de criar a una familia, estaba deseando llevar una vida ligera y simple. Nunca había pensando que sentiría la necesidad de tener una relación estable, aunque tenía que admitir que aquello había sido antes... antes de que una noche tormentosa, un maravilloso beso y una mujer sorprendente hubieran puesto su mundo patas arriba.

Suzanne...

Tal vez el problema fuera que, desde aquella noche, la había visto con demasiada frecuencia.

No. No se trataba de eso. También había visto a Taylor con mucha frecuencia, pero no sentía deseos de hacerle el amor durante toda la noche.

Tal vez fuera porque había tocado a Suzanne. Porque la había besado, la había tenido entre sus brazos cuando ella no llevaba nada más que una camiseta y unas braguitas.

La imagen se apoderó de su pensamiento como si acabara de ocurrir, en vez de haber tenido lugar hacía cinco noches. En aquella ocasión, todo estaba muy oscuro, pero, a pesar de todo, Suzanne había sido como una luz en el abismo. Había podido notar cómo sus erectos pezones se levantaban contra la

tela de la camiseta, cómo las braguitas se habían vuelto transparentes para destacar la parte de Suzanne en la que ansiaba perderse. Tenía un cuerpo hecho para el amor, lleno de curvas... Mientras se enjabonaba bajo la ducha le dio a su erección distraídamente unos cuantos toques.

Como eso no le ayudó nada, giró el mango del grifo de manera que saliera solo agua fría. Eso tampoco le ayudó.

—¡Ryan! —gritó Angel desde el otro lado de la puerta—. ¡Tengo que ducharme!

—De acuerdo —respondió.

No obstante, siguió pensando en Suzanne. ¿Qué tenía ella que lo atraía tanto? Ella no era ni ligera ni sencilla, que era lo único que podía aguantar en aquellos momentos. Tampoco lo miraba con los ojos llenos de ensoñación... Sin embargo, lo que veía en sus ojos lo atraía. Era pura vulnerabilidad. Tenía un ingenio rápido y la voluntad de sobrevivir, aunque se esforzaba por ocultar sus sentimientos.

Nunca antes de había sentido atraído por una mujer vulnerable. Siempre había preferido las que eran fuertes y seguras. Entonces, ¿por qué en aquel momento? ¿Por qué con ella?

No era que Suzanne hubiera caído a sus pies, y mucho menos que se le hubiera metido en la cama. Tendría que esforzarse por conquistarla si eso era lo que deseaba.

Efectivamente. A pesar de todo, había comprendido que eso era precisamente lo que deseaba. Se dio cuenta de que tal vez lo había sabido desde el momento en que la vio.

Cuando faltaba una hora para que todos llegaran a la fiesta, Ryan le abrió la puerta a Suzanne. Algo nerviosa, ella sonrió y se marchó rápidamente a la cocina. Ryan la siguió y la encontró tratando de meter todas las cosas que llevaba en el frigorífico y hablando sola.

—Este hombre ni siquiera tiene una barra de pan —decía mientras colocaba una bandeja que olía deliciosamente.

Ryan se apoyó sobre la puerta para disfrutar de la vista. Suzanne llevaba una falda negra, muy ceñida.

—Habría ido a comprar hoy —comentó cuando ella se dio la vuelta por sorpresa—, pero sabía que tú ibas a traer un montón de comida, así que no

me molesté. Muchas gracias.

—No tienes por qué agradecerérmelo. Tú lo vas a pagar todo.

Ryan se dio cuenta de que Suzanne parecía estar enviándole puñales con la mirada, lo que hizo que se sintiera aliviado de estar al otro lado de la habitación. Ella llevaba una camisa de algodón de manga larga, con un profundo escote. Aunque era muy sencilla, destacaba perfectamente sus hermosos pechos de un modo que hizo que a Ryan se le hiciera la boca agua. La había visto desaliñada y casi desnuda. La había visto con vestidos de flores, pero nunca la había visto de la manera en la que iba vestida en aquella ocasión. Llevaba el cabello recogido artísticamente en lo alto de la cabeza con un bonito pasador de cuentas, aunque le daba la sensación de que, con un solo tirón, su gloriosa melena le caería sobre los hombros. Ya había algunos mechones que le enmarcaban la cara, que estaba ruborizada y muy hermosa.

¿Sería por él? Decidido a poner a prueba aquella teoría, Ryan se apartó de la puerta y se acercó un poco más a ella. Suzanne dio un paso atrás y se golpeó con la encimera.

Hmm... Interesante.

Ella echó las manos atrás y se agarró a la encimera, lo que gustó mucho a Ryan porque hacía que se mostraran aún más los pechos de Suzanne.

—Me estás agobiando —dijo ella.

—¿Sí? —preguntó Ryan, acercándose aún más. Entonces, colocó las manos sobre las de ella y se perdió en las profundidades de los ojos de la joven—. No me tendrás miedo, ¿verdad?

—Claro que no.

—Pero te pongo nerviosa.

—No seas ridículo... Bueno —admitió por fin—, tal vez un poco, pero solo cuando me miras... así.

—¿Cómo?

—Como si te estuvieras muriendo de sed y yo fuera un gran vaso de agua fresca.

A Ryan le gustó aquella explicación más de lo que debería.

—¿Qué es lo que estás diciendo exactamente? —le preguntó con la perversa necesidad de escucharlo de sus labios.

—Estoy diciendo que me alteras. ¿Queda claro?

—Como el agua...

Ryan quería tomarla en brazos y perderse en ella. ¿Cómo era posible que le

resultara tan irresistible en solo cuestión de días?

—Estoy ocupada —dijo. Evidentemente, no había decidido todavía si la atracción que sentía era algo bueno o no.

Él decidió que tendría que esforzarse un poco para convencerla. Empezó a acariciarle las manos, para luego hacer lo mismo con los brazos. Entonces, sintió cómo ella se echaba a temblar.

—Márchate y déjame trabajar —añadió, menos forzadamente—, antes de que decida cobrarte más por la conversación.

—Ahora no estamos hablando... ¿Has dicho que te altero? ¿De verdad?

Suzanne se echó de nuevo a temblar. Entonces, se le puso la piel de gallina, lo que demostró que Ryan no era el único que sentía aquella atracción.

—Sabes que sí —susurró ella, conteniendo la respiración cuando sintió los labios de Ryan sobre la cremosa piel de su garganta.

Suzanne le colocó las manos sobre el pecho, probablemente con la intención de apartarlo, pero antes de que pudiera hacerlo, Ryan deslizó sus manos sobre las de ella y las sujetó contra su tórax.

—He dicho que me alteras... No que me gustara —le espetó ella.

—Si no es así, ¿por qué me estás dejando que te toque?

—Yo... —musitó ella, con una sonrisa—... No lo sé.

—¿Vas a negar que te gustan mis caricias?

—Ryan...

Él le deslizó una mano por la garganta para aprisionarle la mandíbula.

—No hemos hablado de lo que ocurrió aquella noche, Suzanne. Sobre lo que ocurrió entre nosotros.

—Teníamos frío y estábamos empapados. Estaba muy oscuro y yo tenía miedo. Nos besamos. Fin.

—Eso no es cierto.

—De acuerdo, tienes razón. Me salvaste la vida. Gracias. Desde el fondo de mi corazón, gracias. Ahora, eso sí que es el fin.

Ryan sacudió la cabeza lentamente mientras acariciaba la mandíbula de Suzanne con el pulgar y se detenía en el camino para tocarle el labio inferior, que tembló y se separó del superior.

—Algo ocurrió entre nosotros —dijo él en voz muy baja—. Y tú lo sabes...

Suzanne se lamió los labios y se lo imaginó explorándole la boca con la

lengua... Por más que se esforzaba, no podía deshacerse de aquella imagen.

—Esto es una mala idea. Me he olvidado de los hombres, ya lo sabes.

Ryan la miró muy fijamente. Luego, se echó a reír.

—Eso es lo que he hecho —reiteró ella—, pero es por tu bien...

—Yo no soy como él, Suzanne — musitó Ryan suavemente—. No soy como tu ex prometido...

—¿Cuál? Sí, Ryan, sí —añadió la joven tras notar la sorpresa de él—. Ha habido tres. Los destrocé a todos.

—Lo dudo.

—No, es cierto. Deberías echar a correr. En serio.

—A mí me parece que solo has estado con los más idiotas de mi sexo.

—He fracasado a la hora de hacer feliz a ninguno de los hombres con los que he estado. Me considero una experta en relaciones fracasadas, pero, para ser justa, he de decir que heredé el don de mi padre, que se casó y se divorció seis veces antes de conocer a mi madre. Creo que se ha quedado con ella porque mi madre lo mataría si se divorciara de ella, así que, en realidad, ese matrimonio no cuenta.

—Suzanne, escúchame. En primer lugar, soy yo el que tengo que hacerme a mí mismo feliz. No confío en que lo haga una mujer. Ningún hombre debería hacerlo. Nunca. En segundo lugar...

—No, no hay segundo lugar.

—En segundo lugar, te deseo, mucho más de lo que he deseado nunca a otra mujer.

—¡Dios mío! ¡Pero si solo hace unos días que nos conocemos! —exclamó ella, tapándose la cara.

—Cinco. Una vida entera.

—No puedo creer que esté haciendo esto otra vez. ¿Por qué no sales corriendo? En serio. Yo vuelvo locos a los hombres.

—Suzanne —dijo Ryan mientras le apartaba las manos de la cara—. Créeme. Me encantaría salir corriendo, pero ya es demasiado tarde para mí.

—No... Oh, Ryan, no. No digas eso. Nunca es demasiado tarde —le suplicó ella—. Estoy tan nerviosa por la comida, que ya casi no puedo funcionar... Por favor, tienes que marcharte.

—La comida va a ser un gran éxito... Déjame ayudarte a prepararlo todo.

—De acuerdo —replicó ella. Entonces, le colocó las manos sobre los hombros y lo empujó hacia la puerta—. Ayúdame marchándote de aquí.

Ryan tenía razón. La comida tuvo un gran éxito. Suzanne se quedó maravillada cuando, unas horas más tarde, todo, a excepción de algunos restos, había desaparecido.

Los invitados a la fiesta eran todos muy jóvenes y, dados los decibelios de la música y de las voces, se lo estaban pasando estupendamente. Suzanne también se estaba divirtiendo. Los hermanos de Ryan eran estupendos y, evidentemente, adoraban a su hermano mayor. Le contaron un montón de historias sobre el modo en que él los había mantenido a todos unidos, a pesar de su trabajo y de su... ¿Cómo lo habían llamado? «Magnetismo para las chicas».

Se dijo a sí misma que ella podría resistirse a aquel magnetismo. Sí, tal vez si estuviera muerta...

De repente, Russ y Rafe apagaron las luces y apartaron todos los muebles, convirtiendo así el salón en un lugar adecuado para bailar. Al ver aquello, Suzanne se dio la vuelta inmediatamente para regresar a la cocina.

Entonces, se encontró cara a cara con Ryan. Aquella noche iba vestido con unos pantalones color caqui y una sencilla camisa blanca que resaltaba su bronceado.

—¿Dónde está el fuego? —le preguntó.

—Yo...

Antes de que pudiera encontrar una excusa adecuada, Ryan la tomó de la mano y la llevó al centro del oscurecido salón.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Suzanne, presa del pánico.

—Bailar contigo —respondió él. Y allí, delante de todo el mundo, la tomó entre sus brazos.

Nadie les estaba prestando ni la más mínima atención, por lo que Suzanne decidió que, para no hacer una escena, la única elección que le quedaba era bailar.

—Relájate —le susurró él a la oreja cuando notó que ella se ponía completamente rígida para evitar en todo lo posible el contacto físico—. Se supone que esto tiene que ser divertido —añadió mientras le acariciaba suavemente la espalda.

—A mí bailar no me parece divertido.

—¿Es que no sabes bailar?

—Solía hacerlo encima de las mesas —contestó ella mirándolo a los ojos —. Mi segundo ex me consiguió el trabajo.

—Sí, bueno, ya hemos establecido la opinión que me merecen los hombres de tu pasado.

—Y... ¿no te molesta?

—¿Que bailaras encima de una mesa por, seguramente, muchísimo dinero? Si te gustaba, no.

—No, que haya estado prometida tantas veces y que haya estropeado las vidas de tantos hombres.

—Dudo que hayas estropeado la vida de uno solo, Suzanne.

—Eso es lo que dice la historia.

—¿De verdad le fallaste a alguien? Antes de que me respondas, piénsatelo. ¿Mentiste, robaste o engañaste a alguien? ¿Hiciste otra cosa que no fuera ser quien eres, lo que significa ser una mujer lista, divertida, hermosa, compasiva y maravillosa?

—Tú... me das miedo —susurró ella, tragando saliva.

—Bien, porque tú también me das miedo a mí. Ahora has dejado de bailar. Eso no lo puedo consentir. Venga, pégate a mí un poco...

Dios. Sus cuerpos se rozaban. Suzanne sintió que el placer se adueñaba de todo su ser, floreciendo en todos los puntos en los que habían tenido contacto, que eran muchos.

Era muy consciente de lo fácil que sería dejarse llevar por aquel placer, tomar y dar a cambio. Podrían pasar la noche juntos. Estaba tan cerca de él, que sentía que Ryan estaba más que dispuesto.

Sin embargo, ¿cuál sería el precio? No podía volverlo a hacerlo. No podía. Además, para colmo, aquella relación no tenía nada que ver con ninguna de las que había tenido anteriormente. Aquella parecía mucho más... profunda. En menos de una semana, parecía mucho más. Dios...

La música se fue haciendo más lenta, al igual que los movimientos de Ryan.

—Qué bien, ¿no? —le susurró al oído mientras la estrechaba contra su cuerpo. Sin embargo, a Suzanne le daba la sensación de que estaría tan cerca de él aunque Ryan no la animara a hacerlo. Su propio cuerpo parecía tener una mente propia...

Cuando él se movía, ella se movía, cuando él se giraba, ella se giraba. Para ser un hombre que trabajaba todo el día con las manos, resultaba muy

sensual. Extraordinariamente erótico y, al estar a su lado, Suzanne desarrollaba también aquellas cualidades. Se sentía rodeada por él, abrumada por sus caricias, por su voz... Nunca había experimentado nada tan agradable. Entre los brazos de Ryan, le resultaba imposible resistirse a él. De hecho, si él la hubiera tomado en brazos en aquel instante y la hubiera llevado directamente a su cama, probablemente no habría podido hacer otra cosa más que suplicarle para que se diera prisa.

De repente, se acercaron un poco más, de modo que las puntas de sus senos rozaron el tórax de él. Las caderas de Suzanne se apretaban contra las de su compañero de baile, lo que le permitía sentir su vientre, sentir sus fuertes muslos y, lo más interesante, la firme protuberancia que parecía existir entre ellos. Ella levantó la mirada y vio cómo la pasión y el deseo ardía en la de él. Parecía que solo estaba esperando que Suzanne lo reconociera.

—Eso es lo que me haces —murmuró él.

Ella se echó a temblar, olvidándose inmediatamente de la razón que le impedía dejarse llevar.

—¿Te hago yo eso también a ti, Suzanne? ¿Te pongo caliente? ¿Te hago sentir como si fueras a sufrir una combustión espontánea?

—Yo...

Se tragó las palabras cuando vio la mirada de Ryan fija en su escote. Las suaves curvas de sus pechos apenas se insinuaban. La camisa era muy discreta, tal y como ella lo había deseado. Sin embargo, él se apartó un centímetro, lo suficiente para que Suzanne pudiera ver la evidente y definida línea de los pezones apretándose desesperadamente contra la tela de la camisa.

—Sí —susurró, admitiendo una verdad que él veía claramente—. Tú... también me lo haces a mí.

—¿Estás húmeda? ¿Te pongo húmeda?

Un ligero gemido se le escapó de los labios cuando Ryan volvió a estrecharla entre sus brazos, haciendo que se contoneara suavemente con la música.

Menos mal que él podía seguir bailando. Hacía tiempo que el pulso de Suzanne se había elevado hasta límites insospechados. Por dondequiera que se tocaban, se producía una corriente eléctrica que le atravesaba todo el cuerpo para ir a hacérsele líquida entre las piernas. Tenía la respiración

entrecortada, por lo que tragó saliva para tranquilizarse, pero, a pesar de todo, el corazón seguía amenazándole con salirse del pecho.

Si Ryan se dio cuenta, no dio señal alguna. Simplemente, bajó un poco más la cabeza y deslizó suavemente la mejilla contra la de ella. Aquella inesperada ternura y el modo en el que la guiaba por el salón hizo que Suzanne se arrepintiera de no volver a probar otra vez, de nunca experimentar el amor del modo que sabía que debía existir.

Entonces, la música terminó. Lentamente, Ryan la soltó, lo que hizo que Suzanne estuviera a punto de gritar. «Más, más, por favor», quería suplicar, pero se mordió la lengua. Un poco de dolor en aquel momento le ahorraría sufrir después.

Sin embargo, allí, en la oscuridad, sentía que Ryan la estaba mirando. No se podía imaginar lo que estaría pensando. De repente, la música volvió a sonar y sintió que los dedos de Ryan se entrelazaban una vez más con los suyos. Eran cálidos y algo ásperos por el trabajo físico que hacía todos los días.

—Una más —dijo. Cuando ella dudó durante un segundo más de la cuenta, la volvió a tomar entre sus brazos y la estrechó contra sí.

Un pequeño sonido de puro placer se le escapó al sentir su firme cuerpo una vez más contra el de ella. ¿Quién hubiera creído que un baile pudiera ser tan sensual, tan... maravilloso?

Ryan bajó un poco más la cabeza para poder mirarla a los ojos. La tenía agarrada como si nunca quisiera dejarla marchar. Tim nunca la había abrazado de aquella manera, como si fuera una hermosa mujer, como si fuera a morir si ella se apartaba. Nadie lo había hecho nunca.

Resultaba muy seductor, muy revelador. Si no tenía cuidado iba a terminar cediendo... ¿Qué podía hacer? ¿Calcular complicadas recetas? ¿Recordar que estaba sin trabajo?

A pesar de todo, seguía deseándolo con una desesperación que la aterraba. Aquella vez, cuando la música terminó, Suzanne se apartó de él.

—Yo... tengo que ir a recoger.

—No te vayas.

—Tengo que hacerlo —susurró ella.

Entonces, salió corriendo hacia la cocina. Allí, se dirigió directamente al fregadero y abrió el grifo del agua fría para refrescarse la cara hasta que volvió a recuperar la razón.

Entonces, y solo entonces, recogió la cocina. En cuanto hubo terminado, salió de la casa por la puerta trasera. Se fue corriendo a su casa y se metió en la cama. A continuación, agarró el libro de chistes que su padre le había dado la primera vez que le rompieron el corazón. Tenía en aquel momento doce años, y Steve MacKenzie la había plantado delante de todo el mundo. Había sido su primera lección sobre el dolor y, desde entonces, cuando se había sentido deprimida, había leído aquel libro hasta quedarse dormida.

Sin embargo, aquella noche, ningún chiste, por muy familiar o reconfortante que resultara, pudo ayudarla.

Al día siguiente a mediodía, Suzanne y Taylor estaban sentadas en la enorme cama de la segunda, comiendo helado directamente del tarro.

—Fue horrible —dijo Suzanne.

—No sé cómo puedes decir eso. Yo misma lo probé.

—¿De verdad? ¿Te sentiste como si el corazón fuera a salirse del pecho?

—No, la comida china no me produce ese efecto, pero la mexicana sí.

—¡No estaba hablando de la comida, Taylor! ¡Estoy hablando de bailar canciones lentas!

—Vaya. Vaya, vaya...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Significa que me resulta muy interesante que un hombre por el que tú afirmas no sentir nada te ponga el corazón a cien por hora cuando te toma entre sus brazos.

Evidentemente, Taylor nunca había estado en brazos de alguien como Ryan Alondo. Hasta la noche anterior, Suzanne tampoco. Nunca había experimentado una necesidad tan verdadera y tan desesperada por un hombre en toda su vida. Se había sentido tan desquiciada, que habría sido capaz de dejar de respirar si con eso podía tenerlo.

—Y, sin embargo, seguiste bailando con él —señaló Taylor.

—Bueno... Sí —admitió, al recordar lo bien que se había sentido entre sus brazos.

—Pero, al final, conseguiste marcharte de allí tranquilamente sin abalanzarte sobre él.

—De tranquilamente nada. Salí corriendo, como si el diablo me estuviera pisando los talones.

—Yo no sé nada de diablos, cielo, pero a Ryan lo llamaría el pecado

personificado.

Las dos miraron por la ventana, donde el Pecado Personificado estaba trabajando un piso más abajo. Tenía la camisa pegada al cuerpo, húmeda por el sudor, que solo definía aún más un cuerpo que podía hacer que una mujer se volviera loca... Sin embargo, no era eso lo que había captado su atención en aquel instante. Estaba blandiendo un hacha con el ritmo de una máquina. Sus brazos, su pecho y sus piernas trabajaban en perfecta armonía.

Suzanne había tratado de levantar una de esas hachas hacía unos días. Casi no había podido ni despegarla del suelo y mucho menos hacerla caer con mortal precisión una y otra vez.

—Dios mío, es guapísimo —comentó Taylor, mientras se metía otra cucharada de helado en la boca—. Mmm... es tosco y terrenal... con una ligera dosis de peligro... Míralo —añadió, mientras lamía la cuchara con fruición—. Te apuesto algo a que es un magnífico amante.

Seguro que sí. Con aquellas manos, duras, fuertes y endurecidas por el trabajo físico. Estaban bronceadas por el sol... Suzanne casi podía imaginárselas sobre su piel, que era mucho más pálida... Sintió que las piernas se le tensaban, llegando casi al orgasmo con solo pensarlo. Tuvo que echarse a reír.

—Estoy segura de que tiene demasiada experiencia para mí.

—¿Estás diciendo que nuestro Ryan ha tenido muchas amantes?

—Sus hermanos me dijeron que era un imán para las chicas

—Un hombre que sabe lo que hace —susurró Taylor, frunciendo los labios y abanicándose al mismo tiempo—. Qué bien...

Suzanne estaba empezando a sudar con todas las imágenes que le acudían a la cabeza.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Claro. A ver qué te parece esto —respondió Taylor, sentándose en la cama al estilo indio, con un juego de planos y un grueso archivo—. Son ofertas. Necesito un arquitecto, un ingeniero y un contratista, y eso solo es para empezar. Hasta ahora, he visto a tres de cada. Dios mío, ¿tienes idea de lo que cobra esa gente?

—¿Mucho?

—Cuestan un ojo de la cara, créeme, pero me imagino que, si vendo las antigüedades, puedo conseguirlo, asumiendo, por supuesto, que no tenga necesidad de comer o de calentarme.

—De eso no hay problema. Estamos en California, así que viviremos sin calefacción. En cuanto a lo de comer, yo tengo dos trabajos más: una fiesta para celebrar un ascenso y otra para inaugurar una casa.

—¡Estupendo! Deberías dejarte de anuncios y dedicarte solo a esto.

—Oh, no. Lo de preparar comidas para fiestas es solo un hobby. Sin embargo, con unos cuantos trabajos de vez en cuando, puedo alimentarnos a las dos —comentó Suzanne mientras se inclinaba sobre los planos. Entonces, volvió a levantar la mirada y vio que Taylor se había quedado completamente inmóvil—. ¿Qué te pasa?

—Tú... tú... acabas de decir que me alimentarías. Eso es lo más hermoso que nadie me ha dicho nunca —susurró con lagrimas en los ojos. Entonces, levantó la cuchara a modo de brindis—. Por no necesitar calefacción este año.

—Por un trabajo estable que nos ayude a seguir comiendo helados —añadió Suzanne, también con la cuchara levantada.

—Por que trabajen en este edificio un montón de hombres atractivos —comentó Taylor con una sonrisa—. Así tendremos un buen paisaje.

—Y lo último, pero no por ello menos importante —concluyó Suzanne mientras evitaba mirar por la ventana para no ver al descamisado más sensual del mundo—, por permanecer solteras.

—Por permanecer solteras —afirmó Taylor—, lo que no implica que no disfrutemos del sexo cuando podamos con responsabilidad, por supuesto.

Por supuesto. Y ese, desgraciadamente, era el problema. No dejaba de pensar en el sexo, fuera o no con responsabilidad.

Por la tarde, Suzanne estaba trabajando como una loca en su cocina, preparando los platos de su próximo trabajo. Como siempre, tenía unas velas de vainilla encendidas, tanto para que la ayudaran a relajarse como porque le gustaba la luz que emitían y su aroma.

Taylor estaba sentada en la encimera, comiendo a la misma velocidad que Suzanne rellenaba las setas.

—Voy a necesitar otra inquilina —dijo con la boca llena—. Tan pronto como arregle el apartamento de arriba. Y que Dios nos salve de gorriones.

—Brindo por eso —comentó Suzanne. Entonces, las dos levantaron el vaso de limonada y cada una tomó una seta rellena.

—Dios santo, ¡qué bien cocinas! —exclamó Taylor, tras tomarse la seta—.

¿Dónde aprendiste? ¿Te enseñó tu madre?

—No —respondió ella, riendo—. La idea que mi madre tiene de cocinar es apretar un botón del microondas. Lo que yo hago la deja atónita. Es profesora y siempre ha querido que yo haga lo mismo.

—¿Ocuparte de los niños de los demás? —preguntó Taylor, temblando—. Yo, antes, preferiría morirme.

—Eso es lo que más me gusta de ti —comentó Suzanne con una sonrisa—. Tú nunca dejarías que nadie te dijera lo que debes hacer.

—Tú tampoco lo permitirías.

—En eso te equivocas —comentó ella mientras encendía las luces. En el exterior, como ya estaba oscureciendo, la cuadrilla de Ryan encendió los halógenos. Todavía seguían trabajando—. Hasta hace muy poco tiempo, eso era precisamente lo que hacía yo. Dejaba que la gente me dijera lo que tenía que hacer. Mi madre quería que yo diera clases, así que lo hice. Estuve trabajando en una guardería, limpiando mocos todo el día.

Taylor volvió a echarse a temblar.

—Entonces, mi primer prometido quiso que fuera enfermera, pero no tenía la preparación adecuada, por lo que me puse a trabajar de auxiliar.

—Aggh.

—Hablo en serio. El día en que una de las enfermeras me dio un orinal, me marché.

Taylor se echó a reír. Entonces, se tapó rápidamente la boca.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. A partir de ahora la cosa empeora. Mi siguiente prometido creyó que yo debía ser bailarina exótica. Como eso horrorizaba a mi madre, durante un tiempo me gustó... Fue mi venganza por lo de limpiar mocos.

—¿Fuiste capaz? —preguntó Taylor, muerta de risa.

—Claro.

—Bueno, tienes el cuerpo necesario para serlo.

—A los hombres se lo parecía, pero bailar encima de una mesa no era lo mío. Por fin, mi último prometido...

—¿El llorón?

—Efectivamente. El llorón me inició en lo de la cocina, lo que es más de lo que puedo decir del resto de las personas que ha habido en mi vida.

—¿Qué les ocurrió a todos ellos?

—¿A mis prometidos? Destruí lo que sentían por mí. Uno a uno.

—Dudo que lo hicieras tú sola.

—Se me da muy mal lo del amor, Taylor. Solo tienes que preguntárselo a ellos. No tengo objetivos ni me tomo las cosas en serio. Les hice a todos mucho daño y, además, no tardé demasiado en hacerlo.

—El amor es un asco —dijo Taylor, con una determinación que hizo que Suzanne sospechara que su amiga sabía de lo que estaba hablando.

Suzanne quiso preguntarle al respecto, pero un movimiento al lado de la puerta se lo impidió.

Ryan estaba allí. Su enorme cuerpo llenaba la puerta. Teniendo en cuenta la intensidad que había en sus ojos y el hecho de que no sonriera como en él era habitual, Suzanne supuso que lo había escuchado todo.

Solo mirar a Ryan hacía que se sintiera débil y necesitada, a pesar de que odiaba ambas sensaciones. ¿Podría comprender que, a pesar de que los dos explotaban cada vez que estaban cerca, ella no podía ceder? No volvería a hacer daño a nadie más.

—Tengo la intención de no volver a hacer daño a ningún otro hombre —le dijo a Taylor, a pesar de que no dejaba de mirar a Ryan.

—Bueno, de todos modos, ¿quién necesita a los hombres? —comentó ella. Entonces, cuando se volvió y vio a Ryan, se mordió los labios y luego esbozó una pícaro sonrisa—. Aunque, tengo que reconocer, que tienen ciertas utilidades. Por ejemplo, el sexo. ¿Qué te parece, Suzanne?

—Sí, Suzanne —dijo Ryan, con una sonrisa—, ¿qué te parece?

—Que ya te he dado suficientes setas rellenas —musitó ella, quitándole la bandeja a Taylor. También le quitó el vaso de limonada.

Taylor se echó a reír y, entonces, se bajó de la encimera de un salto. Tras apartarse de la cara su rubia cabellera, le dio un beso a Suzanne en la mejilla.

—No te enojas. Yo solo estaba tratando de demostrar una cosa.

—¿Y cuál es?

—Que tener relaciones sexuales con un hombre no es lo mismo que entregar tu vida por uno. En otras palabras —susurró—, ánimo —añadió, en voz muy baja para que solo ella pudiera escucharla. A continuación, se irguió y le guiñó un ojo a Ryan—. Hasta luego.

Con eso, Taylor se marchó de la cocina, dejando a Ryan a solas con la mujer de la que no parecía cansarse.

—Lo que he dicho iba muy en serio —reiteró Suzanne, dándole la espalda,

mientras seguía con la preparación de sus platos—. No necesito un hombre.

Solo unas semanas antes, Ryan habría dicho que él tampoco necesitaba una mujer, pero, cada vez que miraba a Suzanne, sentía una extraña sensación en el vientre que jamás había experimentado antes. Un hambre insaciable.

Sí, necesitaba a una mujer. La necesitaba a ella.

—Yo no necesito a nadie —añadió Suzanne.

—Ya me lo has dicho —dijo él, acercándosele. Entonces, colocó las manos en sus caderas. Le gustaba tocarla y ya iba siendo hora de que ella lo supiera. Se asomó por encima del hombro de ella para ver qué estaba preparando. Entonces, su pobre estómago comenzó a gruñir—. ¿Qué estás cocinando?

Suzanne suspiró, pero no se apartó. Ryan decidió que había hecho algunos progresos.

—Tienes hambre —comentó ella con un suspiro—. Claro que tienes hambre. Has estado trabajando como un esclavo todo el día. Siéntate y yo te...

De repente, las luces se apagaron. Suzanne contuvo la respiración. Ryan apretó ligeramente los dedos sobre sus caderas, profundamente emocionado de que ella reconociera lo mucho que trabajaba.

—En realidad has hecho que me olvidara de lo que había venido a decirte —replicó Ryan—. Vamos a cortar la luz durante un rato solo mientras Rafe corta una rama que está demasiado cerca de los cables de la luz. Íbamos a hacerlo mañana, pero se supone que va a hacer viento mañana y es peligroso esperar.

Suzanne se dio la vuelta para mirarlo. Ryan captó su aroma, el dulce y limpio aroma que tanto lo turbaba en sueños...

—Pero yo tengo que terminar de cocinar. Necesito la electricidad para terminar.

—No tardarán mucho en volver a darla. Además, tienes las velas encendidas —comentó él sin quitar las manos de sus caderas.

—¿Y qué se supone que voy a hacer mientras tanto?

—Podríamos hablar...

—Fue solo un baile —replicó Suzanne a la defensiva, refiriéndose a la fiesta.

—¿Como el beso fue solo un beso?

—Sí —respondió ella, aunque la respuesta se le ahogó en la garganta, lo que no pasó desapercibido para Ryan.

—Suzanne... — murmuró él, animado por aquella reacción

Se creía que destruía a los hombres, pero la verdad era que, tal y como él lo veía, Suzanne había sufrido mucho. No confiaba en nadie fácilmente. No se podía jugar con ella. Lo sabía perfectamente, igual que sabía que debía marcharse. Sin embargo, ya había decidido que no lo haría.

Deslizó suavemente las manos por los brazos de Suzanne, sobre su suave garganta, sobre su rostro, que enmarcó, deseando poder entenderla.

—Suzanne, ¿qué está ocurriendo aquí?

—Yo... no sé a qué te refieres.

Las caderas de él golpearon las de ella. Suzanne exhaló un pequeño gemido y, aquella vez, él hizo lo mismo.

—Lo sientes... Sé que lo sientes...

—Es solo...

La respiración se le había acelerado. Suzanne le colocó las manos encima de los hombros, se aferró a él con fuerza, como si necesitara el equilibrio.

—Es solo lo que dijo Taylor. Solo sexo.

—Si tuviéramos relaciones sexuales, ahora mismo, ¿crees que se desvanecería la necesidad que hay entre nosotros?

Ryan no necesitaba luz alguna para saber que ella se había quedado boquiabierta. Entonces, se echó a reír y apoyó la frente sobre la de ella.

—De acuerdo, vamos a buscar una linterna o más velas para que yo me pueda marchar de aquí antes de aprovecharme de tu silencio.

—Nadie se aprovecha de mí —afirmó ella. Y, como si quisiera demostrar aquella afirmación, le deslizó las manos entre el cabello y lo agarró con fuerza, acercándolo más a ella. El cálido aliento que emanaba de sus dulces labios acariciaba la mejilla de Ryan mientras que su larga melena le cubría el brazo.

—Ahora que lo pienso —murmuró ella—, yo tampoco me he aprovechado nunca de nadie. Resulta muy extraño, porque siempre lo he deseado. ¿Crees que podría aprovecharme de ti, Ryan?

Él experimentó una inmediata erección. Abrió la boca para ofrecerse como sacrificio cuando Suzanne se la cubrió con sus labios.

Al igual que en otras ocasiones, fueron presa de una combustión inmediata. Sentirla entre sus brazos, contra él... Suzanne le agarró con fuerza el cabello, como si tuviera miedo de que él fuera a soltarse, a pesar de que nada estaba más lejos de la imaginación de Ryan. No se habría apartado aunque se

estuviera ahogando.

Suzanne se sentía inundada por el placer. Tenía la fría encimera contra la espalda y a Ryan delante, pero nunca se había sentido tan caliente en toda su vida. La falta de luz solo provocaba más intimidad.

—Esto es solo lo que habíamos dicho, ni más ni menos...

—Sexo.

—Solo sexo. Cuando hayamos acabado...

—Habremos acabado.

¿Se lo estaba imaginando Suzanne, o Ryan hablaba con escepticismo, como si no creyera sus propias palabras?

—Muy bien —susurró ella, prácticamente jadeando, igual que él—. Nos habremos quitado las ganas.

—Efectivamente.

—¿Me lo prometes?

—Suzanne...

—No, tienes que prometérmelo. Tienes que hacerlo porque... porque yo nunca he tenido una relación que fuera «solo sexo».

A Suzanne le pareció que Ryan se quedaba atónito.

—¿Nunca?

—Nunca. Quiero tener relaciones sexuales sin comprometerme, Ryan —añadió. Ryan dudó—. No, no dudes.

—Siento algo por ti, Suzanne, algo que todavía no comprendo y no puedo hacer una promesa que no estoy seguro de poder cumplir.

—Tienes que hacerlo —dijo ella con desesperación.

—¿Y si algo más que solo sexo fuera mejor?

—No, Ryan. Prométemelo. Por favor.

Durante un largo momento, él se limitó a mirarla.

—¿Ryan? Prométemelo.

La noche había caído a su alrededor, así que, sin electricidad, casi no se veían. El sonido del viento al otro lado de la ventana sonaba rítmico, hipnótico, igual que Suzanne se sentía al estar entre los brazos de Ryan.

Cuando él gruñó y la estrechó un poco más entre sus brazos, Suzanne sintió que se deshacía contra él. Parte del vacío que había estado sintiendo desapareció completamente. Podían hacer aquello y acabar con todo, seguir adelante con sus vidas. Después, aquella inexplicable necesidad que sentían el uno por el otro desaparecería.

No habría lazos. Ni corazones rotos. Suzanne no le haría daño porque aquello sería lo único que compartirían.

Ella deseaba creerlo, porque la boca de Ryan era tan firme, tan deliciosa, que no podía evitar desear hundirse en ella.

—Suzanne... —susurró él, lamiéndole de un modo que hizo que ella se echara a temblar—, me encanta el modo en que te abrazas a mí cuando te toco...

Así era. Se aferraba a él como si de Ryan dependiera su vida entera. Al oírle decir aquellas palabras, se abrazó a él con más fuerza, arqueándose contra su cuerpo.

—Oh, sí, así... —musitó—... así...

Volvió a besarla más larga, más profundamente. Tenía una boca maravillosa, una boca que era capaz de hacerle olvidar todo y que sabía exactamente qué hacer para volverla loca.

—¿Suzanne?

No. No quería hablar. Para tratar de decírselo, se arqueó un poco más contra él. ¿Le había dicho Tim que necesitaba una terapia sexual? ¿Estaba loco? ¡Lo que necesitaba era una manguera para apagar el fuego!

—Deténme ahora si vas a hacerlo después —le dijo Ryan mientras le dejaba un rastro de besos por la garganta.

Ni hablar. En vez de detenerlo, Suzanne se inclinó sobre él y le mordió el labio inferior, haciéndole gruñir de placer, haciendo que la levantara contra su cuerpo para poder devorarle mejor la boca con la suya.

Mientras se engullían mutuamente, Suzanne le recorrió los fuertes brazos, los anchos hombros, sintiendo que se hacía agua. La excitaba tanto... Gracias a Dios, Ryan había descartado sus dudas. Tal vez regresaran a la luz del día, pero Suzanne no quería enfrentarse a eso en aquellos instantes, no quería enfrentarse a nada más que lo que tenían juntos. Después de que los ojos se le hubieran ajustado a la oscuridad, podía verlo por fin, contemplar el modo en el que la estaba mirando. Por primera vez, comprendió el poder del deseo.

La sentó en la encimera. Entonces, le sujetó la cabeza para darle un largo y apasionado beso; luego, fue bajando por el cuello mientras le acariciaba los muslos y las rodillas, animándola para que los separara y poder colocarse entre ellos, apretarse contra su cuerpo.

Tenía una potente erección, tan gloriosa, que Suzanne contuvo el aliento.

—Mmm... Me encanta ese sonido —murmuró, haciéndola suspirar otra

vez.

Poco a poco, fue desabrochándole los cuatro botones que tenía en la parte frontal del vestido. Entonces, la miró y, lentamente, fue retirándole la tela de los hombros. Con un dedo, le trazó el borde del sujetador. Los pezones se le habían erguido hacía tiempo, pero Suzanne no podía creer lo erótico que resultaba estar sentada allí, esperándolo, observando cómo la miraba mientras la tocaba.

Le abrió el broche frontal del sujetador y apartó también la suave tela, emitiendo un profundo gruñido ante lo que vio. Entonces, le tomó los pechos en las manos, utilizando los pulgares para acariciárselos, suave, muy suavemente.

Los pezones se irguieron aún más, lo que provocó que Suzanne, involuntariamente, moviera hacia delante las caderas. Entonces, Ryan concentró toda su atención en los pezones, haciéndole exhalar un gemido de placer desde lo más profundo de la garganta.

—Ryan...

—Lo sé.

A continuación, inclinó la cabeza y se metió un firme pezón en la boca. Primero, utilizó la lengua, luego los dientes, hasta que ella volvió de nuevo a emitir aquel sonido. A los pocos segundos, ella estaba prácticamente jadeando y murmurando su nombre. Casi no recordaba que ella misma hubiera comenzado todo aquello, que era ella la que, supuestamente, debía estar aprovechándose de él. Le rodeó la cintura con las piernas y se apretó contra la protuberancia que Ryan tenía entre las piernas.

Él respondió liberándole el pecho. Entonces, comenzó a mirarlo mientras lo acariciaba suavemente con el dedo.

—Eres tan suave... Tan perfecta...

Mientras hablaba, le subió el vestido hasta la cintura, lo que no le resultó difícil, ya que era muy ligero.

En aquel momento, Suzanne comenzó a torturarse preguntándose si él preferiría a las mujeres delgadas, por lo que trató de meter el estómago. Sin embargo, al verla, él profirió un suspiro de placer tan genuino, que Suzanne se olvidó inmediatamente de todas sus imperfecciones.

Le deslizó la mano por la parte trasera de las braguitas, agarrándole el trasero, apretándola aún más contra sí para que pudiera sentir el efecto que había tenido en él aquel breve interludio.

Solo pensarlo, sentir su potente erección contra la parte más sensible de su cuerpo, hizo que Suzanne se sintiera muy débil y se echara a temblar. Estaba cerca, muy cerca, y eso que él casi no la había tocado. Se aferró a él y le mordió suavemente el labio inferior. Entonces, con una voz temblorosa que casi no reconoció, le dijo:

—Por favor, Ryan...

—Lo que tú quieras...

En aquel momento, volvió la luz.

Una vez más, Ryan estaba en la ducha, tratando de librarse de la tensión. Aquella vez, se trataba de tensión sexual.

Había pasado más de una semana desde la primera vez que vio a Suzanne. No tenía ni idea de cuánto tiempo podría estar un hombre con una erección, pero le parecía que no podía ser mucho más tiempo.

Era una pena que sus hermanos hubieran dado la luz en aquel momento, justo cuando había conseguido meter las manos por debajo de las braguitas de Suzanne y tenía un glorioso pezón en la boca. Un minuto más, solo un minuto, y habría estado hundido en su dulce y cálido cuerpo.

En vez de eso, las luces se habían encendido, desconcertándolos a los dos. Suzanne se había apartado de él, mirándolo con los ojos abiertos de par en par.

Queriendo tranquilizarla, queriendo volver al inmenso placer que habían compartido, Ryan se había inclinado sobre ella, solo para recibir un golpe en el pecho y ver que Suzanne negaba con la cabeza.

Al verse con el vestido subido hasta las caderas y bajado hasta la cintura, ella había contenido el aliento. Tenía los pezones erguidos y húmedos de los besos de Ryan. Las braguitas también estaban húmedas... Solo pensar en todo aquello hacía que Ryan volviera a experimentar una erección.

—¿Ryan? —dijo Angel, mientras golpeaba la puerta del cuarto de baño.

Él se limitó a abrir un poco más el grifo y a no prestarle atención alguna.

—Hoy te he preparado yo la cena, ¿de acuerdo?

Al oír aquello, Ryan cerró el grifo.

—Ah, y no te olvides de esa mujer con la que Rafe te ha concertado una cita a ciegas. Creo que dijo que era «una tía buena». Por cierto, ella acaba de llamar para decir que pasaría a recogerte. Bueno, me tengo que marchar

corriendo porque llego tarde a clase. ¡Adiós!

—¿Cómo? ¡Espera! —exclamó Ryan mientras se cubría rápidamente con una toalla y abría la puerta del cuarto de baño. Justo en aquel momento, oyó que la puerta se cerraba de un portazo—. ¿Angel?

¿De qué mujer habría estado hablando su hermana? Vagamente recordaba que Rafe le había dicho que había conocido a una mujer que sería perfecta para él. Sin embargo, como había oído muchas veces aquel mismo comentario, no le había prestado atención alguna. En aquella ocasión, tenía la mala sensación de que no había hecho caso a algo muy importante.

Sin embargo, ni buena, ni mala, ni perfecta, ninguna mujer se acercó a su puerta aquella noche.

Al día siguiente por la tarde, Suzanne estaba en los escalones de entrada al edificio de Taylor, observando la vida pasar y fingiendo que no estaba mirando a Ryan, que se empleaba de nuevo con dureza en su trabajo, otra vez sin camisa.

Ya casi había terminado con los árboles. Muy pronto, se marcharía al siguiente trabajo. A ella no le importaba, claro que no le importaba... Entonces, ¿por qué le latía el corazón con más fuerza con solo verlo trabajar?

Era una reacción simple y pura ante la visión de un hombre espléndido, un hombre intenso, sudoroso y trabajador. No había nada más sensual que eso. No obstante, estaba empezando a sentir mucho miedo de que gran parte de todo aquello no tuviera nada que ver con el sexo ni con el deseo.

Con un suspiro, levantó un poco más el periódico que tenía entre las manos y se puso a leer los anuncios de ofertas de trabajo. Con otro suspiro, rodeó con un círculo uno que anunciaba el puesto de chef en un restaurante que solo estaba a unas pocas manzanas de allí. Entonces, sintió que una sombra se detenía delante de ella.

—Hola —dijo la voz que nunca fallaba a la hora de provocarle extrañas sensaciones en el estómago—. ¿Qué estás haciendo?

—Leyendo —contestó ella, volviendo a centrar la mirada en el periódico.

—¿Las ofertas de trabajo?

—Resulta extraño lo interesada que estoy en tener saldo positivo en mi cuenta bancaria.

Un dedo se enganchó en el periódico y la obligó a bajarlo, dejando al

descubierto a un guapísimo Ryan. ¿Qué era lo que tenían los hombres sudorosos?

—¿Y lo de preparar comidas para fiestas?

—Es solo un hobby.

—Es más que eso.

—No, solo es un hobby. No pienso crear mi propio negocio. Como pasatiempo está muy bien —añadió, rodeando con un círculo otro anuncio en el que se solicitaba un chef.

—Entonces, no te rindas —le dijo él.

—No lo haré —replicó ella—. No lo haría nunca.

—Bien —comentó Ryan mientras se ponía la camisa. Entonces, abrió una botella de agua y se sentó al lado de ella mientras levantaba la mano para beber.

Aquella nuez, una parte del cuerpo tan masculina, subía y bajaba con cada trago de agua. La camiseta, que era azul clara, estaba pegada al cuerpo por el sudor. Tenía estiradas las piernas delante de él, con los pies cruzados en un gesto de profunda relajación.

—¡Qué buena está el agua! —exclamó cuando terminó de beber. Entonces, se limpió la boca con el reverso de la mano.

Suzanne lo miró. Lo que sí era bueno era el aspecto que tenía Ryan. Deseaba lamer hasta la última gota de agua que le caía por los labios...

—¿Has terminado ya por hoy? —le preguntó en vez de actuar.

—Sí. Y ya casi hemos terminado aquí. Con un par de horas más mañana, ya estará todo hecho.

—¿Y los árboles que hay en la parte de atrás? —quiso saber ella, a pesar de que ya se lo había imaginado.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Es que me vas a echar de menos?

—Claro que no —mintió.

—De acuerdo. Esos ya los hemos podado.

—Oh... Haces muy bien tu trabajo —susurró ella, para intentar deshacerse de la intensa mirada a la que Ryan la estaba sometiendo.

—Llevo haciéndolo durante bastante tiempo. Eso es todo.

Había una cautela en la voz de Ryan que la hizo dudar. «No preguntes. No tiene nada que ver contigo. Él no tiene nada que ver contigo...».

—¿Ocurre algo? —quiso saber ella de repente, al darse cuenta del extraño tono de voz que había empleado.

—Bueno, estoy cansado de los árboles —admitió Ryan, esbozando una sonrisa mientras se estiraba—. Mi cuerpo está cansado de los árboles. Estaré encantado cuando...

A pesar de que Suzanne esperó, él no terminó la frase. Se limitó a cerrar la boca, a ponerse las gafas de sol y a levantar la cara hacia el sol, que ya se estaba poniendo.

—¿Ryan? ¿Estarás encantado cuando qué?

De repente, el sonido de un claxon los sobresaltó a los dos. En la calle, se había detenido un Miata rojo brillante, del que se bajó una mujer, una morena de piernas interminables. Llevaba una minifalda de cuero. Completaba el atuendo con unos tacones de vértigo y un corpiño también de cuero, que no le llegaba a la cinturilla de la falda. En el ombligo, exhibía un brillante piercing.

Sin embargo, lo que más confundió a Ryan fue el hecho de que se dirigiera directamente hacia él con una sugerente sonrisa en sus rojísimos labios.

¿Estaba sonriéndole a él? Estiró el cuello y miró hacia atrás para asegurarse de que Suzanne y él eran las dos únicas personas que estaban allí.

—¿Eres Ryan? —le preguntó la morena, extendiéndole una mano que él agarró automáticamente—. Yo soy Allene —añadió con una sonrisa expectante, como si esperara que él la reconociera inmediatamente.

Allene. Allene... ¿Quién diablos era Allene y por qué lo miraba de ese modo, como si quisiera tragárselo de un solo bocado? Miró a Suzanne, que seguía mirando a Allene completamente asombrada.

Se puso de pie al tiempo que la mujer volvía a hablar.

—Sé que quedamos en que yo iría a recogerte a tu casa, pero me enteré de que estabas trabajando aquí y, como paso por esta calle todos los días, pensé... —comentó, sonriendo de nuevo.

De repente, comprendió el mensaje que Angel le había dado la otra noche. Todo encajó por fin.

Su hermano. Aquella era la «tía buena» con la que le había organizado una cita a ciegas. Efectivamente, estaba muy buena, pero no quería...

Suzanne lo estaba mirando muy fijamente. Ryan pensó que iba a matar a su hermano por meterse en su vida privada.

—Lo siento, creo que ha habido una equivocación. Mi hermano...

—Oh, por el amor de Dios —exclamó Suzanne poniéndose de pie—, vete con ella. Que te diviertas.

—Suz...

—¡Buenas noches!

Se metió en el portal y le cerró la puerta en las narices.

—¿He hecho mal en venir aquí? —preguntó Allene, sintiendo por fin que había habido cierta confusión—. Solo pensé que, dado que tenía entradas para esa obra, podríamos ahorrar tiempo y...

—No, no pasa nada —respondió Ryan con una sonrisa—. Es solo que... Mira, estoy muy cansado. Lo siento.

—Oh —susurró la morena, mirando las entradas muy decepcionada. En aquel momento, Ryan se sintió como un imbécil—. Yo... lo comprendo.

—Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Allene, más animada.

—Pero creo que podré acompañarte —dijo.

—¡Genial! Pasaremos por tu casa para que te puedas dar una ducha y cambiarte —sugirió ella, agarrándolo de la mano y tirando de él hacia el coche.

Ryan observó cómo el edificio de Taylor se alejaba cada vez más y se preguntó lo que estaría pensando Suzanne. Probablemente nada bueno.

Entonces, pensó en cómo mataría a su hermano. Lo haría lentamente, eso seguro. Lenta y dolorosamente.

Varias horas más tarde, Allene volvió a dejar a Ryan frente al edificio de Taylor para que pudiera recoger su furgoneta. Tras apagar el motor del coche, le lanzó otra de sus deslumbrantes sonrisas. Después de una velada repleta de sonrisas de alto voltaje, que ocultaban una innata incapacidad para tener una conversación que no versara sobre su maquillaje, sobre su cabello o sobre su ropa, Ryan se sentía completamente hastiado.

No había podido dejarla plantada. Cuando lo había intentado, ella lo había mirado con ojos llorosos y le había dicho que Rafe le había prometido que, después de la obra, la llevaría a tomar un postre. Ryan había cedido sin oposición alguna.

Maldita sea. Lo único que quería en aquellos momentos era un par de aspirinas y charlar con otra mujer.

Suzanne.

No le parecía buena señal que no hubiera podido sacársela del pensamiento en toda la tarde. No era que ella quisiera salir con él. En realidad, casi no

quería ni hablar con él... Sin embargo, le parecía que aquello era una estratagema, que lo que estaba ocurriendo entre ellos simplemente la aterrorizaba.

Ryan lo comprendía, dado que él sentía lo mismo, pero tenía que afrontarlo. Aquella misma noche.

Con aquel pensamiento en mente, se volvió a Allene con una sonrisa de disculpa.

—Es muy tarde —dijo, echándose un poco hacia atrás cuando ella se desabrochó el cinturón de seguridad y se abalanzó sobre él—. Allene, espera...

No. Allene no iba a esperar. Se sentó a horcajadas encima de él, allí en el coche, lo que tenía que ser una hazaña increíble dado el tamaño de la palanca de cambios.

—Allene...

—He querido hacer esto desde la primera vez que te vi, sentado en esos escalones, estirado, acalorado y sudoroso... Estabas tan sexy... —susurró. Entonces, le enredó las manos en el cabello y lo besó.

Tenía a una hermosa mujer sentada en el regazo, tratando de meterle la lengua hasta la garganta y él iba a rechazarla.

¿Qué diablos le ocurría?

Tan suavemente como pudo, volvió a sentar a Allene en su asiento. Ella lo miró con la boca abierta y los ojos llenos de pasión.

—Se trata de otra mujer, ¿verdad?

—Lo siento mucho.

—No importa. Ya lo sabía.

Si Allene lo sabía, Ryan estaba mucho peor de lo que había pensado. Ella lo iba a dejar marchar fácilmente y encima se sentía culpable al respecto. Salió rápidamente del coche y subió corriendo los escalones.

Entonces, se encontró cara a cara con Suzanne, que estaba allí, de pie, apoyada contra la puerta, con los brazos cruzados y una expresión inescrutable en el rostro.

—Hola —susurró él.

Suzanne extendió la mano y le frotó una comisura de la boca. Entonces, le mostró los dedos para enseñarle el carmín rojo que Allene le había dejado allí. A continuación, se dio la vuelta y volvió a entrar en el edificio. Aquella vez, cerró la puerta de un buen portazo.

9

Después del portazo, que no terminaba de comprender dado que no le importaba con quién saliera Ryan, Suzanne atravesó a oscuras el vestíbulo, subió las escaleras y se fue directamente al apartamento de Taylor.

—¿Taylor? —le preguntó al tiempo que entraba sin esperar a que la invitaran—. ¡Necesito consolarme con un helado!

—Entonces, entra. Tengo un tarro nuevo y dos cucharas limpias.

Suzanne se dirigió a la cocina, fue directamente al congelador de Taylor y sacó el tarro de helado. Dado que Taylor había vendido las preciosas antigüedades que tenía en el salón para empezar las reparaciones del apartamento, no había ningún sitio en el que sentarse, así que se subieron las dos a la encimera.

Tras hacer todo lo posible por no recordar lo que había ocurrido la última vez que se había subido a una encimera, Suzanne tomó la cuchara que Taylor le entregaba y tomó una cucharada de helado.

Taylor esperó hasta que las dos se hubieron tomado unas cinco cucharadas antes de hablar.

—Bueno —dijo, meneando los pies—. ¿Qué te ha hecho?

—¿Quién?

—¿Como que quién? Pues Ryan.

—¿Qué te hace pensar que ha hecho algo?

—Porque tiene pene, cielo. Por eso no puede evitar ser un idiota.

—Sí —afirmó Suzanne—, pero, por alguna razón, siempre me olvido de la parte de idiota.

—Bien, tengo que admitir que Ryan parece haber evolucionado un poco más que el resto. Es decir, por lo menos te mira, te mira de verdad. Si tú lo animaras un poco, creo que se lanzaría.

Suzanne emitió un bufido y tomó otra cucharada de helado. Al verla, Taylor enarcó una ceja.

—¿Significa eso que ya se ha lanzado?

—No.

—Oh —susurró Taylor, algo desilusionada.

—Fui yo la que se lanzó —replicó. Al ver que Taylor se echaba a reír, suspiró—. ¿Te acuerdas de cuando se fue la luz la otra noche? Estuvimos a punto de...

—¿De qué? —quiso saber Taylor, atónita.

Suzanne volvió a meter la cuchara en el tarro de helado con más fuerza de la necesaria.

—Digamos que la electricidad volvió justo a tiempo para que yo recuperara la cordura.

—Vaya... Entonces, casi... —suspiró Taylor—. Tiene un cuerpo estupendo...

—Y se lo llevó a una cita esta noche con una mujer que parece una muñeca Barbie.

—Hmm...

—La besó.

—No.

—Sí.

—¿Quieres que lo matemos? —le preguntó Taylor, tras tomar otra cucharada de helado.

—Hablo en serio.

—Y yo —replicó Taylor mientras se bajaba de la encimera. Entonces, miró a Suzanne a los ojos—. ¿Estás segura de que no te has equivocado? He visto cómo te mira. No hay nadie más, es imposible...

—Pues esta noche sí que hubo.

—Habla con él.

Suzanne también se bajó de la encimera, pero no soltó el tarro de helado. No pensaba separarse de su consuelo.

—Ni hablar.

—Creo que deberías hacerlo.

—Y yo creo que tenemos que renovar nuestro voto de permanecer solteras, dado que tú, aparentemente, te has olvidado de él. Voy a tomar prestado este tarro de helado.

Con eso, volvió a salir por la puerta. Taylor suspiró.

—Yo renovaré mi voto —dijo, hablándole a la puerta—, pero me da la sensación de que tú, Suzanne, no vas a necesitar el tuyo durante mucho tiempo más.

Mientras se concentraba en engullir helado a una velocidad que le aseguraría la obesidad para su próximo cumpleaños, Suzanne se dirigió a su apartamento. Tenía la garganta tensa y los ojos le ardían... Dios Santo. Cualquiera habría pensado que realmente le importaba con quién salía aquel hombre de las cavernas cuando todo el mundo sabía que salía con cualquier cosa que llevara puesta una falda.

No le importaba lo más mínimo, porque nunca iba a volver a salir con nadie. Ni siquiera iba a volver a mirar a otro hombre, aunque fuera un Adonis.

Por supuesto, tendría que comprarse un vibrador... o convertirse en lesbiana. No, le bastaría con un vibrador.

A ciegas, extendió la mano para abrir la puerta de su apartamento. Estuvo a punto de tragarse la lengua y la cuchara cuando, en vez de la puerta, se encontró con un firme tórax, a cuyo dueño conocía perfectamente.

—Suzanne...

Dios. También conocía perfectamente aquella voz, porque hacía que se le secara la boca y que apretara los muslos.

Dos enormes manos la agarraron por los hombros. Una le levantó suavemente la cabeza para hacer que mirara su oscurecido rostro.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Suzanne se tragó la última porción de helado de chocolate y lo pensó.

—No.

—Hay cosas que tienes que saber.

—Te he dicho que no.

—Es cita me la preparó Rafe.

—Pobrecito... Estoy segura de que te resultó muy duro.

—¡Oye! Tú fuiste la que me dijiste que debería ir —replicó él.

Efectivamente, así había sido.

—Mira, yo he comprendido esto que hay entre nosotros... Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Lo que hay entre nosotros? ¿Es que acaso hay algo entre nosotros? —preguntó ella, riéndose a carcajadas—. No seas tonto. No hay nada.

—Claro que sí —afirmó él mientras abría la puerta del apartamento de Suzanne con una mano y con la otra la agarraba a ella, como si temiera que se escapara. O que volviera a darle con la puerta en las narices, posibilidades ambas que ella había considerado—. Lo que estoy diciendo —añadió, mientras la hacía pasar— es que lo mejor que podríamos hacer es ver dónde nos lleva.

—¿Por qué? ¿Para sacárnoslo del cuerpo? ¡Eso ya lo hemos intentado! Mira, Ryan, vete a tu casa.

—No lo comprendes.

—Oh, lo comprendo perfectamente. Para ti, estar con una mujer es una obsesión. ¡Tienes adicción a las mujeres!

—Suzanne...

—Y dado lo que casi ha ocurrido entre nosotros, ya dos veces, creo que también eres adicto al... sexo.

Se sentía tan avergonzada que decidió que, dado que él no parecía dispuesto a marcharse, lo haría ella. Ryan la atrapó en la cocina. Cuando le dio la vuelta para que pudiera enfrentarse a él, Suzanne vio que estaba sonriendo.

—Suzanne —dijo Ryan, mientras se mordía el labio inferior. A ella le parecía que lo hacía para no echarse a reír—, si tengo adicción a algo, es a ti —confesó—. No me malinterpretes —añadió mientras la arrinconaba contra la encimera—, pero no pienso marcharme hasta que no hayamos acabado con esto.

Los tipos duros nunca la habían intimidado. Sin pararse a pensarlo, Suzanne agarró con fuerza la cuchara, la cargó de helado de chocolate y, agarrándola como si fuera un tirachinas, le lanzó una bola de helado de chocolate, que fue a darle de lleno en la frente.

Ryan se llevó una mano para tocarse el lugar y se miró los dedos, cubiertos de chocolate, completamente atónito. Parte del helado le cayó de la frente hasta la nariz, lo que le hizo sacudir la cabeza, completamente asombrado.

—No me puedo creer que hayas hecho eso.

—Pues créetelo —replicó Suzanne, volviendo a cargar la cuchara. Aquella vez le dio en la mandíbula—. Y tengo más.

—Supongo que eso significa que no te vas a comportar con lógica en este

asunto.

Colocó ambas manos sobre la encimera, arrinconándola. Entonces, se inclinó ligeramente hasta que tuvieron los ojos a la misma altura. Una gota de chocolate se le cayó de la mandíbula para ir a parar al hombro de Suzanne. Él la miró con ojos brillantes y entonces se inclinó y la lamió.

Al sentir la lengua de Ryan sobre su piel, la respiración de ella se alteró. Fuera lo que fuera lo que había estado a punto de decir o hacer se le olvidó por completo.

—Ahora —susurró él, mirándola—, volvamos a intentarlo —añadió, inclinándose sobre Suzanne, de manera que los manchó a los dos de helado—. Sí, necesitamos terminar con este asunto. Veo que tú no estás muy emocionada ante esta perspectiva, pero... ¿Por qué no me permites que te diga algunas cosas para ver si puedo hacerte cambiar de opinión? —le preguntó mientras la agarraba de la muñeca.

Con mucho cuidado, le quitó el tarro de helado y lo dejó encima de la encimera. Entonces, le agarró la otra muñeca, convirtiéndola efectivamente en su cautiva.

—En primer lugar, no estoy obsesionado por salir con mujeres —prosiguió. Volvió a bajar la cabeza para tomar un poco más de helado del hombro de Suzanne—. Sería demasiado agotador.

—Pero Rafe dijo... —susurró ella, a pesar de que le estaba resultando muy difícil seguir aquella conversación, con las manos y boca de Ryan encima.

—Rafe se equivocaba. Lo de esta noche ha sido algo que él me preparó cuando no estaba escuchando.

—Me dijo que salías todas las noches.

—Tres noches a la semana.

—Bueno, pues tres noches a la semana —repitió ella—. Para mí, sigue siendo mucho y me parece repugnante.

—¿Te parece repugnante porque se trata de mí? —preguntó Ryan.

La miró durante un instante. Entonces, le inmovilizó las manos a la espalda y se las sujetó con una de las suyas. Con la izquierda, que era la que le había quedado libre, empezó a acariciarle el hombro, untándole el helado en la piel.

—Bueno, yo... —musitó Suzanne. Le resultaba muy difícil concentrarse con aquellas caricias.

—¿Es así? Respóndeme, Suzanne —insistió él mientras le acariciaba suavemente la clavícula.

¿Qué le había preguntado?

—Estoy pensando que no quieres que salga con nadie —añadió, acariciándola todavía con más dedos—, tal vez a excepción de ti...

—¡Ja! —exclamó ella.

Tenía la intención de parecer despreocupada, pero aquella interjección le salió más gutural de lo que había querido en un principio. La razón era que el dedo de Ryan le estaba acariciando suavemente la garganta. Después, volvió a meter el dedo en el tarro del helado.

Con los ojos llenos de picardía, volvió a llevarle el dedo a la garganta y le extendió el helado por el lugar en el que le latía el pulso, en la base de la garganta.

Al sentir aquello, los pezones se le irguieron.

—Efectivamente, salgo de mi casa tres noches por semana —le informó él mientras volvía a acariciarle la clavícula—, pero no salgo con ninguna mujer —añadió. Ligeramente, fue llevándole el dedo hasta el botón superior del vestido—. En cuando a eso de tener adicción al sexo, antes de conocerte habría dicho sin dudar que eso era mentira.

—¿Y ahora? —musitó Suzanne. Su voz sonaba ligera y sugerente, como si estuviera flirteando con él.

—Bueno, si estamos hablando de ti y de mí... entonces es posible —respondió, abriéndole un botón y luego otro. Y otro más.

Muy pronto, una de las hombreras se le deslizó a Suzanne del hombro. Después, el pecho le quedó al descubierto.

Ryan miró la suave tela de algodón del sujetador y entonces le rozó uno de los pezones con el dedo, observando cómo se erguía con una fascinación tal, que hizo que Suzanne apretara con fuerza los muslos.

—¿He respondido a todas tus preguntas?

—Si no estás saliendo con todos los miembros del sexo femenino, ¿dónde vas tres noches a la semana?

—Yo... ¡Qué diablos! Voy a la universidad por las noches.

—Pero... eso no tiene ningún sentido.

—¿Por qué? ¿Porque podo árboles?

—Lo que haces es mucho más que eso. Y lo sabes perfectamente.

—Sí, ha sido el modo con el que he conseguido mantener unida a mi familia. He podido poner comida en la mesa y un tejado sobre nuestras cabezas. Ha sido un salvavidas, pero no es el trabajo que llevo en el corazón,

Suzanne. Eso me estoy esforzando por conseguir. Voy a conseguir mi título de paisajismo ese año, después de seis largos años de asistir a las clases cuando podía.

Ryan la miraba con gran intensidad, lo que producía un fuerte contraste con el helado que le caía de la nariz.

—Siento haberte llenado de helado —susurró ella.

—¿Lo sientes lo suficiente como para limpiármelo con la lengua?

—Estoy segura de que limpiártelo con la lengua sería algo muy agradable.

—¿Agradable? Vaya.

—No se trata de ningún insulto.

—No me digas...

—Mira, admito que me acaloro un poco cuando estoy a tu lado, pero...

—No me gusta nada la palabra «pero»...

—Pero... pero es que tengo que asegurarme de que los dos sabemos qué terreno pisamos.

—Dado que tú estás tan decidida a recordárnoslo a ambos, ¿cómo nos vamos a olvidar?

—Sí —dijo ella. Entonces, le rozó los senos con el tórax. Las sensaciones fueron tales que Suzanne tuvo que morderse la lengua para no dejar escapar un gemido—. ¿Vas a tener más citas? No es que me importe...

—Claro que te importa —la interrumpió él con una sonrisa—. Entonces, ¿quieres saber dónde fuimos y qué fue lo que hicimos?

—No. No me importa.

—¿De verdad? ¿No te importa en absoluto? ¿Ni siquiera un poquito?

—No —insistió ella, a pesar de que quería decir que sí. Ansiaba saber si había tocado a aquella mujer del mismo modo que la tocaba a ella—. Lo que hayas hecho esta noche es asunto tuyo.

Con una suave caricia, Ryan le apartó un mechón de cabello y se lo colocó detrás de la oreja.

—Te puedo decir que no nos embadurnamos de helado.

—Nosotros tampoco lo hemos hecho.

—Ah, pero la noche es joven —replicó él mientras le hundía las manos en el cabello.

—Acabas de mancharme el pelo de helado.

—Sí, pienso mancharte por todas partes.

—No lo creo.

—Tú has empezado este juego... Creía que te gustaba.

—Quería...

—¿Sí? ¿Qué era lo que querías?

Lo que Suzanne quería era cubrirle todo el cuerpo de helado y lamérselo. Sin embargo, aquello había sido cuando se sentía furiosa con él, llena de una salvaje energía. Antes, cuando había sentido la urgencia irracional de competir con una Barbie.

Sin embargo, ya no quería competir con nadie.

—Esto ha sido una mala idea —susurró justo mientras él le acariciaba la mejilla y bajaba la frente hasta tocar la de ella.

—Probablemente.

—Entonces, dejémoslo estar —dijo desesperadamente.

—A mí me apetece más luchar.

Al oír aquellas palabras, el pánico se apoderó de Suzanne porque, instintivamente, supo que no le iba a resultar posible resistirse.

—No.

—Tienes miedo. Lo sé, Suzanne.

—No tengo miedo.

—Yo no soy como ellos. No soy como los otros hombres que ha habido en tu vida. Estoy dispuesto a luchar por esto, no a largarme cuando las cosas se pongan difíciles.

¿Era aquello lo que le había ocurrido? ¿Que nadie, lo que la incluía a ella misma, había luchado lo suficiente como para hacerlo funcionar?

—Voy a luchar —le advirtió Ryan—. Voy a luchar por ti.

—Mala idea —replicó con voz temblorosa. Con nada más que un ligero toque de sus labios, sintió que todo su cuerpo se despertaba. Como su corazón—. No —añadió, en un susurro, tratando de soltarse de su prisión y consiguiéndolo—. No quiero luchar por esto.

—¿Por qué no?

—Porque tú tienes una voluntad de hierro. Lo sé, después de todo lo que has pasado.

—Esta es una lucha completamente diferente.

Tenía razón, y Suzanne lo sabía. Aquella era una lucha de almas y de corazones. Una lucha a la que no se podría resistir. Lentamente, sacudió la cabeza. Entonces, agarró el tarro de helado y lo abrazó contra su pecho.

—Deberías marcharte.

—Te deseo, Suzanne. Quiero abrazarte, tocarte, enterrarme en ti... Quiero estar contigo, verte sonreír, reír... Vivir.

—Eso es juego sucio —replicó ella, con la voz entrecortada—, pero yo también sé jugar sucio.

Entonces, metió la mano y agarró un puñado del helado, que estaba ya algo derretido, le levantó la camisa y le untó el helado en el vientre, justo por encima de la cinturilla de los vaqueros. Aunque tembló un poco al sentir su cálido y firme vientre, apretó las rodillas y levantó la barbilla.

Ryan contuvo el aliento, con lo que la cinturilla del vaquero se le abrió un poco, permitiendo así que el helado se deslizara en su interior. Un sonido estrangulado se le escapó de la garganta.

Suzanne se tapó la boca con la mano. Con los ojos llenos de pasión, Ryan le quitó la cuchara y la hundió en el helado. Entonces, sonrió como si fuera un diablo.

—Ryan... —dijo ella entre risas mientras volvía a apoyarse contra la encimera—. Ryan...

—Sí, así me llamo.

—Yo no...

—¿Sí? ¿Dices que tú no qué?

—Bueno —respondió ella, con una sonrisa nerviosa—. No creo que haya motivo alguno para comportarse como niños...

Aquellas palabras terminaron abruptamente cuando sintió que el helado se caía de la cuchara y se le introducía por el escote medio abierto del vestido. Sin dejar de sonreír, Ryan le colocó la mano en el centro del pecho, con los dedos completamente extendidos y apretó ligeramente, extendiéndole aún más el helado por la piel.

—Bueno, tal vez una pelea de helado sea una mala idea... —añadió ella, afectada aún por el frío.

—Estoy de acuerdo, así que te reservo una lucha completamente diferente...

La atrajo hacia sí y unió su torso manchado por el helado con el pecho de ella. Entonces, sonrió de nuevo, de un modo que hizo que el corazón de Suzanne comenzara a latir a toda velocidad.

—Atrévete a luchar conmigo —susurró antes de cubrir la boca de ella con la suya.

10

—Recuerda que esto es solo... es solo sexo —susurró Suzanne mientras los dos rompían el beso para tomar aire. Ella tenía la respiración tan agitada como si hubiera estado corriendo hacia la cima de una montaña—. Solo sexo. ¿De acuerdo?

—¿Quieres que sea sincero contigo?

Suzanne guardó silencio. No estaba segura de si era sinceridad lo que quería en aquellos momentos. Al ver la confusión en la que parecía estar sumida, Ryan sintió de repente una inesperada ternura.

—Tal vez no deberíamos hablar —dijo ella.

—¿Quieres que me vaya? —quiso saber Ryan. La desilusión sabía como el chocolate amargo del helado que tenía sobre los labios.

—Sí.

Bien. Porque mientras su cuerpo vibraba su mente parecía estar de acuerdo con lo que había dicho Suzanne. Dio un paso atrás.

—Te... Te estás marchando.

—Sí.

—Bien.

—Genial.

Ryan nunca supo quién de los dos hizo el primer movimiento. Simplemente se lanzaron el uno sobre el otro, rasgándose la ropa, hundiéndose los dedos en el cabello, besándose tan profundamente, que él no tenía ni idea de dónde comenzaba la boca de Suzanne ni de dónde terminaba la suya.

—Ryan, Dios mío... —susurró ella con voz agitada.

—Lo sé. Tenemos que...

—Sí.

Él la levantó, la colocó en la encimera y se colocó entre sus piernas con un suave movimiento. Entonces, cuando ella se arqueó para recibirlo, gruñó de placer.

—¿Aquí? —quiso saber Suzanne—. ¿Ahora?

—Aquí y ahora...

Tiró del corpiño del vestido, se lo bajó y le inmovilizó los brazos en los costados. Maravilloso... Entonces, le abrió el broche del sujetador, dejando así sus senos libres. Al verlos, tan redondos y rotundos, con unos rosados pezones que estaban erectos, suplicando su atención, sintió que las rodillas estaban a punto de doblársele.

—Ryan, suéltame los brazos... Quiero...

Él también quería. Aprovechando su ventaja, tomó una cucharada de helado, ya casi deshecho, y se la vertió por encima de los pechos. Suzanne contuvo el aliento. Al ver aquellas curvas cubiertas de chocolate, Ryan sintió que la boca se le hacía agua. Tuvo que obligarla a desenganchar los tobillos de detrás de la espalda para poder bajarle las braguitas, pero aprovechó la situación para verterle más helado sobre el vientre. Sobre la parte interna de los muslos.

—Ryan... —musitó ella sobresaltándose cuando una gota de aquella mezcla le cayó por la entrepierna—. Esto va a ser muy... pegajoso.

A Ryan le gustaba que Suzanne casi no pudiera hablar, que ya no fuera capaz de controlar su respiración.

—No será así si yo lo lamo primero.

—¿Vas a...?

—Ya lo verás.

Se inclinó y le colocó las manos en las rodillas. Entonces, le separó las piernas todo lo que pudo, gruñendo de placer al ver la visión que se le presentaba.

—Dios, eres tan hermosa...

Así era, acalorada y húmeda para recibirlo, cubierta de un baño de chocolate que se moría de ganas por lamer.

Cuando Suzanne vio que bajaba la cabeza, contuvo la respiración.

—Espera.

—¿Algún problema? —le preguntó él.

—Es que... yo... nadie nunca me ha... —musitó, cerrando los ojos. Se había sonrojado.

—¿Nadie te ha lamido?

Sin abrir los ojos, Suzanne negó con la cabeza. Ryan sintió una profunda ira por el resto de los hombres que había habido en la vida de Suzanne, pero esta se vio rápidamente reemplazada por una evidente satisfacción. Él sería el primero en demostrarle lo agradable que podría ser.

—Abre los ojos, Suzanne...

Cuando lo hubo hecho, le deslizó las manos por los muslos hasta que sus pulgares se reunieron. Ella lanzó un gemido de placer. Con la yema del dedo, Ryan le estaba untando chocolate justo sobre el centro de su feminidad.

—Ahora...

—¿Ahora?

—Ahora voy a lamerte, tal y como te prometí.

—Oh, bueno...

La lamió.

—¡Ohhh!

—Mmm... Una mujer bañada en chocolate —dijo Ryan, lamiéndose los labios—. Mi sabor favorito.

—Ryan, yo...

Aquellas palabras se convirtieron en un suave gemido cuando él volvió a lamerla. Le gustaban tanto los sonidos profundos y apasionados que ella exhalaba que siguió haciéndolo...

—Dios mío... Dios mío...

Cuando empezó a morderla suavemente y luego aspiró con fuerza, Suzanne estuvo a punto de caerse de la encimera. Él, simplemente, deslizó las manos por debajo de las caderas, le tomó su delicioso trasero entre las manos y la agarró. No dejaba de lamer, de aspirar... Volvía a lamer... Al cabo de un minuto, Suzanne estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Entonces, sus músculos se tensaron y empezaron a temblar, por lo que Ryan se preparó para recibir su explosión.

En vez de eso, Suzanne trató de juntar los muslos.

—¡Para! —gritó.

Maldita fuera aquella palabra. Ryan levantó la cabeza. Todavía le tenía los brazos inmovilizados a ambos lados. Suzanne tenía la respiración tan agitada, que los pechos no dejaban de temblarle.

Entonces, Ryan la miró a los ojos, que reflejaban una mirada salvaje y desenfrenada.

—Ryan, es que voy a...

—¿A tener un orgasmo?

Suzanne asintió. Al verla, Ryan sintió que el afecto le encogía el corazón de tal modo que casi no podía ni respirar.

—Eso es estupendo —dijo, acariciando suavemente la carne henchida que acababa de estar acariciando—. Muy bueno...

—Pero... —musitó ella, levantando instintivamente el cuerpo para buscar más de aquellas caricias.

—Te deseo —afirmó él, bajando de nuevo la cabeza para que su aliento acariciara el cálido cuerpo de Suzanne—. Quiero que tengas un orgasmo y que te me viertas en la boca...

Con el siguiente movimiento de la lengua, Suzanne hizo exactamente aquello, con un vibrante abandono.

Cuando Suzanne pudo abrir los ojos, miró a Ryan, atónita. Había alcanzado el clímax en la boca de Ryan...

—¿Te ha gustado? —le preguntó él con una sonrisa.

Suzanne abrió los ojos y se incorporó. Ryan se abrazó a ella, pero ambos necesitaban más. Suzanne le tiró de la camiseta, conteniendo el aliento cuando él se la sacó por la cabeza y la dejó a un lado.

Era tan guapo... Tan guapo... Ya lo sabía, pero al verlo tan cerca, al poder tocarlo, deslizar los dedos por aquella carne, cálida y firme...

—Dime que tienes un preservativo —dijo ella con una voz tan profunda que casi no reconoció como suya. Nunca en su vida había tomado la iniciativa, pero ya no sentía vergüenza... Ryan la había convertido en una mujer nueva.

—Sí, tengo un preservativo.

Asombrada de sí misma, Suzanne le desabrochó el botón de los vaqueros y entonces le bajó la cremallera. Tenía la respiración muy agitada cuando metió la mano en el interior, más allá del helado, y agarró su masculinidad. Tenía una erección plena y necesitaba aliviarse. Ella estaba también tan desesperada por conseguir lo mismo que casi no pudo contenerse.

—Tu cama —dijo él.

Sin embargo, ella negó con la cabeza. No quería esperar tanto tiempo.

—Aquí.

Ryan la fascinaba. Lo había hecho desde el primer día cuando cayó de aquel árbol. Sin embargo, en aquellos momentos, su fascinación estaba a otro nivel y ella lo sabía. Era un hombre real, mucho más auténtico de los que había tenido en su vida. Tenía esperanzas y sueños. Era fuerte, grácil y poderoso.

Y estaba plenamente excitado. Por ella.

Lo deseaba, lo ansiaba de un modo que iba más allá de lo físico, e iba a tener que afrontarlo. Sin embargo, decidió hacerlo más tarde.

Mientras se ponía el preservativo le temblaban los dedos. Observarlo era lo más erótico que Suzanne había contemplado nunca.

—¿Ryan?

Él levantó la mirada, caliente y apasionada, para encontrarse con la de ella.

—Date prisa.

Suzanne le rodeó el cuello con los brazos casi al mismo tiempo que él la levantaba y la llevaba hacia la mesa. Con una manotada, tiró el correo y un par de libros al suelo antes de colocarla encima. Ryan era tan fuerte... Suzanne nunca había deseado tanto a nadie como lo deseaba a él. Él le enmarcó el rostro entre las manos. Cuando se besaron, no fue un sencillo toque, sino una profunda, húmeda y cálida afirmación de puro deseo.

Los dos se perdieron en su pasión. Ryan le levantó la tela del vestido hasta la cintura, mientras que ella utilizaba los dedos de los pies para bajarle los calzoncillos. Por fin, él volvió a introducirse un pezón en la boca, torturándolo con la lengua para saborear mejor el chocolate mientras Suzanne lo guiaba hasta donde ella más lo necesitaba.

Inmediatamente, se hundió en ella, haciendo que los dos gritaran de placer. Ryan se retiró y volvió a empujar, aquella vez más profundamente. Y luego una vez más.

Mirándolo, contemplando su oscura mirada, Suzanne estalló en otro orgasmo con sorprendente facilidad, cuando aquello había sido algo que nunca le había resultado sencillo. Siempre había ocurrido tras mucho esfuerzo y algunas veces había tenido que conformarse sin conseguirlo. Le daba la sensación de que aquello no había tenido nada que ver con el momento o el lugar, sino con el hombre.

Efectivamente. Era el hombre...

Ryan volvió a besarla, tocándole la cara. Ella le colocó las manos sobre el pecho y gimió de placer cuando se cernió una vez más sobre ella. Lo más

increíble fue que sintió que el deseo volvía a despertarse en su interior. Trató de mantener los ojos abiertos, observando cómo Ryan se hundía en ella hasta que al final terminó por echar la cabeza hacia atrás, murmurando su nombre.

Solo observarlo, tan desatado, tan desinhibido, desató su tercer orgasmo de la noche. Sin embargo, incluso mientras las luces explotaban en el interior de su cabeza y su cuerpo temblaba con el alocado placer que acababa de experimentar, su mente se rebeló. Y se contuvo.

Aquello no era nada más que un episodio aislado. Un fin buscado. Una diversión temporal.

No importaba lo que le dijera el corazón mientras Ryan la besaba dulcemente. No importaba lo que ella deseara de verdad. No se enamoraría de él. Mantendría el corazón al margen.

Para Ryan, fue como regresar a la tierra muy lentamente.

—Si eso ha sido solo sexo —dijo, demasiado débil para apartar la cara del cuello de Suzanne o incluso para abrir los ojos—, me comeré el sombrero.

Esta afirmación fue recibida en silencio. Ryan entonces se obligó a apartarse de ella y la miró.

Suzanne, sin embargo, se bajó rápidamente de la mesa, se puso a recoger su ropa y a tirarle a Ryan la suya.

—¿Suzanne?

Ella se dio la vuelta y se puso a mirar por la ventana, contemplando la oscuridad de la noche.

—Eh, ¿te encuentras bien?

—Claro que estoy bien. Perfectamente —respondió ella, abrazándose. Cuando Ryan, le colocó las manos sobre los hombros, dio un paso al frente y se apartó de él.

Ryan tenía bastante idea de lo que se le estaba pasando por la cabeza. Estaba ocupada distanciándose de la situación, convenciéndose de que todo seguía igual. Sin embargo, se equivocaba. Nada era igual ni lo volvería a ser.

—Lo que ha ocurrido no es lo corriente para mí. Quiero que lo sepas.

Ryan había estado con otras mujeres, incluso lo había hecho en la cocina en otra ocasión, con nata, pero nunca había experimentado lo que había compartido con Suzanne. Con helado de chocolate o sin él, aquello no había sido solo sexo. Cuando la había tenido entre sus brazos, se había sentido...

completo. Al hundirse en su cuerpo, ella había hecho pedazos su corazón y su alma.

—Es muy tarde —dijo ella—. Lo siento.

Entonces, salió de la cocina. Un momento después, Ryan oyó que se cerraba la puerta del dormitorio.

Eso lo dejó de pie en la cocina, con el ego por los suelos, junto a sus pantalones.

Dos mañanas más tarde, Suzanne estaba en la misma cocina en la que había permitido que Ryan la devorara. En aquella ocasión, el chocolate estaba también implicado, aunque no de la misma apasionada manera.

Estaba decorando galletas, preparando una bandeja de postres para su tercer trabajo de aquella semana. Se trataba de un almuerzo, un encargo que le había salido de la fiesta que había preparado en casa de Ryan.

Ryan.

Solo dos noches antes, había puesto su mundo patas arriba en aquella misma cocina, al mirarla con aquellos ojos oscuros como si ella pudiera ser la elegida para él.

Y ella lo había estropeado todo marchándose de la cocina.

Llevaba dos noches en las que lo único que hacía era tumbarse en la cama y mirar el techo, preguntándose exactamente qué gen habría heredado que la convertía en un ser tan estúpido. Con un suspiro, se metió otra galleta en la boca. Y ya iban doce. El chocolate se le deshizo en la boca y la galleta se disolvió deliciosamente.

Bien. Si no podía controlar su propia vida, al menos hacía unas galletas estupendas.

Después del almuerzo, Suzanne fue a dar un paseo en coche por el South Village, para tratar de aclararse. Todo había ido bien. Mejor que bien. Le habían salido dos trabajos más para la semana siguiente.

Suponía que, para tratarse de un hobby, no estaba nada mal. Una vez más, no prestó atención alguna a la vocecita que, desde su interior, le decía que debía de ser mucho más que un pasatiempo. Tal vez no había nacido para llevar una vida controlada, responsable o seria.

Era ya por la tarde y las calles vibraban de actividad. Había mucha gente por las calles, comprando o almorzando. Los aromas de los cafés cercanos contrastaban con el aire del sur de California, que era una mezcla de flores y de contaminación.

Suzanne se paró para comprar un periódico, pensando que seguía necesitando un trabajo. Entonces, siguió conduciendo un poco más para comprobar la situación en algunos cafés y restaurantes nuevos.

Volvió a la realidad cuando terminó frente a la oficina de Ryan.

En aquellos momentos, la cuestión era si debía salir o no. Se preguntó lo que significaría no poder encontrar una excusa para estar allí, aparte de la única y más sencilla: que quería verlo.

—Hola.

Al oír aquella voz tan profunda, se sobresaltó. Ryan estaba al lado de su coche, tan guapo, que las manos de Suzanne ansiaban tocarlo. Sin embargo, la sonrisa que tenía en los labios parecía un poco tensa y tenía una expresión en los ojos que... Dios santo, las cosas que se leían en aquellos ojos.

—Hola —replicó ella—. Yo solo quería... Bueno...

—¿Estabas buscando trabajo? —le preguntó Ryan al ver el periódico que tenía en el asiento del copiloto.

—Sí.

—¿Qué ha pasado con lo de preparar comidas para otras personas?

—Es solo...

—Un hobby. Ya lo sé.

—Efectivamente.

—Lo que no sé es de qué tienes tanto miedo —comentó Ryan suavemente, sin censura ni reproche.

—Lo de siempre.

—¿Del fracaso?

Suzanne asintió, atónita al ver lo bien que él la comprendía. ¿La habría comprendido alguien alguna vez tan bien?

—Suzanne, ¿es que no te gusta trabajar por tu cuenta?

—Claro que sí.

—¿Estás ganando dinero?

—Sí... Lo sé, lo sé... Sería una manera perfecta de convertirme en alguien responsable.

—Lo que yo quería decir era que me parece una manera muy adecuada de

ser feliz.

Nadie se había preocupado nunca de su felicidad. Nadie.

—Suzanne, el hecho de que tus relaciones pasadas no hayan funcionado no significa que vayas a fracasar también en esta. Y, dado que estamos hablando al respecto, te diré que me alegro mucho de que esas otras relaciones no te salieran bien. Eso fue el destino. Como lo de dirigir tu propio negocio es también tu destino. ¿Y sabes otra cosa, Suzanne? Nosotros también estamos unidos por el destino.

—Ryan...

—Vente a cenar conmigo.

—No tengo hambre.

—Entonces, vayamos a dar un paseo.

—Yo...

—Lo que sea, Suzanne. Hagamos lo que tú quieras, aunque sea estar aquí de pie y mirarnos el uno al otro.

Aquello tampoco saldría bien. Se había hecho una promesa a sí misma. Fuera lo que fuera lo que Ryan le provocaba por dentro, tenía que mantener aquella promesa. Era lo único que tenía.

—Tengo que marcharme. Lo siento —susurró ella. Entonces, dio marcha atrás y arrancó.

Regresó a casa rápidamente. Necesitaba un poco de helado. No. Ya ni siquiera podía consolarse con su postre favorito, ya que no podía comerlo sin pensar en la escena salvaje y apasionada que había compartido con Ryan encima de la mesa de la cocina.

«Patatas fritas», decidió, mientras subía las escaleras. Se tomaría una buena bolsa de patatas. Sí, eso funcionaría. No había nada de sensual en una bolsa de patatas fritas... A menos, por supuesto, que estuvieran extendidas por el magnífico cuerpo de Ryan Alondo. Eso sí que sería sensual. Podría empezar por los dedos de los pies e ir subiendo poco a poco y...

«Muy mal, Suzanne. Muy mal».

Se tendría que olvidar también de las patatas fritas.

Al llegar al segundo piso, vio que la puerta del apartamento de Taylor estaba abierta. Al entrar, descubrió que había vuelto a salir de compras. La saludó una enorme rana de bronce de casi un metro de alto, un paragüero de madera tallada y una vitrina de cristal, sobre la que había una colección de figuritas de Alicia en el País de las Maravillas.

Sabía que Taylor no podía contenerse, que el coleccionismo estaba firmemente arraigado en su sangre, pero, ¿de qué le servía comprar más cosas que tendría que vender para poder terminar el edificio? Suzanne se preguntó cuánto tiempo faltaría antes de que las dos estuvieran en la calle.

Se oían voces en la cocina, varias de hombre y al menos una de mujer. ¿Sería Ryan?

—¿Taylor?

—¡Ven!

Al entrar, vio que había dos hombres sentados a la mesa, inclinados sobre un juego de planos. También había una mujer joven, con el cabello oscuro, muy corto, pegado a la cara y una multitud de pendientes en una oreja. Llevaba puestos unos vaqueros muy gastados, un pañuelo como camiseta y un diamante en el ombligo. Estaba sentada, rellenando algo en un cuaderno.

—Hola.

—¿Qué pasa? —preguntó Taylor, avanzando hacia ella como solo Taylor podía hacerlo.

—Eres tú la que tiene la cocina llena de gente.

—Oh, bueno... Ha sido una mañana muy ocupada —comentó en voz baja—. Los dos que están sentados a la mesa están presentando una oferta para renovar el edificio. Me miraron y decidieron que podrían sacarme bastante dinero. Por supuesto, yo les he hecho ver la verdad. Ahora, están tratando de reducir costes como unos buenos chicos.

—¿Y esa mujer?

—Se llama Nicole Mann.

Al oír su nombre, la mujer levantó la cabeza. Tenía los ojos grises más exóticos que Suzanne había visto nunca. Taylor le hizo una indicación con la cabeza para que Nicole supiera que podía salir con Suzanne y con ella al pasillo.

—Suzanne —dijo Taylor, cuando estuvieron todas fuera—, te presento a Nicole Mann. Ha solicitado un apartamento aquí. Creo que el del tercer piso estará listo para la semana que viene a menos que tú quieras quedarte con él.

—No, estoy bien donde estoy —comentó Suzanne, sonriendo a Nicole, quien no acabó de devolverle la sonrisa—. El apartamento del tercer piso está genial. Tiene una bonita vista de la ciudad, ahora que ya han cortado los árboles.

—No tengo tiempo para respirar, y mucho menos para apreciar una vista

—replicó Nicole mientras le entregaba el cuaderno a Taylor.

—¿Lo has rellenado todo? —preguntó esta—. ¿Eres médico?

—Cirujano.

Suzanne se quedó atónita. No era posible que aquella mujer, que parecía mucho más joven que ella, pudiera ser cirujano. Sin embargo, Taylor siguió hablando antes de que Suzanne pudiera hacerle más preguntas.

—Solo eres tú, ¿no? ¿No tienes compañera de piso ni pareja?

—No —respondió Nicole, temblando, lo que hizo que Taylor se echara a reír—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Digamos que Suzanne y yo somos de la misma opinión que tú. Eso es todo. Hemos jurado permanecer solteras para ahorrarnos disgustos.

—Yo opino lo mismo —musitó Nicole, sonriendo aquella vez con más ganas—. Bueno, llámame al hospital cuando esté listo el apartamento. Allí es donde estoy más o menos veinticuatro horas, siete días a la semana.

—Lo haré —respondió Taylor mientras observaba cómo Nicole desaparecía escaleras abajo—. ¿Sabes una cosa, Suzanne? Esa chica tiene algo que...

—¿Crees que tiene más piercings ocultos?

—Bueno, espero que no, pero a lo que me refería es que, cuando la vi por primera vez, me dio una sensación que fue la misma que tuve cuando te vi a ti.

—¿Sí? ¿Qué fue? ¿Algo así como «sacad a esta chica de mi edificio antes de que ella y su mal karma hagan que me caiga un árbol sobre el tejado»? —bromeó.

—No —respondió Taylor, entre risas—, sino la sensación de que se va a convertir en alguien muy especial para mí —añadió, dando un codazo a Suzanne—. Tan especial como tú eres para mí.

—Tú también eres muy especial para mí, Taylor.

—¿Lo suficientemente especial como para decirme qué es lo que va mal?

—Nada me va mal.

—Lo que, por supuesto, explica por qué tienes ojeras y evitas hablar sobre ya sabes quién.

—No estoy evitando hablar sobre él.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué ni siquiera dices su nombre? —le preguntó. Al ver que Suzanne no decía nada, Taylor lo dijo por ella—. Ryan, Ryan, Ryan... Venga, dilo. Ry...

—Mira, Taylor —dijo Suzanne, tratando de contener la risa—, ¿podemos hablar de otra cosa?

—Claro —respondió Taylor con una sonrisa—. ¿Qué tal va tu negocio de comidas preparadas?

—Es solo un...

—Hobby... Ya lo sé. Mira, cielo, yo te quiero mucho, pero tienes un verdadero problema de negación en todo lo que haces. Tienes un negocio que prácticamente se dirige solito y la perspectiva de tener unas estupendas relaciones sexuales. ¿Por qué no puedes disfrutarlo? ¿Qué es lo peor que te podría pasar si te permites ser feliz?

Podría fracasar. Y... bueno, podría fracasar.

Efectivamente. Podría fracasar.

11

Ryan se encontró inundado de trabajos, que coincidían con sus exámenes, que coincidían a su vez con su incapacidad de pensar en nada o en nadie que no fuera Suzanne.

Aquello no era bueno. Necesitaba concentración. Su último trabajo requería derribar una serie de palmeras, cada una de las cuales medía más de veinte metros. Era un trabajo muy importante. Llevaba semanas esperándolo.

Por lo tanto, no comprendía que se hubiera presentado allí, con el sistema de grúa equivocado y que, por lo tanto, hubiera perdido dos horas de trabajo.

Al día siguiente, se quedó sin gasolina a mitad del trabajo y tuvo que llamar a Russ para que fuera a recogerlo, perdiendo así otra hora de trabajo.

El tercer día, no se acordó de recoger a Angel de la facultad cuando ella lo llamó y se lo pidió. Se había olvidado hasta de su propia hermana.

En el cuarto día, llegó milagrosamente a su lugar de trabajo sin interrupción alguna, algo de lo que se sintió orgulloso. Sin embargo, cuando estaba rodeado de sus dos hermanos y de su hermana, todos los cuales lo miraban muy seriamente, sintió que se le paraba el corazón.

—¿Qué pasa?

—Tú —respondió Angel suavemente mientras le hacían sentarse en una de las hamacas que tenían allí para descansar a la hora de comer—. Tú eres lo que pasa, Ryan... Bienvenido a tu interrogatorio.

—¿A mi qué?

—Ya me has oído. Quédate ahí sentado y escucha.

—Sí —afirmó Rafe, mientras se quitaba las gafas de sol. Tenía un aspecto cansado y preocupado—. Bueno, aquí va. Primero, se te olvidan las cosas. Eso nunca te había pasado antes, Ryan.

—Es como si te hubieras vuelto rubio o algo por el estilo —comentó Russ,

cerrando la boca inmediatamente al notar la mirada de su hermana.

—Así que cuéntanos. ¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó de nuevo Angel—. ¿Estás enfermo?

—No, no, claro que no.

—¿Estamos teniendo problemas de dinero?—quiso saber Russ, dado que era Ryan el que se ocupaba exclusivamente de aquel aspecto.

—¿No habrás empezado a apostar, lo has perdido todo y no sabes cómo decírnoslo? —añadió Rafe—. Si es eso lo que te pasa, no importa. Podemos recuperarnos. Solo queremos que nos lo digas.

—Yo no he perdido todo nuestro dinero —respondió él.

—¿Va bien el negocio? —insistió Angel—. Eso tampoco importaría, ya lo sabes. Ya encontraremos otra cosa...

—El negocio va perfectamente —dijo Ryan. Se sentía muy emocionado de que sus hermanos, con su preocupación, le estuvieran demostrando que no se encontraba solo—. Mirad, siento haber estado algo distraído últimamente, pero...

—¿Algo, dices? —comentó Rafe, sacudiendo la cabeza—. Te dije que llegué a casa a las tres de la mañana y ¿qué me respondiste tú? Nada.

—¿Que llegaste a casa a las tres de la mañana? ¿Dónde diablos estuviste hasta entonces? —quiso saber Ryan.

—¿Ves? Ni siquiera me escuchaste cuando te lo dije.

—Te estoy escuchando ahora. ¿Dónde estuviste...?

—Mira, regáñalo más tarde, ¿de acuerdo? —dijo Angel, colocándose delante de Ryan para agarrarle las manos—. Dinos lo que te ocurre.

Ryan miró a las tres personas del mundo que más significaban para él y decidió decirles la verdad, una verdad que casi ni él mismo había podido admitir.

—Yo... me he enamorado de una mujer.

Todos lo miraron fijamente. Entonces, se echaron a reír.

—Eso sí que es bueno —comentó Angel, secándose una de las lágrimas que le caían por la mejilla.

—Como si una mujer pudiera ser suficiente para ti —añadió Rafe sin dejar de sonreír—. Todos sabemos que tú necesitas un mínimo de tres a la semana.

—Veréis, eso no es del todo cierto. No salgo con mujeres todas las noches... En realidad... estoy yendo a la universidad. Estoy a punto de terminar mi licenciatura en paisajismo.

—Pero estás saliendo con mujeres. La semana pasada saliste con Allene — insistió Russ.

—Efectivamente, salí con Allene, pero solo porque Rafe lo preparó todo y no presté la atención suficiente como para decirle que no. No os estoy engañando. Estoy dando clases tres veces por semana y, entre eso y el trabajo... y Suzanne, me estoy matando. Siento no habérselo dicho antes. Solo quería hacer algo... por mí mismo.

Angel lo miró fijamente. Entonces, lo abrazó cariñosamente.

—¡Oh, Ryan! ¡La universidad! ¡Somos compañeros de universidad! ¡Me siento tan orgullosa de ti!

—¿Paisajismo, dices? ¿Y está bien eso? —comentó Rafe.

—¿Y el negocio? —quiso saber Russ.

—El negocio de los árboles va a seguir en pie mientras vosotros lo queráis, muchachos.

—Entonces... —dijo Rafe, rascándose la cabeza—. ¿Lo has estado haciendo todo por nosotros? Hermano, no tenías por qué hacerlo.

—Claro que sí.

—Paisajismo —repitió Rafe—. Suena muy bien. Entonces, ¿no estás saliendo con todas las mujeres de la ciudad?

—No —contestó Ryan mientras estrechaba entre sus brazos a Angel—. Lo siento.

—Entonces, ¿qué es Suzanne para ti? —quiso saber Angel.

—La elegida —susurró, tragando saliva para enfrentarse a la fría realidad—. Es la elegida.

—Dios mío —musitó su hermana, colocándose la mano en la boca—. Estás hablando en serio...

—Claro que sí.

—Ha caído y no puede levantarse —comentó Russ mientras se sentaba dramáticamente en otra hamaca.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con ella? —quiso saber Angel.

—Bueno —contestó Ryan—, yo voy a tratar de convencerla de que ella siente lo mismo que yo.

—¿Y por qué tienes que convencerla? —preguntó su hermana—. ¿Por qué no se ha enamorado ya de ti? ¿Qué es lo que le ocurre?

—Nada —respondió Ryan, con una sonrisa—. Lo único es que no está tan segura de mí como lo estás tú.

Suzanne encontró un puesto de chef para trabajar durante media jornada en un restaurante que había al otro lado de la ciudad. Después de ser su propia jefa durante semanas, tuvo que admitir que trabajar para otra persona no era tan divertido como ella lo recordaba.

El South Village era un lugar muy divertido para vivir y trabajar, pero aquel restaurante era demasiado elegante. Aquello significaba que cocinaba para personas que sabían lo que querían y que no tenían miedo alguno de manifestarlo. Muy rápidamente, se cansó de preparar el mismo menú todas las noches y de no poder cambiar nada por miedo a enojar a un cliente.

Una mañana, aproximadamente una semana después de lo que ella calificaba como el «incidente del helado» con Ryan, se tropezó con un paquete que había en el exterior de la puerta de su apartamento. Frunció el ceño y tomó la caja, que tenía una forma algo extraña e iba decorado con un bonito lazo plateado.

Miró a ambos lados del descansillo, pero no vio a nadie. Entonces, tiró de la cinta y luego arrancó el papel.

Se encontró delante de un hermoso juego de utensilios de cocina realizados en madera de teca. Se le cayó una tarjeta, que recogió rápidamente, con el corazón en la garganta.

Suzanne:

Esto es para que te ayude a preparar las comidas. Sé que solo es un hobby, pero tal vez pienses en mí cuando los utilices, tal y como yo estoy pensando en ti.

Ryan.

Ryan, el hombre que la había hecho sonreír, anhelar y arder. Ryan, el hombre que turbaba sus sueños cada noche. Ryan, el hombre que podía destruirla de un modo en el que no podía destruirla nadie.

El regalo no era algo convencional, como lo podían haber sido unas flores. Ryan había comprado aquellos utensilios pensando en ella, lo que significaba que aquel regalo provenía directamente del corazón.

Solamente eso hizo que se le formara un nudo en la garganta. No recordaba que nunca nadie le hubiera hecho un regalo de aquellas

características...

Dios, tenía que estar muy cansada. Hacía varios días que no había dormido bien. Era culpa de Ryan, dado que había estado soñando con él, pensando en él.

También era culpa suya haber pasado por allí, haber dejado aquel paquete. Por mucho que quería mantenerse indiferente, no pudo. Ella podría decir que era todo físico, pero sabía que estaba mintiendo. Era mucho más y lo sabía perfectamente, pero no por ello era menos aterrador. Había fracasado en su determinación de mantenerlo alejado de su corazón. Había fracasado completamente.

Aquella tarde, cuando llegó a casa, encontró otro paquete. Aquella vez era muy pequeño, con otro lazo plateado.

Lo abrió como abría un niño sus regalos de Navidad y se sentó allí mismo, en el descansillo. Era un pin de alpaca, con la forma de un gorro de chef. Sobre el gorro, estaba grabado su nombre. Era un detalle muy hermoso.

Aquella vez, los dedos le temblaban cuando abrió la tarjeta. Al ver las palabras que él había escrito con su propia mano, oyó también la voz de Ryan en el interior de la cabeza y su cuerpo reaccionó como si la hubiera tocado.

Suzanne:

Estoy tan orgulloso de ti... Siéntete tú también orgullosa de ti misma.

Ryan.

Aquella noche, con el pin prendido en el pijama y con los utensilios de cocina en la mano, se sentó en la cama y tomó el teléfono. Marcó un número. Oyó cómo Ryan contestaba con su sensual y profunda voz. Entonces, el miedo se apoderó de ella...

¿Por qué había llamado?

Para decirle que dejara de comprarle regalos. Para eso. Para decirle que dejara de hacerla pensar en él. Para decirle que aquello tenía que acabar porque se estaba volviendo loca.

—¿Sí? —volvió a decir Ryan.

Suzanne se mordió los labios. «¡Díselo! ¡Díselo!».

—¿Suzanne?

Oh, Dios.

La voz de Ryan se hizo más profunda, más íntima.

—Suzanne, ¿eres tú?

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó ella.

—Reconocería tu respiración cuando el pánico se apodera de ti en cualquier parte.

Genial.

—Me alegro de que hayas llamado —dijo él suavemente—. He estado pensando en ti.

—Yo... tengo que dejarte.

—Suzanne...

—Adiós —susurró ella, con voz ahogada, justo antes de colgar el teléfono.

No era posible ser más patética. Entonces, como si Ryan todavía pudiera oírla, o peor aún, como si pudiera verla, se tumbó y se colocó la almohada sobre la cabeza.

12

A la mañana siguiente, cuando Suzanne se despertó, fue corriendo hacia la puerta. Al abrirla, dejó escapar un suave gemido de placer.

Ryan había estado allí de nuevo. Aquella vez se trataba de un juego de velas con aroma a vainilla. Sus favoritas, lo que él sabía perfectamente.

Aquella vez, la tarjeta decía:

Suzanne:

No pude encontrar velas que olieran a helado de chocolate...

Ryan.

Ella se echó a reír. Entonces, se puso a llorar. Estaba allí, de pie, con los utensilios y las velas en la mano, el pin prendido en el pijama, mirando al vacío. ¿Qué ocurriría si cedía?

No. No podía ceder. ¿Acaso se había olvidado de lo que les hacía a los hombres? Los hombres se volvían malos por ella.

Maldita sea... Aquello no tenía ninguna gracia. No era algo de lo que pudiera escapar tan fácilmente. De repente, se sintió furiosa consigo misma por haberse metido demasiado en todo aquello y se dirigió al otro lado del descansillo.

Encontró a Taylor en una de las tiendas del piso de abajo, tan elegante como siempre en medio de tanto polvo.

—Hola —le dijo a su amiga—. Estoy preparando este local. Necesitamos que alguien con mucho dinero venga aquí y abra una tienda o un negocio. Estaba pensando... ¿Qué te pasa? —añadió, al darse la vuelta y darse cuenta de la agitación que sufría su amiga.

—¿Sabes dónde está trabajando ahora Ryan?

—Mmm... Si te digo que sí, ¿vas a salir de aquí en pijama, con lo que parecen unas pinzas de ensalada y un juego de velas en las manos?

Suzanne se miró. En realidad, había mujeres que llevaban mucha menos ropa puesta, pero, sin duda, tenía el cabello muy alborotado e iba sin maquillar... ¿Y qué? No estaba allí para ganar un concurso de belleza.

—Sí. Él... me está enviando regalos, Taylor.

—Qué canalla.

—¡Lo sé!

—¿Y qué te ha enviado?

—No me ha enviado las típicas flores. No. Nada tan sencillo como eso. Me ha enviado buenos regalos, cosas que me gustan, pero que nunca me compraría yo misma.

—¿De verdad? ¡Qué cara! —exclamó Taylor, a la que cada vez estaba costando más no reírse.

—Y parece que se pone peor.

—Cuéntame.

—Bueno... creo que le gusto por más que solo por el sexo.

—Otra vez, qué canalla.

De repente, Suzanne no pudo contenerse y se echó a reír. Y se sintió muy bien.

—Oh, cielo, ríndete. Cásate con él.

La alegría de Suzanne se desvaneció. Miró fijamente a Taylor, completamente confundida y muy triste por ello.

—Estás tan loca como él.

—¿De verdad? ¿Qué más te está haciendo, aparte de darte regalos y sexo?

—¡No se me va de la cabeza!

Taylor sonrió.

—Está en el centro comercial de Pasadena, domando un rebelde grupo de palmeras.

El centro comercial no estaba muy lejos. Podría acercarse allí para decirle que aquello no le hacía ninguna gracia, que tenía que dejar de hacerlo, y regresar en menos de media hora.

—Gracias —dijo. Entonces, dejó atónita a Taylor e incluso a sí misma cuando le dio un abrazo a su amiga.

—¿A qué viene esto? —preguntó Taylor.

—Por reírte de mí. Lo necesitaba.

Estaba a punto de salir por la puerta, cuando Taylor la llamó.

—¿Vas a darle caña o un largo y profundo beso?

—Caña —respondió Suzanne. Aquello fue lo primero que se le ocurrió.

Sin embargo, su corazón se inclinaba más bien por el largo y profundo beso.

Sujeto por los arneses de seguridad, Ryan hacía equilibrios a unos quince metros del suelo. Con una mano se agarraba al tejado del edificio y con la otra a la escalera de la grúa. Era hora de enfrentarse a una palmera.

Mientras decidía su próximo movimiento, vio de soslayo algo que le llamó la atención. Una figura que se dirigía directamente a Russ, que lo observaba todo desde el suelo. Era una figura de rotundas curvas y pelo rojizo, que movía alocadamente los brazos. Incluso a quince metros del suelo, le llegaba la ira.

—Tienes compañía —le dijo Rafe, que lo acompañaba en la escalera.

—Ya la he visto.

Comenzaron a bajar. Suzanne lo miró fijamente, sin vacilar. Ryan se preguntó si bajar sería una buena o una mala idea. Al ver la expresión que Suzanne tenía en los ojos, decidió que era mala.

En cuanto sus pies tocaron el suelo, vio que ella se dirigía hacia él, haciendo equilibrios con un montón de cosas bajo un brazo, para poder darle en el pecho con un dedo de la mano libre.

—Tú...

—Sí, soy yo —afirmó él, frotándose el pecho—. Yo... Supongo que me alegro de verte —añadió. Sabía que aquello era muy cierto. La había echado tanto de menos...—. ¿Cómo estás?

—Estaría muy bien, gracias, si tú no me hubieras estado dejando regalos. Me has comprado unos utensilios de cocina.

—Sí, efectivamente —asintió Ryan—. Para tu negocio.

—¿Por qué?

Ryan miró a sus hermanos y se dio cuenta de que no estaban perdiéndose detalle de la conversación.

—¿Ryan? —le preguntó ella, cruzándose de brazos mientras golpeaba el asfalto con el pie.

—¿Que por qué te compré unos utensilios de cocina? —repitió él mientras

se rascaba la cabeza. Trataba de averiguar si aquella pregunta tenía algún truco.

—Sí, dime por qué. Es una pregunta muy fácil de contestar, Ryan.

Se dio cuenta de que Suzanne furiosa tenía un aspecto magnífico, aunque parecía estar bastante confundida. Fue precisamente este último detalle lo que rompió el corazón de Ryan.

—Porque eran muy bonitos y me recordaban a ti, Suzanne. Tú cocinas. Me pareció un regalo adecuado.

—Pero hombre —digo Rafe, sacudiendo la cabeza—, ¿le compraste unos utensilios de cocina? Tendrías que haberle enviado unas flores, hermanito. A las mujeres le gustan las flores.

Sin prestar atención al comentario de Rafe, Suzanne le mostró una vela.

—¿Y estas?

—¿También le compraste velas? —quiso saber Russ, mirando a su hermano mayor con pena—. ¡Dios santo! Es como ver a mi ídolo desmoronarse delante de mí.

A pesar de que sabía que lanzarles miradas asesinas a sus hermanos era una pérdida de tiempo, Ryan lo hizo de todos modos, pero ellos no se inmutaron. Bueno, ya los mataría después.

—Te compré esas velas porque el olor me recordaba a ti.

—Idiota... —susurró Rafe.

—¿Que te recordaban a mí? —replicó Suzanne, mirando las velas—. ¿De verdad? —añadió, abrazándolas como si fueran una docena de rosas.

Ryan asintió. Él mismo se sentía algo confuso en aquellos momentos. ¿Seguía estando en un lío o volvía a contar con el favor de Suzanne? La cabeza le daba vueltas.

—Quería comprarte flores y prepararte una cena para poder encender esas velas —dijo Russ, tratando de arreglar lo que había dicho su hermano—. Es que a veces se confunde un poco. Es la edad...

—No me confundí en absoluto —afirmó Ryan, esperando estar en lo cierto. Entonces, sin poder resistirse durante más tiempo, se acercó a ella para tocarla.

—Ha estado tan liado con eso de conseguir la licenciatura en paisajismo... —comentó Russ—. Si no, habría sido mucho más romántico...

Al sentir los dedos de Ryan en la cara, Suzanne giró la cabeza y se los besó.

—Fue romántico —susurró.

Ryan sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Lo había comprendido. Había comprendido que el gesto de comprarle regalos personales era romántico.

Gracias a Dios.

—Esos regalos fueron comprados exclusivamente para mí —les dijo a Russ y a Rafe.

—Sí —afirmó Ryan—. Solo para ti.

—Son maravillosos —comentó Suzanne, refiriéndose en aquella ocasión a Ryan—. Maravillosos y bien pensados. Me hicieron sentir muy especial.

Ryan se sentía muy feliz, tanto que, fuera o no racional, la esperanza surgió en él. Tal vez aquella noche tuviera suerte. Casi podía saborearla. Al sentir los brazos de Suzanne alrededor de su cuerpo, se imaginó que podía convencerla de lo bien que estarían juntos...

—Lo único que quiero saber —prosiguió ella— es por qué.

En aquel momento, Ryan comprendió unas cuantas lecciones de la vida. En primer lugar, comprarle a una chica un regalo no suponía un pase para meterse en su cama. En segundo lugar, no tenía ni idea de cuál podría ser aquel pase.

Al ver el miedo y la desconfianza que se habían apoderado de ella, se dio cuenta de algo más. Los asuntos del corazón, especialmente del corazón de Suzanne, no podían manejarse con unos detalles. No. Si quería conseguir su amor, iba a tener que ganárselo.

—Te compré esos regalos para hacer que te sintieras bien. Para hacerte sonreír.

—No sería para ablandarme y conseguir que... volviera a acostarme contigo, ¿verdad? —añadió, bajando la voz para que solo él pudiera escucharla.

—Solo para hacerte sonreír —le aseguró él.

De repente, cuando vi que ella empezaba a alejarse, meneando las caderas, Ryan tardó un segundo en darse cuenta de que, efectivamente, se estaba marchando.

—¡Eh!

Suzanne siguió andando.

¿Qué diablos?

—¿Suzanne?

Al ver que no respondía, echó a correr detrás de ella. Logró alcanzarla al lado del coche y la obligó a que se diera la vuelta.

Ella seguía sonriendo, de una manera tan hermosa que Ryan no pudo evitar sonreír.

—¿Has venido solo para sonreírme y marcharte?

—No. Vine para enfadarme contigo, pero ya no me siento furiosa.

—Vayamos a comer juntos.

—Es demasiado temprano.

—A desayunar, entonces.

—No tengo hambre.

—Suzanne... Me estás volviendo loco.

—Lo sé... Yo también me estoy volviendo loca. Lo siento. Me siento algo confusa, Ryan. Solo necesito pensar.

—¿Es que no puedes pensar cuando yo estoy a tu lado?

—Francamente no. No quiero hacerte daño.

—Entonces, no lo hagas.

—Yo solo... necesito estar a solas para pensar, ¿de acuerdo? Adiós, Ryan.

Él le agarró las caderas y la inmovilizó. A pesar de que sintió que el pánico se apoderaba de ella, esbozó una sonrisa.

—No me gusta la palabra «adiós», sobre todo cuando se aplica a ti y a mí.

—Es la única que tengo en estos momentos.

«Ten paciencia», se ordenó a sí mismo Ryan mientras ella se alejaba en su coche. Suzanne sentía algo por él, algo muy profundo... Lo veía en sus ojos, lo sentía en sus caricias... «Solo tienes que tener paciencia».

Aquello era como si se hubiera aconsejado dejar de respirar.

13

La fiesta que Suzanne tenía que preparar para aquella noche era un aniversario de boda. Era otro de los encargos que le habían salido de la fiesta que había preparado para los hermanos de Ryan.

Se le pasó por la cabeza que era posible que Ryan estuviera presente, pero como la fiesta era para celebrar el quincuagésimo aniversario de boda de un matrimonio y la pareja en cuestión tenía más de setenta años, se imaginó que estaba a salvo.

En realidad, que Ryan estaba a salvo, porque no le quedaba ninguna duda de que ella era capaz de destruirlo.

—He seguido a mi nariz hasta aquí —dijo Taylor, mientras entraba en la cocina y olisqueaba apreciativamente—. Pensamos que podríamos ayudarte a bajar todas tus cosas.

—¿Pensamos?

Taylor se echó a un lado para que Nicole pudiera pasar.

—Estaba firmando el contrato de arrendamiento del apartamento del piso de arriba —dijo la joven cirujano—. El aroma que salía de tu casa nos atrajo hasta aquí.

Iba vestida con unos pantalones militares y una camiseta de camuflaje, a la que se le habían arrancado las mangas, y que resaltaba un cuerpo menudo pero bien tonificado.

—Dios mío —añadió al oler los platos—. Tú también eres un genio.

—¿También? —preguntó Suzanne.

—Sí —respondió Taylor—. Nicole se graduó cuando tenía trece años. Repugnante, ¿verdad?

—Daría cualquier cosa por saber cocinar tan bien —dijo Nicole, oliendo de nuevo los platos, esperanzada—. No, retiro lo dicho. No quiero saber

cocinar así, solo quiero vivir encima de alguien que sepa cocinar tan bien.

—Pues lo has conseguido, cerebritito —comentó Taylor, riendo.

—Sí, bueno, os daré de comer a las dos lo que queráis si me ayudáis a cargar con estas bandejas.

Suzanne se preguntó si debía cambiarse la blusa por si alguien notaba la pequeña mancha de chocolate que tenía debajo del pecho derecho. Decidió que no tenía tiempo para preocuparse al respecto.

Nicole miró el reloj.

—¿Qué pasa? —quiso saber Taylor—. ¿Tienes una cita?

—Tengo que trabajar —respondió Nicole.

—La comida siempre debería tener prioridad sobre el trabajo.

—Tienes razón —dijo Nicole, tomando una de las bandejas.

Les llevó cuatro viajes bajarlo todo hasta el coche. Cuando terminaron, Suzanne estaba bufando.

—Con lo que trajino a lo largo del día, debería estar delgada. Creo que me lo merezco.

—No —dijo Taylor, mirando a Nicole—. Si estuvieras tan delgada como Nicole, por ejemplo, no tendrías pechos.

Nicole frunció el ceño y se miró sus minúsculos senos. Al verla, Suzanne se echó a reír.

—Daría los cinco kilos de más en un abrir y cerrar de ojos.

—¿De verdad? Me pregunto si Ryan diría lo mismo... —replicó Taylor. Entonces, pasó corriendo al lado de Nicole para evitar la zancadilla de Suzanne—. Por cierto, si él está allí esta noche, estás estupenda.

Suzanne no se sentía estupenda. Se sentía... agotada. Llevaba su habitual uniforme de camisa blanca, con la pequeña mancha de chocolate, y falda negra, que servía para ocultar su mayor defecto: sus caderas.

—No me importa nada que esté allí o no.

—Claro —bufó Taylor.

—El voto de soltería —comentó Suzanne—. ¿Te acuerdas?

—¡Oye! Que yo estoy manteniendo mi promesa. No te preocupes por mí.

—Ni por mí —musitó Nicole mientras deslizaba la última bandeja en el asiento trasero del coche de Suzanne.

—Tú eres demasiado joven y demasiado mona para haber hecho esa promesa —dijo Suzanne.

—Tengo veintisiete años —replicó Nicole—. La misma edad que tú,

supongo. Además, una mujer nunca puede ser demasiado joven para decidir que estar sola es lo mejor.

Solo hacía unas pocas semanas, Suzanne había estado plenamente de acuerdo con aquellas palabras. Sin embargo, al pensar en Ryan...

—Bueno, tengo que marcharme.

—Dale a Ryan un beso de mi parte.

—Cállate.

—Va a darle a Ryan un beso de mi parte —le dijo Taylor a Nicole con una sonrisa en los labios. Suzanne suspiró.

—Hay comida en mi frigorífico. Servíos lo que queráis para cenar.

Al oír aquello, Taylor y Nicole desaparecieron corriendo escaleras arriba. Entonces, Suzanne se metió en el coche y, mientras se dirigía a su trabajo, se recordó las razones por las que estar soltera era lo más adecuado. Las razones por las que había hecho aquella promesa. De repente, le pareció que ninguna de ellas tenía mucho sentido.

Una hora más tarde, la fiesta estaba en pleno apogeo. Suzanne estaba en la cocina, preparándolo todo. Cuando se dio la vuelta, se quedó completamente atónita al ver a Ryan en la puerta. La estaba mirando con una expresión en el rostro que le quitó completamente el sentido.

No llevaba sus habituales pantalones vaqueros ni su camiseta de trabajo, sino un par de pantalones de color caqui y un jersey muy fino, que se ceñía a sus anchos hombros de un modo casi imposible.

—Hola —dijo él suavemente.

¿Cómo era posible que se sintiera tan alterada solo con mirarlo? Ni siquiera la había tocado, sobre todo porque tenía las manos en los bolsillos. A pesar de todo, el corazón le había echado a volar.

Ryan se acercó y, tras sacarse las manos de los bolsillos, le apartó un mechón de cabello que tenía sobre la cara. Fue un gesto sencillo, una caricia suave, que se complementó cuando le acarició suavemente la mejilla con el dedo.

—Tengo trabajo que hacer —dijo ella.

—Muy bien —replicó Ryan, acariciándole entonces el pin que llevaba prendido sobre la blusa, justo encima del pecho. Los pezones se le habrían erguido entonces, pero ya lo habían hecho solo con verlo.

Suzanne levantó una bandeja, pero él se la quitó de las manos.

—Ryan...

—Déjame ayudarte.

Antes de que pudiera negarse, él se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla. Solo en la mejilla. A pesar de la rapidez con que lo hizo, todo su cuerpo reaccionó. Quería más. Ningún otro hombre había ejercido esa clase de poder sobre ella.

En aquel momento, Ryan salió de la cocina con la bandeja, dejándola allí, atónita. Aturdida...

—Muy bien, llévate la bandeja —musitó. Entonces, se dio la vuelta y se puso a preparar otra bandeja.

—¿Por qué los cocineros siempre hablan solos? —le preguntó una voz femenina.

Era Angel.

—¿Cuántas cocineras conoces, Angel? —le preguntó sin darse la vuelta.

—Bueno, estás tú... Y también mi hermano. Aunque nos burlamos de él, Ryan se defiende bastante bien en la cocina. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía —admitió. En realidad, desconocía muchas cosas sobre él.

—Cuando nuestros padres murieron, nos preparaba la cena todas las noches. En lo bueno y en lo malo, Ryan siempre estaba a nuestro lado —comentó Angel, mientras miraba fijamente la bandeja de los postres. Al final, no pudo resistirse y tomó un pastelillo de chocolate, que engulló con gusto—. Dios mío, esto debe de ser pecado... Él siempre nos hacía una ensalada y nos obligaba a comerla. Yo lo odiaba por eso.

Suzanne se los imaginó a los tres, sentados a la mesa y tomándose una cena preparada por Ryan. Él había tratado de mantener unida y a salvo a su familia. Había sido capaz de cualquier cosa, hasta de aparcarse sus estudios, para conseguirlo. Un hombre así era diferente de todos los que había conocido. Precisamente, por eso, no podía destruir a un hombre tan bueno.

—Y ahora, ¿cómo te sientes al saber todo lo que sacrificó por vosotros?

—Lo quiero más que a nadie en el mundo —respondió Angel antes de meterse en la boca otro pastelillo—. Mmm —añadió mientras se relamía los labios—. Y yo me enfrentaría con cualquiera que lo hiciera sufrir.

—¿Me dices eso a modo de advertencia?

—¿Es que piensas hacerlo sufrir?

—No seas tonta. Yo no tengo poder para hacerle daño.

—¿De verdad es eso lo que crees? —preguntó antes de comerse el tercer pastelillo.

Suzanne recordó cómo la había mirado Ryan hacía unos momentos. En aquel momento, comprendió que, aunque ninguno de los dos había tenido nunca la intención de llegar tan lejos, los corazones habían tomado las riendas.

«Oh, Ryan... Menuda pareja estamos hechos».

Como si hubiera oído sus pensamientos, Ryan volvió a entrar en la cocina.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mirando a su hermana.

—Nada —respondió Angel. Entonces, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—¿A qué ha venido eso? —quiso saber él.

—En realidad, a nada —replicó. Entonces, tras mirar a Suzanne durante unos instantes, se marchó.

Suzanne se ocupó con otra bandeja.

—Es una buena chica —dijo sin mirarlo—. Por ti.

—No la has visto por la mañana temprano, cuando tiene clase —murmuró, acercándose a ella—. No me des méritos cuando no me los merezco.

—Ryan...

—¿Has oído eso?

—Lo único que oigo es la música.

—Exactamente.

La música era lenta y sugerente. Tras quitarle el guante del horno de las manos, Ryan la tomó entre sus brazos. Sin poder resistirse, Suzanne se dejó llevar. Estuvieron un rato contoneándose juntos. Cuando comenzó una segunda canción, él se acercó aún más y ella hizo lo mismo, dejando que las manos de su pareja le moldearan el cuerpo. Suzanne le devolvió el favor. No pudo evitarlo.

Ryan le había colocado una mano en la espalda y la otra la tenía entrelazada con la de ella, contra los muslos. Suavemente, deslizaba la mandíbula al lado de la de ella, mientras se movían al ritmo de la música. Allí, en medio de la cocina, Ryan suspiró.

Y lo mismo hizo el corazón de Suzanne. La música parecía atravesarla, atravesarlos a ambos, hasta que le resultó imposible decir dónde terminaba ella y dónde comenzaba él. Ryan era apasionado, terrenal y, probablemente,

pedía bastante a los que entraban a formar parte de su corazón. Saber aquello, hizo que el suyo le latiera más rápidamente.

Sin embargo, el contacto físico no era suficiente. Quería decirle lo que estaba sintiendo, pero aquellos sentimientos estaban tan mezclados y confusos que no creía poder encontrar palabras para justificarlos.

No obstante, recordó que los actos valen más que mil palabras. Levantó la cara, buscando ese vínculo, el beso que solo él podía darle. Y Ryan se lo dio, haciendo que Suzanne se deshiciera a su lado. Aquello fue lo más erótico que había realizado estando completamente vestida. Cuerpo a cuerpo, boca con boca, vestida pero imaginándose de otra manera. Nunca había sentido más pasión en toda su vida.

De repente, como todo lo bueno, la música terminó.

—Yo... es mejor que vuelva a mi trabajo —susurró Suzanne, apartándose de él y dirigiéndose al fregadero.

—Este trabajo te está agotando —musitó él, acariciándole suavemente los labios con el pulgar.

—No, claro que no. Está bien. Es solo un hobby.

—¿Y yo? ¿Soy también yo solo un hobby?

—Oh... —murmuró ella. Abrió el grifo al máximo. «Resiste, Suzanne».

De repente, no quiso resistirse más. Lo deseaba más que nada.

Se dio la vuelta, con una sonrisa en los labios, pero esta se le heló al ver que Ryan se había marchado. La había dejado allí, en la cocina, llena de anhelo y pasión.

Seguramente igual que ella le había dejado una y otra vez.

Tardó una hora más en terminar de recogerlo todo, pero Ryan no regresó. Para cuando tuvo todo metido en el coche, era muy tarde. Sin embargo, no pudo evitar ir a la casa de Ryan. Tenía la mano levantada para llamar cuando se dio cuenta de que era una estupidez. No sabía lo que iba a decirle. Bajó la mano y se dio la vuelta para marcharse. Entonces, antes de que pudiera cambiar de opinión, volvió a girarse y llamó con fuerza.

Ryan abrió la puerta con un pantalón de chándal y unas gafas de lectura, colgadas de la boca por una de las patillas. Tenía un libro en una mano y un lápiz en la otra. No parecía estar muy contento con la distracción... hasta que la vio.

—¿Suzanne?

—Hola —susurró ella con una débil sonrisa. Se sentía muy nerviosa. A pesar de todo, se acercó a él, y, tras quitarle las gafas de la boca, se apoyó sobre su pecho y lo besó.

El asombro se apoderó de Ryan durante un minuto antes de que dejara caer el libro y el lápiz para colocarle las manos en las caderas. Sin embargo, en vez de estrecharla con fuerza, la mantuvo a distancia, para que no pudiera unir sus caderas a las de él.

—¿Estás... solo?

—Sí.

A pesar de que no tenía compañía, no la estrechaba entre sus brazos. Al mirar su maravilloso cuerpo, a sus cálidos y profundos ojos, no pudo contenerse. Le deslizó las manos sobre el torso y comenzó a acariciarle. Pectorales, pezones...

—Suzanne, ¿qué estás haciendo?

—Ryan...

Se dio cuenta de que él solo la estaba mirando. No lo hacía fríamente, pero tampoco iba a colaborar con ella.

—Quiero hacer el amor contigo —susurró antes de que pudiera arrepentirse.

—¿Quieres decir que quieres acostarte conmigo?

Suzanne comprendió que le había hecho daño, aunque le había dicho a Angel que nunca lo haría. Podía hacerlo y lo había hecho.

—No, sexo no...

No parecía estar convencido, así que ella le agarró las manos y entrelazó sus dedos con los de él. Ryan se mantuvo completamente rígido.

Suzanne se acercó un poco más y lo besó en la comisura de la boca. Entonces, lentamente, hizo lo mismo con la otra. Él cerró los ojos.

—Por favor, Ryan... —musitó mientras le dibujaba el contorno de la boca con la lengua—. Por favor... Déjame amarte.

Con un profundo gruñido, la tomó entre sus fuertes brazos. Entonces, la levantó y la metió en la casa. Después, cerró la puerta de una patada.

—Ya no hay vuelta atrás —murmuró él.

Ella se le abrazó al cuello, pero Ryan le impidió que completara el gesto. Entonces, la miró fijamente a los ojos.

—Dilo —le ordenó.

—Ya... ya no hay vuelta atrás.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando él la colocó contra la puerta principal, sujetándola con su poderoso cuerpo, lo que dejó libertad a las manos para poder acariciarla a placer, tocándole cada centímetro de su piel.

Aquello era un paraíso.

—Ryan, he sido una tonta...

—Sí, pero te quiero de todos modos —dijo él, inmovilizándole la cabeza con sus fuertes manos, sujetándosela mientras le devoraba la boca. Entonces, levantó la cabeza durante un segundo—. ¿Ha quedado al menos esto claro? Te amo, boba.

Cuando Suzanne se limitó a mirarlo fijamente, con los ojos muy abiertos, Ryan se imaginó que debía lamentarse por haber pronunciado aquellas palabras, pero no era así. Las mejillas de la joven estaban sonrojadas y su boca húmeda de los besos. El pulso que le latía en la base del cuello era frenético y la respiración muy agitada. Poco a poco, había intentado encontrar, a tientas y sin darse la vuelta, la puerta.

—Déjame adivinar —dijo él, algo duramente—. Tienes que marcharte.

—Yo...

—Lo único que te puedo decir es que no lo hagas...

—Tú me amas...

—Sí. No lo andaba buscando, créeme. Yo creía que tenía todo lo que necesitaba —comentó con una triste sonrisa—. Resultó que me equivocaba. Nunca antes me había sentido de este modo...

Tras pronunciar aquellas palabras, vio que los ojos de Suzanne brillaban, llenos de lágrimas. Lentamente, acarició la mejilla de ella con la suya y comenzó a deslizarle los dedos por la espalda delicadamente.

—Sé que crees que me vas a hacer daño, pero...

—Ryan...

—Ya soy mayor, Suzanne.

—Lo sé, lo sé, Ryan.

Cuando él bajó la cabeza, ella la recibió a medio camino. Sus cuerpos solo necesitaron un momento para recordar lo maravilloso que era cuando se encontraban.

Sin dejar de besarla, Ryan la tomó en brazos. Aunque era una locura desearla de aquel modo, consiguió llegar hasta su dormitorio.

Una vez allí, la dejó al lado de la cama, apartó las sábanas y se volvió de

nuevo hacia ella.

—Suzanne...

Ella se subió a la cama y se sentó sobre las rodillas. Ryan se acercó al colchón hasta que sus piernas lo golpearon. Allí estaban cara a cara y entonces, lenta, muy lentamente, él empezó a acariciarla por todas partes. Caderas, muslos, costados... Entonces, la empujó suavemente, haciendo que Suzanne cayera sobre la cama.

—Ryan...

—Aquí mismo —susurró él, tumbándose a su lado.

La besó con pasión, conteniendo el aliento cuando la lengua de Suzanne se entrelazó con la suya. Ryan apretó las caderas, para mostrarle el estado en que ella le ponía. Como respuesta, ella le hundió los dedos en el trasero, estrechándolo aún más contra su cuerpo.

A Ryan le gustaba, pero le parecía que estaban demasiado vestidos. Rápidamente, la despojó de su ropa. Para cuando comenzó con la suya, Suzanne estaba allí tumbada, ansiosa y gloriosamente desnuda, arqueando ligeramente las caderas, lo que le volvió loco. La delicadeza salió huyendo por la ventana, así que, cuando a Ryan se le enredaron las piernas en los calzoncillos, se limitó a rasgarlo. Suzanne se echó a reír, una risa que acalló rápidamente cuando él se inclinó para besarle un seno. Con un gruñido, le lamió con fuerza un pezón, apretándolo ligeramente entre los dientes, haciendo que ella se aferrara a él, sujetándolo con fuerza mientras gritaba de puro placer. Oh, sí, a él también le gustaba. Para cuando volvió a repetir el tormento con el otro lado, Suzanne estaba jadeando de placer.

Ryan deslizó las manos sobre su cuerpo, observándola mientras la tocaba. Entonces, sin poder evitarlo, tuvo un pensamiento. «Esta mujer es para mí».

—Ámame —susurró ella.

—Siempre... —respondió él, acariciándole suavemente el interior de los muslos, su tensa y húmeda feminidad.

Suzanne gimió de placer y se levantó contra la mano.

—Ámame —repitió—. Por favor, ámame, Ryan...

—Abre los ojos, mírame.

—Yo...

—Mírame —murmuró él, desesperado por hundirse en ella—. Ahora ya no hay vuelta atrás... Me lo prometiste.

—Ahora, entonces. Ryan, ahora...

—Después de que te haya saboreado.

Con el primer movimiento de la lengua, Suzanne movió las caderas, completamente frenética. Perfecto. Con el segundo movimiento, exhaló un gemido y se le agarró a las orejas con tanta fuerza que Ryan pensó que no volvería a oír otra vez. Sin embargo, no le importó. Volvió a acariciarla, una y otra vez, hasta que los movimientos de Suzanne fueron tan desenfrenados, que Ryan tuvo que sujetarle las caderas para poder seguir concentrándose en su objetivo.

—Ryan, por favor...

Le dio lo que le pedía. Tras unos lametazos más, Suzanne alcanzó un orgasmo tan potente que estuvo a punto de provocar el de él. Sacar un preservativo resultaba algo complicado, pero lo consiguió.

—Sí, sí... ¡Ahora! ¡Ahora! —gritaba ella.

Su hermosa, apasionada e impaciente Suzanne. Se hundió profundamente en ella... y luego más profundamente aún.

—¡Por favor, Ryan! ¡Por favor!

Sí, la satisfaría. Le agarró las manos con las suyas, entrelazando los dedos, y volvió a besarla, una y otra vez, haciéndole el amor a la boca tan firme y profundamente como se lo estaba haciendo a su cuerpo.

Aquella vez, cuando se retiraba para volver a empujar, no había nada de suave ni de lento.

—Suzanne...

Solo podía pronunciar el nombre de la joven, completamente maravillado de que ella pudiera llevarlo a lugares en los que nunca había estado.

Cuando sintió que los músculos de ella se relajaban, cuando Suzanne alcanzó su segundo clímax, él trató de no alcanzar el suyo, pero nada en el mundo podría habérselo impedido.

Tras hundir el rostro en el cabello de Suzanne, se dejó llevar.

Ryan se despertó con el sol en la cara. Durante un segundo, se dejó llevar por el estado de duermevela, llegando casi de nuevo a los sueños. Solo tenía una erección y una sonrisa, siendo las dos un resultado directo de lo ocurrido la noche anterior.

Era un milagro que ella hubiera decidido ir su casa. Todavía no sabía por qué lo había hecho, pero conocería los detalles muy pronto. Después de

despertarla adecuadamente, por supuesto, con dulces besos por todo el cuerpo... Era justo devolverle el favor, ya que la noche anterior, después de quedarse dormidos por fin, se había despertado con la boca de Suzanne sobre su sexo. Nunca olvidaría aquello. Había hundido las manos en su melena, preguntándose lo que habría hecho para merecérsele. Entonces, de repente, las preguntas habían cesado cuando su lengua se movió sobre la punta de su sexo al mismo ritmo con el que lo estaba acariciando con las manos. Ryan se había rendido sin condiciones mientras ella lo llevaba al orgasmo más potente de su vida. Estaba todavía preso de las oleadas de placer cuando Suzanne lo besó apasionadamente...

Había conocido a muchas mujeres, aunque muchas menos de las que se le atribuían, pero, sin embargo... Sabía lo que se debía esperar del sexo y cómo dar placer a una mujer y recibir a cambio, pero, nunca, nunca, había perdido el control, al menos no del modo en que lo había perdido con Suzanne.

Dispuesto a decirle de nuevo que la amaba, abrió los ojos, se dio la vuelta y extendió los brazos para agarrarla.

Sin embargo, no pudo hacerlo. Estaba solo, completamente solo.

Suzanne se desnudó rápidamente y se metió en la ducha de su casa. Tenía tanto que hacer... No obstante, sentir el agua caliente, el vapor que se levantaba a su alrededor, le hizo pensar en lo ocurrido la noche anterior.

Al enjabonarse, recordó las caricias de Ryan. Sonrió y comprobó que él ni siquiera tenía que estar en la misma habitación para alegrarle el corazón. Nunca había experimentado algo semejante por ninguno de sus ex.

En realidad, nunca se había permitido sentir algo semejante. Ryan la amaba... La amaba. Ryan Alondo la amaba. Sabía que él había esperado seducirla para que aceptara ese amor. Si supiera la verdad... Ya lo había conseguido y no solo con su cuerpo. La había seducido con su ingenio, con su sonrisa, con el modo en el que ella se sentía cuando estaba a su lado.

Quería hacer lo mismo por él. Era mejor que se diera prisa. Tenía mucho que hacer.

Aquella tarde, Angel llevó un sobre al despacho de Ryan.

—Ya he recibido el correo de hoy —dijo, distraído por el montón de

facturas que tenía que pagar, los presupuestos que tenía que preparar y, principalmente, por el hecho de que le hubieran partido el corazón.

—No ha venido por correo —replicó Angel enigmáticamente. Tras dejar el sobre encima de la mesa, salió del despacho.

—¡Angel!

Ryan frunció el ceño cuando su hermana no regresó, por lo que, sin más, abrió el sobre preguntándose qué sería ahora.

Era una invitación.

Dado que nunca había tenido la vida social que todo el mundo creía, no recibía muy a menudo ese tipo de cosas. Sin embargo, alguien iba a celebrar una fiesta.

Se preguntó si Suzanne estaría a cargo de la comida. Si admitiría alguna vez ante ella misma y ante todos que aquello era a lo que quería dedicarse. Era tan testaruda...

Cuando abrió la invitación, perdió completamente la capacidad de pensar.

Querido Ryan:

Te invito cordialmente a la inauguración de mi empresa de catering, Delicias Terrenales. Será esta noche a las siete en punto. No es necesario confirmar asistencia.

Por favor, ven.

Suzanne.

A las seis en punto, Ryan entró en su cocina. Rafe estaba rebuscando en el frigorífico y Russ estaba sentado a la mesa, frente a un plato de sobras. Angel, por su parte, estaba sentada en la encimera, comiéndose la última lata de Pringles de Ryan.

—Hola —le dijeron todos con la boca llena.

—Pensaba que ya teníais todos vuestra propia casa, aparte de esta —replicó.

Tomó un vaso, lo llenó de agua y se lo bebió de un trago. Habría preferido una cerveza, pero le daba la sensación de que, aquella noche, iba a necesitar estar completamente sobrio en la fiesta de Suzanne.

Por supuesto, ella estaría muy ocupada con la inauguración de su negocio,

un negocio que el propio Ryan se sorprendía que hubiera admitido tener.

Estaría demasiado ocupada para estar con él.

Rafe seguía de pie, delante del frigorífico abierto, mirando el interior.

—Sigo muerto de hambre —comentó el muchacho.

—En ese caso, podrás comer todo lo que quieras en la fiesta de Suzanne.

—¿En la fiesta de Suzanne?

—En la inauguración. Seguro que os ha invitado a todos.

Angel, que seguía sentada en la encimera, pegó una patada al atónito Rafe.

—Claro que sí —dijo.

—Bueno, pues id vosotros por vuestra cuenta... —replicó.

—Pero —susurró Rafe, que seguía de pie, sin comprender. Angel volvió a darle una buena patada.

—Claro... Vete tú solo. Nosotros... Iremos un poco después —dijo la joven, bajándose al suelo de un salto. Entonces, agarró del brazo a Ryan y lo acompañó hasta la puerta.

—Venga, tú vete ahora mismo. Adiós.

Antes de que Ryan hubiera podido comprender lo que estaba pasando, se encontró en la calle y con la puerta cerrada.

—Adiós —musitó. Entonces, se metió en su coche.

Minutos después, aparcó delante del edificio donde todo había comenzado, donde había visto por primera vez a la mujer que cambiaría su vida. Le parecía que había pasado una vida entera, y no solo un mes. Ciertamente había vivido una vida entera desde entonces y había visto el futuro que le habría gustado conseguir. Sin embargo, aparentemente, quererlo y conseguirlo eran dos cosas completamente diferentes.

Ver a Suzanne de nuevo, después de lo ocurrido la noche anterior, le iba a destrozarse el corazón. Sin embargo, evidentemente, ella había tomado varias decisiones importantes sobre su vida y la dirección que le quería dar a la misma, por lo que Ryan estaría a su lado. Sonreiría y hablaría, incluso reiría si era lo adecuado. Cualquier cosa para ayudarla en la velada que la esperaba. Si en el proceso él se veía destrozado por la angustia y las lamentaciones, no sería muy diferente del estado en el que se encontraba en aquellos instantes.

El edificio había empezado a mejorar poco a poco. Tenía aspecto de estar habitado, a pesar de que los dos locales seguían vacíos. Además, gracias al

seguro de Taylor, el agujero de la pared había desaparecido casi por completo. Quedaba mucho por hacer. Él le había aconsejado a Taylor a algunos contratistas y le había recomendado algunos arquitectos. Las antigüedades que ella poseía financiarían el resto.

Al acercarse a uno de los locales, vio que tenía un cartel colgado.

¡Próxima inauguración!

Delicias Terrenales

Compañía de Catering de Suzanne Carter.

¿También había decidido abrir una tienda? No se lo podía creer, pero el corazón estuvo a punto de salirse del pecho del orgullo que sentía por ella... aunque él mismo estuviera sufriendo.

Entonces, se dirigió al apartamento de Suzanne. Al llamar a su puerta, no se oyó nada más que un pequeño revuelo, seguido de una maldición en voz baja.

—¿Suzanne?

—¡Sí! —exclamó una voz algo agitada—. ¡Entra!

Abrió la puerta y examinó el interior. Seguía sin haber muebles en el apartamento, pero todo estaba muy limpio, con un agradable olor a limones. Sobre la tarima de madera, había colocado unas cuantas alfombras, que añadían un toque muy acogedor.

Tenía un árbol en una maceta, al lado de la ventana, que se parecía bastante al que se le había metido por el tejado hacía pocas semanas. Al ver todo aquello, Ryan sonrió.

Se dio cuenta de que había velas por todas partes. En el suelo, en las paredes, en el alféizar... Todas ellas emitían una agradable luz. El ambiente era perfecto, pero había algo que no encajaba con la idea de la fiesta. Aparte de él, no había nadie. Oyó otra maldición procedente de la cocina.

—¿Suzanne? ¿Te encuentras bien?

—Yo... casi estoy lista. Maldita sea...

Ryan se acercó a la puerta, pero al oír otra retahíla de maldiciones, no se atrevió a entrar.

—Idiota... Eres tan idiota que creíste que podrías sacar esto adelante cuando ni siquiera eres capaz de encender una vela...

Incapaz de contener la curiosidad, Ryan abrió la puerta. Se encontró a

Suzanne encorvada sobre una mesa. En una bandeja, había un pastel helado, decorado con unas letras de chocolate que no alcanzaba a leer y un montón de velas blancas, que Suzanne estaba tratando, sin éxito, de encender. En vez de su atuendo habitual para aquella clase de celebraciones, llevaba uno de sus vestidos sueltos y ligeros, que Ryan asociaba tanto con el amor.

—No puedo encender estas estúpidas velas —dijo ella.

—Déjame que te ayude —sugirió Ryan. Le agarró la mano y las encendió con ella—. Sin embargo, si esta es una tarta helada, se va a deshacer antes de que lleguen tus invitados.

Suzanne contuvo el aliento y levantó los ojos.

—Mi invitado... mi único invitado, ya ha llegado.

—¿Cómo dices? —preguntó él, atónito.

Suzanne respiró profundamente. Lo necesitaba. Dejó las cerillas y giró la mano para poder tomarle de la mano. Entonces, sonrió tímidamente.

—Tú eres la única persona a la que he invitado.

—Entonces... ¿No vas a iniciar tu negocio de catering?

—Claro que sí. Eso te lo he dicho en serio, como también hablo en serio sobre...

—¿Sobre qué, Suzanne?

—Sobre ti, Ryan. Hablo en serio sobre ti.

—Pues esta mañana me lo demostraste de un modo muy extraño —dijo él, mirando la mano que ella le tenía agarrada—. ¿Por qué te marchaste de mi cama de ese modo, Suzanne? —añadió, mirándola con los ojos llenos de dolor—. ¿Por qué te fuiste sin decirme una palabra?

—Yo... Yo me desperté muy temprano. Tú estabas abrazado a mí, completamente dormido y... Estabas tan sexy —añadió, sonrojándose—. No podía dejar de mirarte...

—Deberías haber hecho algo más que mirarme.

—Sí, tienes razón, pero no quería estar en la cama cuando te lo dijera por primera vez. No quería que dudara si había sido por la pasión o era algo sincero.

—¿Qué tienes que decirme, Suzanne? —preguntó él con una expresión de vacío en el rostro, como si esperara un golpe.

—Tengo que decirte que te amo —susurró ella—. Te amo con todo mi corazón, Ryan.

—¿Cómo has dicho? —exclamó él, incrédulo.

—¿Sabías que, antes de que tú entraras en mi vida, nunca había tenido la

atención completa de un hombre? —le dijo con una sonrisa—. ¿Que ningún hombre había creído en mí ni en lo que podía hacer?

—Suzanne...

—Tuve hombres que me desearon, hombres que me...

—Suzanne...

—¿Sí? —preguntó ella, interrumpiéndose en seco.

—Vuelve a decirlo.

Suzanne le enmarcó el rostro con las manos y lo besó dulcemente. Se fundió con él cuando Ryan la abrazó y, poco a poco, sintió que el corazón se le recuperaba.

—Me enseñaste estas cosas sobre mí misma... ¿Sabes qué? Me enseñaste a ser yo misma, a ver lo bueno que hay en mí. A seguir mis esperanzas y mis sueños por imposibles que parezcan, sean cuales sean las posibilidades de fracaso. Con lo de mi negocio, por ejemplo. Lo único que necesitaba era que alguien me animara...

—Suzanne... yo te amo. Siempre te amaré. Dentro de un minuto, te juro que te daré todo el ánimo que necesites, te daré todo lo que quieras, pero realmente necesito volver a escucharlo.

—Bueno, estaba a punto de llegar a esa parte... Por cierto, el helado está a punto de deshacerse...

Ryan suspiró. Suzanne estaba tratando de seducirlo con el helado... Sin embargo, en aquella ocasión, y como declaración de lo que sentía por ella, no estaba experimentando deseo, sino algo mucho más profundo.

—No quiero pastel...

—Mira.

Ryan hizo lo que ella le había pedido y leyó las letras que seguramente tanto trabajo le habría costado escribir. Las letras que componían dos palabras. Te amo.

Estaban comenzando a deshacerse; pero aún se podían leer. Suzanne lo amaba.

—Te amo con todo mi corazón —le confirmó ella, colocándole las manos sobre el pecho.

—Me siento como si hubiera estado esperando una vida entera para escucharte decir esas palabras —musitó Ryan, lleno de alegría.

—Esperaba que tuviéramos una vida por delante para poder seguir diciéndotelas —comentó Suzanne mientras pasaba un dedo por el pastel—.

Estaba pensando que, tal vez, deberíamos casarnos —añadió. Al decir aquellas palabras, le untó la garganta con el helado.

—¿Casarnos? —preguntó él, conteniendo el aliento.

—Sí... —respondió Suzanne. Entonces, se puso a lamer el helado que ella misma le había colocado sobre la garganta—. Mmm... Me imagino que, dado que me ha costado tanto tiempo saber lo que quiero conseguir de la vida, no quiero desperdiciar más tiempo. Sé que te quiero a ti, Ryan... ¿Te supone un problema estar con una mujer que sabe lo que espera de la vida? —añadió, susurrándole las palabras contra los labios.

—No, porque estoy enamorado de ella.

Suzanne sonrió y Ryan le devolvió la sonrisa, sabiendo que su vida entera estaba allí, entre sus brazos.

—Y parece que es con la que me voy a casar —concluyó.

Epílogo

Una semana más tarde, Suzanne, Taylor y Nicole estaban sentadas en el apartamento de esta última comiendo helado. Aquella vez, Nicole había sido la encargada de comprar el tarro, al igual que las cucharillas de plástico con las que se lo estaban tomando.

La joven cirujano se había mudado la noche anterior, así que Taylor había decidido que tenían que montar una fiesta.

—Entonces, ¿de verdad vas a casarte con él? —le preguntó Nicole mientras se tomaba una cucharada de helado—. ¿Para siempre?

—Sí, así es —afirmó Suzanne.

—¡Qué miedo!

—Lo sé —respondió, aunque suspiró de puro placer al pensar que sería la esposa de Ryan—. Esta vez he acertado. Esta vez he acertado de verdad... Supongo que estoy rompiendo el juramento —añadió, mirando a Taylor.

—Efectivamente —comentó ella, aunque no parecía en absoluto contrariada—. Nicole y yo pensamos mantenerlo.

—Claro —asintió esta.

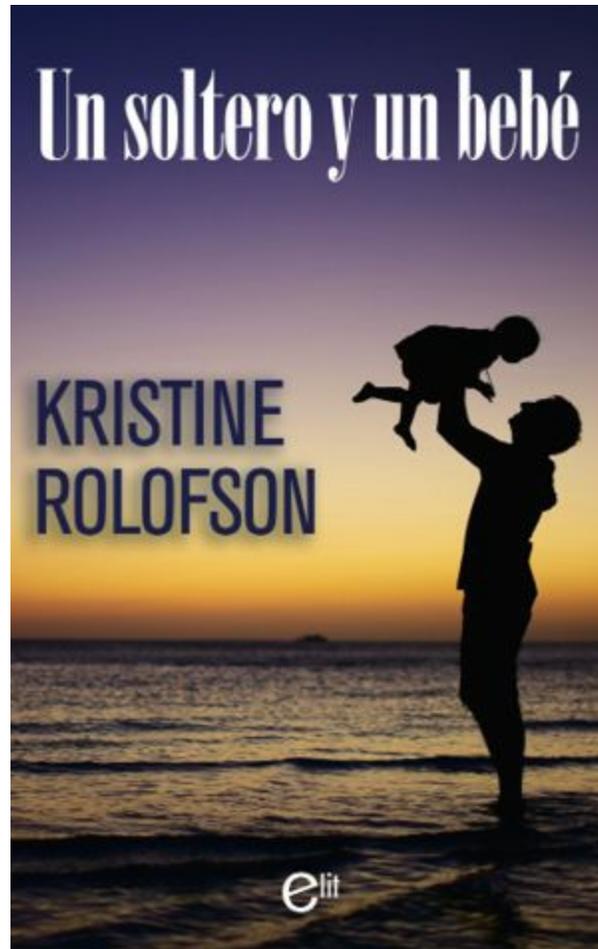
—Pues buena suerte —dijo Suzanne, pensando en su propia determinación y en lo rápidamente que había sucumbido—, porque, créedme, el amor puede surgir en cualquier momento y robarte el corazón sin que te des cuenta.

—No necesitaremos suerte —observó Nicole con decisión—. Ningún hombre va a conseguir encontrar el camino a mi corazón.

—Estoy contigo, cerebritito —afirmó Taylor—. No hace falta suerte para seguir soltera. Solo sentido común.

Suzanne sonrió y se tomó otra cucharada de helado. Al contrario que sus dos mejores amigas, sabía que el sentido común no tenía nada que ver con los asuntos del corazón.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah

9788491881452

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

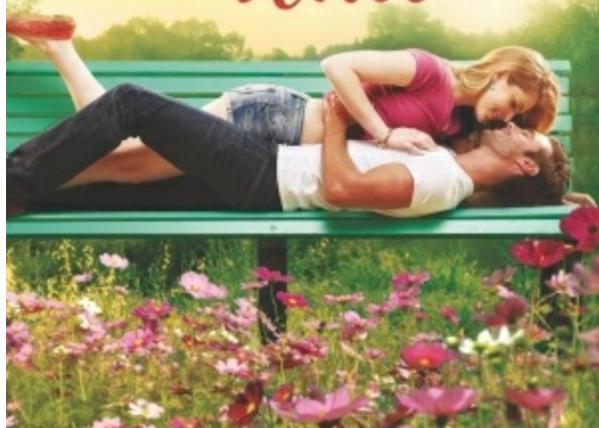
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

9788491881469

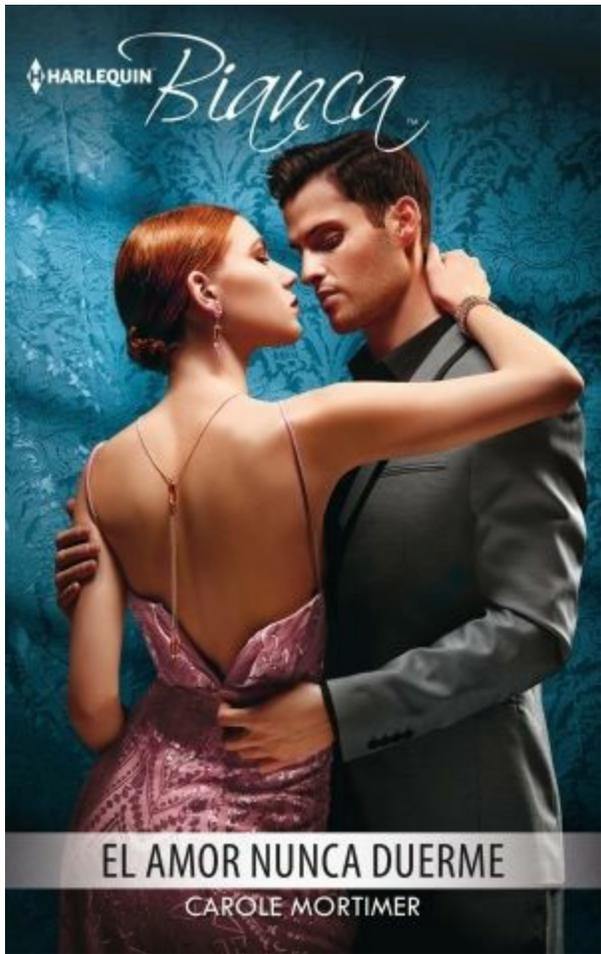
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



EL AMOR NUNCA DUERME
CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

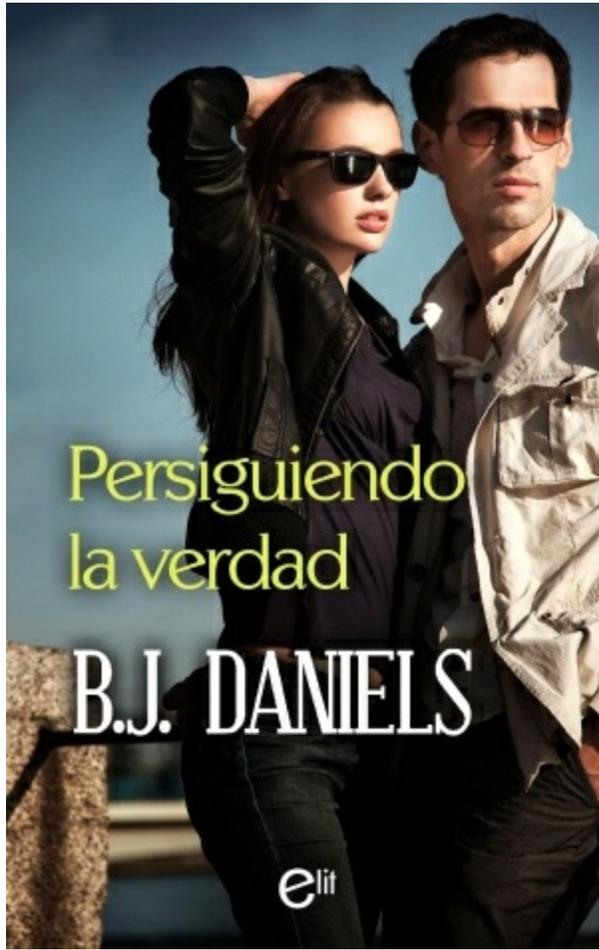
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Persiguiendo
la verdad

B.J. DANIELS

eLit

Persiguiendo la verdad

Daniels, B.J.

9788491882336

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Aquella mujer entró en la ciudad a lomos de una moto demasiado potente incluso para muchos hombres, con diez dólares en el bolsillo y una herida de bala en el hombro. Maggie Randolph estaba buscando a alguien y huyendo de alguien. Y no había previsto encontrarse con un hombre en el que podía confiar... el ayudante del sheriff de Timber Falls. Jesse Tanner iba a tener que convencer a la valiente belleza de que podía protegerla. Pero tendría que atraparla antes de que fuera demasiado tarde.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

JILL SHALVIS

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

pasó accidentalmente



Pasó accidentalmente

Shalvis, Jill

9788491881421

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

No se puede estar un poco enamorado...Las prioridades de Elle Wheaton: amigos, carrera y zapatos estupendos. Y ese muro de músculos y terquedad que es el experto en seguridad Archer Hunt, que está por delante de todo lo demás. Aunque no tiene sentido decírselo así a Archer. Elle no saldrá con otros hombres hasta que le olvide... Lo cual solo debería durar toda la vida...No se puede desear solo un poco...Archer ha deseado lo mejor para Elle desde que sacrificó su carrera policial por salvarla. La química entre ellos podría provocar el próximo terremoto de San Francisco y él no quiere ser responsable de los daños. ¿La alternativa? Verla salir con otros hombres...Sí se puede...En opinión de Archer, nadie es lo bastante bueno para Elle. Pero cuando se dispone a demostrarlo saboteando sus citas, ella se enfada... y las cosas se ponen muy ardientes. Ahora Archer tiene una misión nueva: probarle a Ellen que su hombre ideal ha estado todo el tiempo ahí...

[Cómpralo y empieza a leer](#)